

IDAD AT
CCIÓN G



QUINCE
EL GENIO
DE LAS
RELIGION

PQ2384
.Q6
G4
v.1
c.1

109915

210(09)
2.

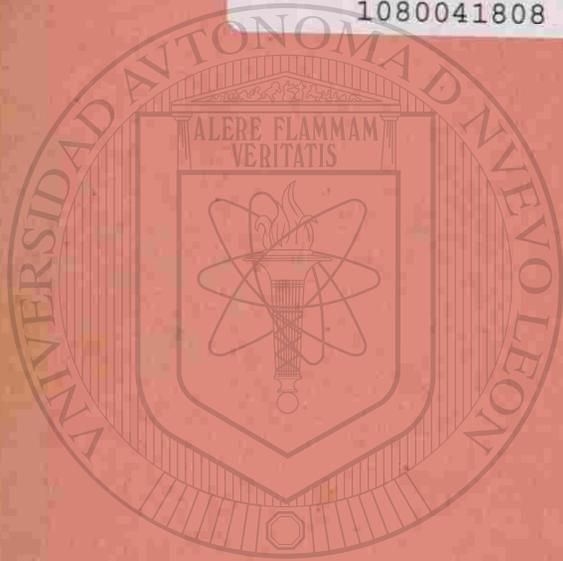


1080041808

210(09)

2.

-Q-

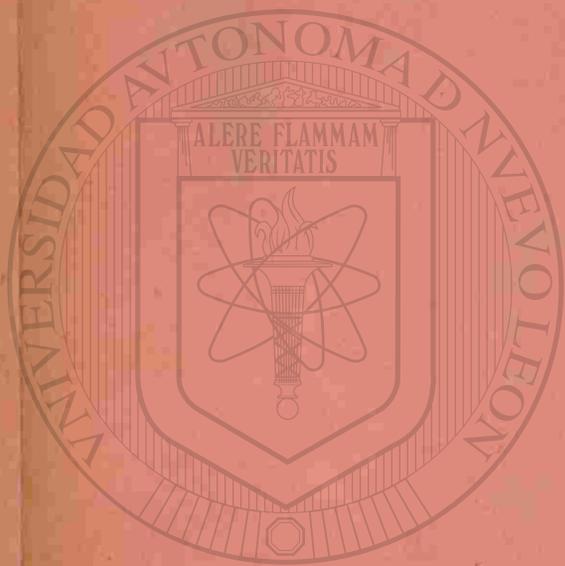


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL GENIO DE LAS RELIGIONES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EDGAR QUINET

El genio de las religiones

Versión española de Rafael Urbano



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

109915

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

37513

P 02384

= Q 6

64



Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VALENCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

PRÓLOGO

Me propongo deducir del principio religioso la sociedad política y civil. Ciertamente que durante mucho tiempo se ha creído que los dogmas eran obra y consecuencia de la política; pero lo contrario es precisamente lo verdadero. Así el cristianismo existió en Belén mucho antes que las instituciones modernas, el Evangelio antes que el papado, el Corán antes que el califato, el sacerdocio del Sinai antes que el reino de Jerusalén, la revelación de Zoroastro en la Bactriana antes que el florecimiento político de Persia en Susa y Persépolis.

Esta obra estudia los cultos del Oriente y sus relaciones con los de Grecia y Roma, comprendiendo en cierto modo toda la tradición de la antigüedad antes del cristianismo, asunto que, dentro de la más estricta unidad, encierra una variedad casi infinita. Como natural complemento añadimos el examen de las religiones del mundo occidental y moderno, ó sea del catolicismo, el mahometismo y la Reforma, además del de las instituciones germánicas. Séanos permitido recoger nuestras fuerzas en el momento de

lanzarnos en tan ardua empresa á recorrer ese itinerario de los pueblos hacia Dios, en que cada paso mide el infinito.

Antes de estudiar la filosofía de la revelación general, parecía condición indispensable estudiar antes cada culto en particular, como si él fuera único en el mundo. En este punto, cuanto más hemos creído que se agitaban y chocaban, sin producir luz ni calor, los modernos sistemas religiosos, mayor ha sido nuestro empeño en atenernos á aquellas épocas en que, por decirlo así, nos fuera dable hablar imparcialmente de Dios, no llevando á ellas el espíritu de la nuestra, mas antes bien, cuidando escrupulosamente de ir allá despojados del hombre actual, tanto como revestidos del antiguo, bien persuadidos de que la dificultad en estos asuntos, más que en atribuir á las instituciones del pasado la ciencia de la posteridad, estriba en poder encontrar por un momento en el fondo de uno mismo la esencia, viva aún, de sus creencias. Si en el de este libro palpítase algo del alma religiosa de la antigüedad, habré conseguido mi objeto; si, por el contrario, no se viese en él otra cosa que los pensamientos estudiados de un comentador del siglo XIX, confieso que habría que rehacerle desde la primera página.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
E. QUINET.

París 29 de Diciembre de 1841.

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

LIBRO PRIMERO

De la revelación por el órgano de la Naturaleza

I

De la génesis espiritual

Cuanto más agitado parece el espíritu, la Naturaleza más inmutable. Las estaciones, los días, las mareas sucedense en un orden constante; las emigraciones de los animales y la de los astros están sometidas á idéntica fatalidad; la sucesión de los años no hace sino confirmar esta servidumbre del cielo y de la tierra.

En medio de ese universal encadenamiento, únicamente al hombre no le es dado el permanecer inmóvil. Construyendo y destruyendo incesantemente sociedades y sistemas para volver siempre á comenzar la misma tarea, absorto en sus propias obras, en presencia del espectáculo invariable que le rodea, ¿qué es lo que pretende? ¿qué busca? Lo

lanzarnos en tan ardua empresa á recorrer ese itinerario de los pueblos hacia Dios, en que cada paso mide el infinito.

Antes de estudiar la filosofía de la revelación general, parecía condición indispensable estudiar antes cada culto en particular, como si él fuera único en el mundo. En este punto, cuanto más hemos creído que se agitaban y chocaban, sin producir luz ni calor, los modernos sistemas religiosos, mayor ha sido nuestro empeño en atenernos á aquellas épocas en que, por decirlo así, nos fuera dable hablar imparcialmente de Dios, no llevando á ellas el espíritu de la nuestra, mas antes bien, cuidando escrupulosamente de ir allá despojados del hombre actual, tanto como revestidos del antiguo, bien persuadidos de que la dificultad en estos asuntos, más que en atribuir á las instituciones del pasado la ciencia de la posteridad, estriba en poder encontrar por un momento en el fondo de uno mismo la esencia, viva aún, de sus creencias. Si en el de este libro palpítase algo del alma religiosa de la antigüedad, habré conseguido mi objeto; si, por el contrario, no se viese en él otra cosa que los pensamientos estudiados de un comentador del siglo XIX, confieso que habría que rehacerle desde la primera página.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
E. QUINET.

París 29 de Diciembre de 1841.

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

LIBRO PRIMERO

De la revelación por el órgano de la Naturaleza

I

De la génesis espiritual

Cuanto más agitado parece el espíritu, la Naturaleza más inmutable. Las estaciones, los días, las mareas sucedense en un orden constante; las emigraciones de los animales y la de los astros están sometidas á idéntica fatalidad; la sucesión de los años no hace sino confirmar esta servidumbre del cielo y de la tierra.

En medio de ese universal encadenamiento, únicamente al hombre no le es dado el permanecer inmóvil. Construyendo y destruyendo incesantemente sociedades y sistemas para volver siempre á comenzar la misma tarea, absorto en sus propias obras, en presencia del espectáculo invariable que le rodea, ¿qué es lo que pretende? ¿qué busca? Lo

ignora, continúa siempre marchando, agitándose, deshaciendo lo que de hacer acaba, dejando que por él respondan sus actos, cambiando sin cesar, en una palabra, cuando todo en su alrededor permanece inmutable. Diréis que éste es el signo de su miseria. No; lo es más bien de su grandeza, y el que le hace rey de esa naturaleza muerta, aunque rey, como Saúl, frecuentemente enloquecido.

En efecto, él no ha recibido normalmente, por una sucesión legítima, la herencia del gusano. Entre uno y otro media una revolución, de modo que no sólo ha quedado emancipado su cuerpo, sino sus instintos, sus sentimientos, sus dioses. Su ser siente además la sed de lo infinito y con anhelo eterno lo persigue, cambiando de templo, de santuario, de sociedad, sin cambiar nunca de deseos. Suprimid por un momento con la libertad moral esta aspiración á lo infinito, y la vida cesa en el instante. No más imperios, ni pueblos, ni generaciones diversas unas de otras; los siglos petrificados se detienen; los libros de la historia civil hay que borrarlos y añadir á la natural un capítulo más.

Y no es que la Naturaleza sea en realidad tan inmutable como á primera vista parece. Las historias de sus épocas se han escrito como las de las épocas sociales, y en las cortezas mismas del globo fueron halladas, con la primera cronología, las inscripciones del mundo naciente. ¡Cuántas organizaciones ensayadas, esbozadas, destruidas unas en pos de otras hasta alcanzar el molde de la especie

humana! Desde los reptiles alados, salamandras gigantescas que se arrastraban sobre los bordes del caos, hasta los grandes mamíferos, ¡cuántas épocas y eras diversas y reinados monstruosos y dinastías soberanas no han reinado y se han sucedido! Pero el hombre surge por fin, y todo vuelve á su natural reposo; la Naturaleza, agotada en su última obra, recae en su antigua inmovilidad y cesa en su creación; ya no hay más organismos ni combinaciones nuevas. ¿Es que el mundo se ha detenido? ¿Acaso el Espíritu divino que le creara le ha abandonado? Pero no; el poder de transformación no se halla agotado: hase refugiado en el corazón y en la conciencia del hombre. En este seno que encierra todas las luchas, la inmensa noche, las tempestades, el genio creador, que atormentaban, revolvían y desgarraban antes el seno de la Naturaleza, la creación continua. Del caos del universo viviente surge un nuevo caos más profundo, en donde duermen confusamente envueltos los esbozos, gérmenes y embriones de las sociedades futuras. El soplo del espíritu pasa sobre la faz inteligente de este abismo, y la luz queda hecha en la noche del pensamiento. Entonces comienzan á aparecer nuevos seres, mitad cuerpo y mitad alma, sociedades y Estados, y en esos Estados dioses é instituciones y leyes, y obras de arte que no tienen menos realidad que la realidad más sensible. La misma potencia que había llamado á los animales por sus nombres, llama en alta voz, de siglo en siglo, á las

razas humanas, á los imperios, desde el umbral de la historia. El universo organizado ya no produce nuevas formas vegetales ó animales, pero engendra en cambio formas sociales en variedad infinita y sucesión indefinida: á la génesis de la materia ha sucedido la génesis de la inteligencia.

Ahora bien; me propongo indicar brevemente en esta obra las fases de esta génesis espiritual, determinando el lazo que une entre sí las civilizaciones, siguiendo la tradición universal que se extiende desde el primero hasta el último pueblo, é investigando la manera cómo se encadenan los días en esta gran semana de la creación de la historia civil. Pero para reunir en un pequeño espacio tantas sociedades distintas, preciso es despojarlas de lo que tengan de más perecedero y reducirse á lo que en ellas ha sido el principio de vida. ¿Dónde, empero, buscar ese principio que en sí contenga todo el espíritu de una sociedad? ¿En las artes, en la literatura, en los sistemas filosóficos, en las instituciones civiles? Si en todo pueblo no existiese un elemento más profundo que éstos, más íntimo, más inseparable de la vida misma social, seguramente que sí. Y ¿cuál pudiera ser ese genio eternamente presente de que la substancia misma de los pueblos es formada, sino es la religión, principio de donde, como otras tantas necesarias consecuencias, nacen las instituciones políticas, las artes, la poesía, la filosofía, y en cierto modo, la serie misma de los hechos históricos? Lo cierto es

que no creemos conocer á un pueblo mientras no nos hemos remontado hasta sus dioses, pues la poesía y las artes no son frecuentemente sino galas que encubren el dolor; la libertad política, inscrita en la ley, sirve sólo muchas veces para paliar la servidumbre moral, y por lo que hace á la filosofía, no es elemento tan esencial á toda civilización que no podamos concebir un estado sin una escuela de metafísicos. Pero si llegamos á conocer el dogma de una sociedad, podemos decir que sabemos verdaderamente por qué y cómo esa sociedad vive; estamos en posesión de su secreto: no nos engañamos ni en cuanto á sus alegrías ni respecto de sus dolores; leemos, en fin, sus pensamientos, no sólo en su frente, sino tales como fueron inscritos y formados por Dios mismo en el fondo de su espíritu.

Desde este punto de vista vamos á emprender el estudio de las religiones de los pueblos que ocupan un lugar en la historia, y donde cada uno de ellos surge sobre un dogma particular, como una estatua sobre su base. Mas en esta peregrinación á través de los cultos del pasado, errantes de altar en altar, no iremos, infatuados con la superioridad moderna, á burlarnos de la miseria de los dioses abandonados, sino que interrogaremos á los santuarios vacíos, preguntándoles si no han encerrado acaso un eco de la palabra divina, inquiriendo entre ese polvo sagrado algún resto de la verdad y de la revelación universal, y anotando siempre las relaciones de la historia política con los dogmas

que bajo símbolos tales pueblos ocultan. En medio de esos cultos surge el Dios hebreo, que ha de vencerlos á todos, atrayendo poderosamente con su unidad los espíritus. Desde el momento en que esto se realiza, el camino se hace más rápido. Precipítase el mundo hacia ese Dios; los pueblos que ya comenzaban á buscarle, vanse tras él desde el instante en que le han apercibido; nace el cristianismo y apóyase la sociedad moderna sobre el tripode de Oriente, Grecia y Roma; el mahometismo surge, y su dios vuelve á tomar posesión de los desiertos de la Arabia: Dios muerto que se apodera de las civilizaciones muertas del Egipto y de la Persia. Entretanto, el catolicismo crece, y todas las ramas de la tradición van á confundirse en ese grande árbol de la vida que da, él solo, sombra á la civilización durante mucho tiempo, reconciliando el Oriente con el Occidente, el pasado con el porvenir. Pero los hombres del Norte llegan á disgustarse de él; álzase en contra suya, el primero, el espíritu germánico; la Reforma se agita, y el hombre pónese otra vez á buscar la verdad que ya creía poseer, viéndose arrojado entre las tempestuosas olas cuando se juzgaba arribado á seguro puerto. La duda se apodera del mundo, y el Dios eterno vacila en el fondo de las conciencias; pero este estremecimiento de escepticismo no pasa sin resultado. Todo se conmueve; la filosofía y las revoluciones políticas rasgan á un mismo tiempo el velo del porvenir, y nosotros, que aparecemos un momento

en medio de este espectáculo, entrevemos ya el resplandor que ha de iluminarlo todo y traer la paz que el mundo ha perdido.

Vida del Espíritu divino á través del mundo, anales del Eterno encarnado en el tiempo, ¿quién soy yo para intentar esta historia? Muchas veces he pensado que un hombre, antes de morir, se debía á sí mismo el estudio de las creencias en aquellos hermanos suyos que le han precedido en la vida; pero si yo buscase sólo el reposo, hubiera diferido hasta mi última hora este examen lleno de tantos peligros para la inteligencia. Mas ¿es acaso posible el eterno aplazamiento de lo que hay de más grave, contentándose entretanto con lo que de más efímero existe? ¿Quién me responderá de un solo día? Es, pues, necesario acometer sin más preliminares la empresa que más me atrae y me aterra á un mismo tiempo, de la que todas las otras dependen, y que, si esconde en sus senos el abismo, encierra también la única verdad que es capaz de colmarlo.

II

La tierra considerada como el primer templo

La tierra, inmortal Cibeles, no sólo se corona de murallas, sino de instituciones y de ideas tan inmutables como sus torres. En su vasto seno se despiertan pensamientos, cada uno de los cuales constituye el tejido de la vida de una sociedad; á sus pechos se amamantan con leche divina pueblos cuyos primeros vagidos cubren los ruidos del caos.

Antes de que la historia comenzase en el mundo, el globo había sido modelado por omnipotente mano, y los imperios, al desenvolverse, siguieron casi forzosamente estos primeros grandes trazos desde el comienzo de las edades esculpidos. La figura de los continentes, ríos, mares y montañas, ha determinado dondequiera la de las sociedades, de suerte que cada continente viene á ser un molde en que la Providencia arroja las razas humanas para que tomen la forma eterna de sus designios: el primer profeta escribió así su libro en las mudas líneas de los continentes aun deshabitados.

Por donde resulta que cada lugar de la Naturaleza, cada momento del tiempo, representa, en los

caracteres geniales que le son propios, á la Divinidad bajo una fase especial; que de cada forma del mundo se desprende una revelación, de cada revelación una sociedad y de cada sociedad una voz en el coro universal; que no hay, en fin, un solo punto del tiempo ó del espacio que en algún sentido no figure en la revelación siempre creciente del Eterno. La creación, separada en un principio de su autor, tiende cada vez más á unirse con él por los lazos del espíritu, y la tierra crea así verdaderamente á su Dios con el trabajo de las ideas.

En este concepto es la historia un culto eterno, al cual cada civilización lleva sus ritos frecuentemente bañados en sangre: procesión del espíritu á través de los tiempos y lugares, en la que cada continente puede ser considerado como un santuario particular que tiene necesarias relaciones de semejanza y armonía con la creencia que en él se ha desarrollado, la cual á su vez no es más que un rito de la religión que refiere todos los extremos de la tierra á la economía universal.

El Asia es quien ha iniciado, con el himno de la tierra al cielo, el primer acto de la liturgia, cuyo sacerdote es la humanidad. Esa región, en que las formas vegetales y animales alcanzan monstruosas proporciones, será asiento de imperios monstruosos también, que representarán en la historia civil lo que el baobab y el elefante en el mundo orgánico. En las orillas de sus tres grandes ríos vendrán á

abrevarse los de la India, Asiria y Egipto. Ni cómo no nacer del seno de aquel mar sin orillas, de las cimas de aquellas montañas inaccesibles *aun para el pensamiento*, de aquel infinito visible que por todas partes rodea á la humanidad, la idea de lo inconmensurable en el tiempo y en el espacio, ó más bien, la del Dios sin medida, proporción ni límites? El Oriente, pues, será la cuna de las religiones. Y como es allí la Naturaleza *harto espléndida* para que el hombre deslumbrado sienta la necesidad de ir más lejos á buscar su divinidad, será el panteísmo su religión, y el Asia misma el simbolo ante el cual doblará la rodilla, pues que es ella de suyo un idolo sobrecargado de ornamentos en el templo de la creación. Todo allí resplandece en torno á los dioses recién nacidos; todo les convida á reinar y encarnarse en aquella naturaleza soberana: el Oriente ha de ser la tierra de las encarnaciones.

Á la extremidad, sin embargo, de este continente tan rico, tan exuberante de vegetación, tan lleno de cosas propias para formar idolos, encuéntrase el gran desierto de la Arabia, que si no es nada sobre el mapa, lo es casi todo en la historia, y donde alejado del mundo sensible, secuestrado en cierto modo, lejos de toda forma, de todo signo y casi de toda criatura, aislado en fin del universo, se elevará el hombre casi necesariamente á la idea pura del Dios-Espiritu. Tres cultos han nacido y se han desarrollado en el desierto: los de Moisés, el Evangelio y Mahoma; Jehová, Cristo y

Alá; tres dioses sin cuerpo, sin imágenes, sin idolos, sin figura palpable. El desierto, pues, desnudo é incorruptible, donde la Naturaleza se halla, por así decirlo, muerta y abolida, donde el alma se contempla sola enfrente del Creador, donde el universo, en fin, desaparece para no dejar ver sino la mano que le ha hecho; el desierto, decimos, es el primer templo del Espiritu.

Si investigamos ahora cuáles han sido las relaciones de cada uno de estos cultos con el resto del Asia, veremos desde luego que el judaísmo, secuestrándose en cierto modo, ha escapado á las seducciones del mundo oriental, colocando entre ese mundo y él el libro de la ley. Pueblo anacoreta, ha hecho en la soledad su alianza con lo Invisible.

El islamismo nómada, por otra parte, lleva consigo dondequiera el genio del desierto, pesando sobre el mundo como un hálito de la Arabia Petrea. Su fuerza y su gloria está en revolverse contra la Naturaleza que quiere subyugarle. Profesa horror á las formas; en el país de las imágenes se presenta como su destructor; se arma con la austeridad y se preserva por la cimitarra; aspira á aplazar, por lo menos hasta la vida futura, el triunfo de los sentidos. Bien pronto, sin embargo, decae, se enerva y es vencido. Por eso es tan fugaz el brillo del genio árabe y también del islamismo que, sometándose ante la fatalidad, esto es, ante la ley de las cosas, reincide de este modo en lo que pudiéramos llamar el dogma natural del Asia.

¿Cómo el cristianismo se ha resistido contra esta fuerza é influjo del Oriente? Abandonándolo. De Jerusalén se traslada á Éfeso, luego á Corinto, después á Roma, y así, alejándose siempre, arranca á la humanidad á las regiones del Asia, poniendo entre ambas, no ya sólo la ley, sino el abismo. Destronando á la Naturaleza, destrona al Asia, y en el punto mismo las relaciones de Europa con el alto Oriente quedan interrumpidas por el tiempo que dura el ascetismo de la Edad Media.

Á uno de los costados del Asia hállase pegada el África, herencia de Cain, surcada por ríos insociables que, á excepción de uno solo, corren de Norte á Mediodía, huyendo de la civilización y buscando las tristes soledades; patria de las arenas, Océano sin islas. El África, si se exceptúa el Egipto, carece de representantes en el mundo civil. Tierra vasalla al pie del trono del Asia, destila la mirra y el ámbar, y produce para sus señores los dátiles y el incienso, pero no civilización y arte, ni lenguas, ni poemas, ni casi dioses: sus únicas voces son el rugido de sus leones y el murmullo de sus ríos perezosos que se arrastran en los imperios del vacío. ¿Qué es lo que ella representa? La esclavitud, muda como ella, y el desierto moral donde ninguna planta de la inteligencia crece en el orden civil; el fetiquismo, la magia, el dios esclavo de la naturaleza bruta, de la piedra encantada, del talismán en el orden religioso; las esfinges, las anubis, los ídolos pegados á cabezas de toros, de leo-

nes, de serpientes, de águilas, que aullan, rugen y silban, ¿no nos están indicando la soberanía del animal sobre la tierra desnuda, privada aún del dominio y de los pensamientos del hombre?

Enfrente de este doble continente, hállase la Grecia, que, bañada del mar por todas partes, parece como dispuesta á la movilidad de las olas. Nacidas del Océano, padre de todas las cosas, sus divinidades se multiplicarán y desvanecerán como las olas. Un mar de colores etéreos que, insinuándose por todas partes, por todas partes se abre en golfos de líneas precisas, como tiradas á escuadra, y de brazos que parecen esculpidos por el cincel soberano; la inmensidad oriental, lo infinito, circunscritos en una forma exquisita, ¿qué es esto, si no es la belleza realizada? Allí, pues, dioses amantes de su belleza, enamorados de su creación, accesibles y familiares, sonreirán en cada cosa como el artista en su obra.

Después de Grecia, Italia avanza en el Mediterráneo para reinar sobre él. Mirando á la vez al Asia, al África y á la Europa, podrá acrecer indefinidamente su imperio sin perder el centro de sus posesiones; al contrario de la Grecia, incapaz de conservar un momento, por hallarse demasiado alejada de sus fronteras, la herencia de Alejandro, coloso sin base, destinado á romperse en mil pedazos. La Italia, lo repetimos, puede describir en su alrededor un círculo de dominio sin abandonar nunca el centro. ¿Quién, pues, sino ella ha de ser

llamado al culto de la conquista, á la religión política, á la adoración de la lanza y la batalla? Su verdadero dios será la ciudad, ó al menos en la Ciudad Eterna se encerrará todo entero, mientras en torno de ella vendrán á colocarse los reinos de otros días; pero en el momento en que este círculo de dominio no pueda extenderse, se romperá y ahogará á la Italia: el Asia, el África y Europa le reclamarán sus despojos, y la Edad Media vendrá á ser expiación de la antigüedad. La Germania será vengada por Alemania, la Galia por Francia, Cartago por Túnez, la Iberia por Aragón. Al dios del orgullo sucederá el dios de la humildad; el llanto de Cristo en el pesebre expiará las amenazas del Júpiter Capitolino, y la Italia, como una madona terrestre, caerá de rodillas al pie de la cruz de la pasión. ¿Qué le quedará entonces á esta tierra de expiación? Le quedará el Papado. El imperio espiritual sobre las riberas del Occidente será suyo en cambio del imperio material, pues que se halla investido de una soberanía en cierto modo inalienable.

Diríase que la Europa ha sido hecha de modo que quedase completamente reservada hasta que las demás regiones hubiesen extinguido su fecundidad. Tierra fría y perezosa, hállase, á la manera de un cercado, por todas partes cerrada, oponiendo á la civilización fenicia los Pirineos en España, á la griega las cadenas de la Macedonia, y los Alpes, la más formidable de sus barreras, á los dioses ro-

manos, que se extenderán por los flancos de sus murallas, impotentes para salvarlas, mientras que hacia la parte del Asia las masas del Cáucaso abren sólo estrecha puerta, á cuyos umbrales vendrán durante largo tiempo á gritar las emigraciones orientales. Basta esto para comprender que Europa será tardía en dar que hablar de sí misma, pero en cambio, cuando la humanidad haya salvado esta barrera, encontrará en ella un vasto campo sin obstáculos: algunos grandes ríos verdaderamente cosmopolitas, montañas de escasa altura, ningún desierto, y por todas partes un suelo igual, idéntico clima y las mismas producciones de todos géneros. De suerte que si la identidad de Dios consigo mismo debe resplandecer visiblemente en su obra, si los hombres han de llegar alguna vez á la misma forma de creencias, ritos y símbolos, habrá de suceder esto en esa comarca ya por sí misma marcada con un carácter semejante en su genio, producciones y formas, de modo que la unidad de la Naturaleza representará allí y revelará más que en lugar alguno la unidad del Creador.

Colocada entre el Asia y la Europa, reuniendo en su estructura los caracteres de ambas, parece ser la América una tierra medianera, hecha para conciliar un día el genio del Oriente y el del Occidente. De todos modos puede asegurarse que la Naturaleza prepara allí un triunfo cierto á la industria y al espíritu del hombre. No produce el caballo ni el hierro, esos dos atributos de la fuerza;

no ostenta tampoco grandes mamíferos; su león carece de crines; ¿qué le queda, pues, de aquella tiranía que el mundo exterior ejercía sobre el pensamiento de la humanidad naciente? Todas las relaciones han cambiado: el hombre ha llegado á ser el más fuerte, y la Naturaleza, debilitada, se desconcierta y se presta ella misma al yugo; aquél cada día avanza, ésta retrocede ante él cada día; y si aun no logró dominarla, lucha constantemente, descuajando y extirpando las selvas por abatir las cabezas renacientes del monstruo. Sin embargo, basta considerar los valles de tantos ríos gigantes para reconocer en ellos la cuna aun vacía de imperios desconocidos, á la manera que, cuando vemos á una mujer preparar con antelación el lecho para el recién nacido, pensamos que la hora del alumbramiento no está lejana; que también la Naturaleza ha preparado, en las orillas de los grandes lagos y sobre los follajes amontonados de los bosques seculares, lechos que no fueron sólo dispuestos para reptiles y vagabundas alimañas, sino para sociedades, instituciones é ideas, que no faltarán ciertamente á sus cunas. El archipiélago indio verá, pues, algún día, en medio de la Naturaleza domada, surgir de la espuma de sus inmaculadas olas su Venus espiritual. Porque si hay entre nosotros quienes piensan que todo ha concluido y que la fe se halla agotada y que la Cibele se ha hecho estéril, preciso es que salgan de su ceguera, que á la vista de esa profecía escrita sobre

la faz de la tierra, se convenzan de que la historia religiosa y civil aun no fué suspendida, de que la creación sigue desarrollándose, de que la génesis intelectual continúa, de que la revelación del espíritu por la forma crece; de que en fin, el nuevo mundo material confiado al hombre es para él emblema cierto de un nuevo mundo civil. Nosotros vemos el templo material engrandecerse al mismo tiempo que la revelación de Dios. El libro de la creación se desenvuelve, encerrando una nueva revelación en esta nueva figura del mundo, y para dar de ella testimonio, apréstase el género humano á apoderarse de ese continente, hasta hoy posesión tranquila y muda del Océano, á vencer y dominar en él la Naturaleza y elevarse por su arte, su industria y sus pensamientos hasta el trono solitario que antes de él ella sola ocupaba.

III

Filiación del género humano

La tierra todavía desierta tiene sed de vida moral más aún que de rocío: la escena ya dispuesta espera al personaje. Llega por fin: las tribus, las naciones, los Estados llenan de ruido los valles, hasta entonces silenciosos, del mundo naciente, y la unidad del carácter que cada uno de estos grupos conserva al través de las generaciones, presta al drama de la historia aquella unidad que, según todas las apariencias, había de ser imposible. Apenas salida del barro, lleva cada raza en sus trazos, en su corazón, en sus prístinos vagos pensamientos, la impresión indeleble de un sello especial, como si hubiese ya contraído en el seno de un mundo anterior hábitos de cuerpo y espíritu. Pasarán los siglos, no podrán nunca borrar esta primera impresión y carácter, y después de millares de años el habitante del Egipto seguirá pareciéndose al Osiris atezado de los Faraones, el tipo de los Faunos se transmitirá de edad en edad en el aspecto de las tribus de la Arcadia, cada pueblo, en fin, conservará sobre su fisonomía, hasta su muerte, los rasgos de su dios.

¿Quién ha marcado con estos tipos indestructi-

bles la frente de las razas humanas? ¿De dónde proceden estas tendencias, vocaciones y particulares destinos que ninguna revolución puede destruir? He aquí el secreto de la Providencia. Ciertamente que la mayor parte de los pueblos adquieren una analogía ó semejanza con los lugares que habitan; pero hay otros muchos que, reobrando constantemente contra esas influencias, parecen extranjeros en su patria. Así, á pesar de las olas que por todas partes les cercaban é instaban, jamás pudieron los habitantes del Peloponeso adquirir los hábitos de la vida marítima; los etruscos, bajo el cielo de la Toscana, conservan su temperamento extranjero, como si guardasen la nostalgia de una tierra lejana; los irlandeses, en fin, guardaron en el fondo de su espíritu, sobre sus playas batidas por los vientos, el brillo y el aroma de una comarca asiática; oposiciones debidas en parte á que las razas humanas, en medio de todos los cambios, permanecen siempre en una relación constante con los lugares de donde primitivamente salieron y en que recibieron la impresión y carácter especial que el Creador dióles con la vida. Raro es, en efecto, que un pueblo florezca donde nació; su tumba está generalmente lejos de su cuna, pues el viento impetuoso que sin cesar las razas humanas agita, dispérsalas por todas partes, como el polen de las palmas. Por otra parte, cuando un pueblo es nombrado por primera vez en la historia, siente ya antes de poseerlo todo un pasado desconocido, cuyos momentos se con-

funden para él en una vaga eternidad, y es que la Naturaleza, al mecerle en la cuna, ha ahogado sus vagidos en el fondo de sus bosques: sólo el polluelo recién nacido del águila pudo escuchar en la soledad el primer grito del imperio acabado de nacer. Tal pueblo ha comenzado, y está ya completo, poseyendo una forma distinta, carácter propio, hábitos de espíritu indestructibles, tradiciones seculares y una lengua sagrada, eco de una religión inmemorial, esto es, el milagro de la organización civil. Antes de ser el héroe de su raza, recibe Aquiles en el seno de los bosques las enseñanzas del Centauro, y siguiéndole en la carrera, se prepara así á atravesar veloz el campo de la Ilíada: de él, viejo contemporáneo del caos, no sólo aprende la invención del arco y de las flechas, sino también la tradición y el misterio de los primeros días del mundo. Así todo pueblo recibe, en secreto, la enseñanza y las instrucciones de Quiron.

Realízase esta educación especialmente por medio de las emigraciones, pues sabido es que no hay una sola tribu que no ande largo tiempo errante por la superficie de la tierra antes de fijarse definitivamente en el lugar en que su genio nativo ha de echar raíces; fenómeno que explica cómo el género humano parece perdido y extraviado desde el principio, porque como ignora de dónde viene, sabe aún menos adónde va. De este modo cada pueblo cree ser el padre y conductor de todos los demás, cuando la verdad es que todos ellos se aconsejan,

no de sí mismos, sino únicamente de la Naturaleza según se les ofrece en los caminos por primera vez abiertos y hollados. Los valles aun vírgenes, los ríos, el viento que arrastra las hojas, he aquí los primeros conductores del género humano. Donde estos elementos faltan, confiase al instinto de los animales silvestres. Los lobos entonces amamantan á los fundadores de Estados; el antro de un león constituye la cuna de un imperio; la tortuga sagrada, inmóvil en las orillas del río Amarillo, retiene allí, erigiéndose en oráculo, el imperio no menos inmóvil de los chinos; el caballo de Judá, errante en el desierto, relincha á la aproximación del país de Canaán. Los arúspices interrogan el vuelo de los pájaros: ¡cuántas ciudades fundadas por el consejo de un ave profética! El grito del picoverde augural reúne á los pueblos latinos como una pollada; los calcios siguen á las tórtolas y los megarios á una bandada de grullas; un enjambre de abejas marca el lugar de la numerosa tribu de los atenienses; doce buitres llaman al pueblo buitre á las orillas del Tiber; un ciervo perseguido á través de la Palus-Meótide señala el camino de Europa á la jauría de las tribus germánicas; el cuervo sagrado, en el Norte, muestra desde el sagrado fresno á los pueblos de Odino sus rutas á lo largo del Volga, mientras los gavilanes graznan delante de los eslavos. Por todas partes los pueblos recién nacidos escuchan los gritos de la naturaleza organizada, y creen oír la voz del que acaba de lanzarlos á la

historia. El hombre se fia entonces de la sabiduría de la serpiente y de la prudencia del buho, pues venidos antes que él al mundo, antepasados suyos en la creación, ¿cómo es posible que no sean los intérpretes y confidentes de la Divinidad!

Conducidos así por diversos guías, iban llegando los pueblos al lugar que la Providencia les asignara, á Ninive, Tebas, Jerusalén, Atenas ó Roma. Ni ¿cómo es posible creer, en medio de tantos imperios cuyas huellas son borradas las unas por las otras, que todas estas emigraciones sobre el primer rocío del naciente mundo no hayan dejado huella alguna, habiéndose perdido para siempre la genealogía de las razas humanas! Pero muy lejos de esto, semejante genealogía del género humano acaba de ser encontrada por virtud de un descubrimiento que no deja lugar á dudas. Monumentos más seguros que columnas miliarias señalan al través de las edades, no sólo la filiación, descendencia y grado de parentesco de los pueblos, sino hasta sus itinerarios, en unos tiempos en que parecía imposible dejar rastro alguno de sí mismo. Estos monumentos son las lenguas humanas; aquel descubrimiento, la filiación de los idiomas de Occidente con los de Oriente.

Porque si efectivamente las lenguas de nuestra Europa tienen, como no es posible dudarlo, sus raíces en las que originariamente fueron habladas en la cuenca del Ganges ó en el golfo Pérsico; si las que usaron Homero, Cambises, David y Valmiki

son hermanas unas de otras; si en las extremidades mismas del Norte, bajo las nieves de la Islandia, hallamos la flor helada de la palabra asiática, á la manera como los geólogos han encontrado el marfil del elefante entre los hielos de la Escandinavia y la huella de la vegetación de la zona tórrida, casi bajo el polo, resulta evidente que los pueblos, aun los que hoy son entre sí más extraños, han vivido originariamente en íntimas relaciones y constituyeron en un principio una gran familia que tomó sin duda de una sola fuente la vida social, hallándose indicada su marcha á través de la historia por los ecos y vestigios de la palabra, que liga á todos los hombres, desde el primero hasta el último, en una misma cadena material y moral juntamente. Dese la interpretación que se quiera á este parentesco de los idiomas, siempre vendremos á parar á la necesidad de un tronco central de donde salgan las diversas ramas de ese árbol de la vida que se llama historia. Conclusión que, sacada de lo que hay de más íntimo en la vida del hombre, compadécese plenamente con las tradiciones primitivas, que, unánimes, colocan en los orígenes de cada raza una sociedad y una humanidad idénticas, hasta el punto de que los pueblos que se creían separados por todas las circunstancias de la organización social, aproximados súbitamente, no vienen á formar á los ojos de la ciencia y de la religión sino una sola familia, descubriéndose así su parentesco, como en el *Edipo*, al final de la tragedia.

IV

La institución religiosa de la sociedad

Sin investigar acerca del lugar en que esta primera reunión de los hombres salidos de la mano de Dios se realizara, ya se coloque su cuna en el valle de Cachemira, ó bien algo más al Norte, entre las fuentes del Indo y del Oxus, la cuestión que de los antecedentes expuestos se desprende consiste en explicar cómo de una muchedumbre informe ha de nacer el orden social, ó en otros términos, por qué suerte de milagro podrá salir el hombre de la vida inmutable de la Naturaleza para entrar en esa otra vida de inquietud, de continuos cambios, de revoluciones y dolores que se llama historia.

La respuesta que el siglo último daba á esta cuestión es conocida: el hombre, desde una condición profundamente abyecta, se ha elevado por grados hasta ciertos rudimentos de arte y de industria, y desde ahí pudo lentamente ir arrastrándose hasta los umbrales de la vida social. Rousseau es quien, por lo que á este punto toca sobre todo, reúne las opiniones de su época. Pues bien; léase su discurso sobre *El origen de la desigualdad de las*

condiciones, y se verá de qué manera un luchador heroico tuvo que sufrir el yugo de su tiempo en los instantes mismos en que pretendía romperlo. Fuera de todas las tradiciones de la historia, imaginase en un bosque ideal y abstracto á hombres también abstractos é ideales, los cuales, aunque recién salidos del barro y con la misión de crear el mundo social, son en realidad verdaderos enciclopedistas del siglo XVIII violentamente vueltos al caos; salvajes que se muestran ante todo grandes pensadores y didácticos austeros, y que caminan triste y regularmente de deducciones en deducciones. Entre cada uno de sus razonamientos caben millares de años, lo que supone un número mayor aún entre la invención del anzuelo y la de la choza de ramas. Geómetras y no profetas, de reflexión lenta, espíritu escéptico, alma vacía é instinto casi nulo, estos primeros inventores de la sociedad, poseedores del genio que descompone, no del que crea, proceden más bien como si pretendieran destruirla. La imaginación, la poesía, la religión, los instintos sagrados, todos esos sentimientos que conmueven y arrastran el alma de los hombres desde su aparición sobre la tierra, son precisamente con los que Rousseau no cuenta para nada, viniendo así á construir con piezas mecánicas una estatua muy sabia, á la que sólo falta una cosa: la vida. He aquí la abstracción; veamos ahora la realidad.

Si los pueblos hubiesen comenzado por las deducciones, el silogismo y la lengua didáctica de

Rousseau, es seguro que á estas horas estarían todavía haciendo razonamientos en el fondo de los bosques, pues que del animal al hombre ha habido algo más que una transmisión regular de la soberanía sobre el globo. Acumulad, en efecto, siglos sobre siglos, y á esta eternidad añadid un progreso no interrumpido en las invenciones mecánicas; nunca de estas solas premisas podrá deducirse el prodigio de la civilización. ¡Pues qué! ¿no supone, por ventura, cualquier obra de arte una inspiración y luz sagrada que ha atravesado, al concebirla, la mente de su autor? ¿No es acaso la sociedad la obra de arte por excelencia? ¿No se descubre en ella algo más que una sucesión lógica? ¿No está acusando en su origen, sólo por el mero hecho de ser, que una iluminación espontánea, una revelación interior, ha debido brillar en el seno del género humano? No; el mundo civil no ha comenzado por la invención del anzuelo ni por la del hacha de piedra, el carcax ó la flecha del salvaje, todo lo cual separa más bien que une, ni pudo juntarse á orillas de los ríos por la sola atracción de un amor puramente humano. Salido apenas de las manos de su Creador, el hombre tendió hacia él por todos los lazos del alma y del cuerpo, de modo que, así como el león al nacer ha huído al desierto y el águila ha volado sobre la cima de las montañas, así el hombre marchó hacia la sociedad, hacia la humanidad, hacia Dios. He aquí la gran palabra pronunciada. No concedáis cierto divino instinto al corazón de

los pueblos en su cuna, y todo queda inexplicable. ¿Cuándo, pues, ha comenzado la sociedad? Acabamos de decirlo. Nació en el mismo día en que, por cualquiera manera, el pensamiento de la Divinidad conmovió el espíritu de un hombre, que pudo entonces anunciarle, publicarle, revelarle ó imponerle á sus hermanos. En este momento supremo, á la familia ha sucedido el Estado, al hombre la humanidad; una vida común ha comenzado para los espíritus que, unánimes, han reconocido y adorado á un mismo Espíritu; los individuos, hasta entonces dispersos, hanse reunido en un idéntico pensamiento; las inteligencias, aun vacilantes é informes, han sido alimentadas por primera vez de la misma substancia; el orden moral, en fin, ha hallado un abrigo, un refugio, una choza común. Reúnese en torno del fetiche la tribu; un Dios nacional crea la tribu; la unidad religiosa funda la unidad política, y de este modo de la idea de Dios nace, viva y entera, la sociedad.

Y en efecto, ¿qué es lo que encontramos, abandonando siempre el campo de las abstracciones é interrogando á la tradición, en el origen de todas las historias, sino el recuerdo de una vasta inspiración y como estremecimiento que hace palpitar el corazón de los pueblos? En todas partes la memoria de los grandes genios, de los hombres elegidos, es la de los poetas, viajeros, profetas y sacerdotes que, llamando, juntando, adoctrinando y arrastrando tras sí á las razas humanas, enséñanles á

marchar desde luego, alta la frente, á la faz del universo, y resumen los recuerdos de toda una época de extraños é inspirados arrobamientos. Entre los griegos es Orfeo; entre los egipcios, Hermes; entre los persas, Zoroastro; entre los indios, Manú; entre los hebreos, Moisés. Todos ellos reciben la ley escrita sobre la piedra sagrada; todos, aun los más extraviados, oyen la revelación de Dios por la voz naciente del universo, sin que haya uno solo cuya tarea no sea percibir é interpretar esa palabra que el Eterno pronuncia en la Creación aun conmovida por su presencia. Ciertó que hay quienes les pintan en medio de una Naturaleza fría y avara, donde su primer cuidado hubo de consistir en defenderse contra sus ultrajes; pero ¿cuán de otra manera sucedió en realidad! La Naturaleza suntuosa del Oriente recibiólos sin duda en un día de fiesta; el primer Sol les vistió con su rayo de púrpura. Los que así piensan no hablan sino de inventores de artes mecánicas, de constructores de chozas de follaje, de talladores de troncos de árboles, de cinceladores de hachas de piedra, mientras que yo no encuentro en todas partes más que poetas, viajeros, profetas, sacerdotes, esto es, hombres que eran á la vez los institutores, los jueces y los artistas de su tiempo.

¿Deseáis saber cuál era la fuente de inspiración de estos maestros del género humano? Pues apartemos lejos de nosotros las ideas de nuestro tiempo, y esa fuente inagotable brotará de nuevo, porque

ella no era otra que el éxtasis contemplativo y la admiración intuitiva que la creación, nueva aun y reciente, les causaba. Por el órgano de la Naturaleza, en efecto, se ha manifestado la primera revelación, tanto para los gentiles como para los hebreos. Ella, la Naturaleza, era la tripode; el género humano, el sacerdote. Hoy, en cambio, reducida á nuestra servidumbre, perdidas las simpatías por sus enseñanzas, ha enmudecido, ó si alguna vez habla todavía, no la entendemos; tanto ensordece nuestros oídos el estruendo que nosotros mismos movemos en el mundo. Pero en aquellos tiempos lejanos, era para el hombre el libro de la Ley, el Evangelio cosmogónico que, abierto constantemente, era constantemente hojeado por los primeros profetas, que en él y en alta voz iban á deletrear los grandes caracteres de la ley soberana y á recoger las huellas de su Dios en la obra apenas salida de sus manos, prestando oído atento á las voces todas del cielo y de la tierra, último eco de la palabra aun resonante de la génesis. Los pueblos al mismo tiempo presentian que el trabajo de la creación continuaba en ellos mismos; hallábanse como inspirados y transportados. Apenas surgidos de entre el lodo primitivo, el sol inmaculado de los primeros días habia penetrado hasta el fondo de su corazón, haciendo en él brotar la luz del espíritu, y el soplo del Eterno, que agitaba aún las aguas, habia pasado por su boca, arrancando de ella la palabra y la poesía. Desde este momento comien-

zan las instituciones sociales, y comienzan modelándose según el plan del universo; los primeros fundadores de imperios toman su ciencia á la política sagrada que rige sobre sus cabezas las constelaciones, distribuyendo, como el cielo en regiones, la tierra en zonas, primera base de la propiedad. Tal sociedad, á fin de reproducir con la mayor fidelidad posible las leyes generales del mundo, distribuye sus miembros en trescientas sesenta familias para responder á los trescientos sesenta días del año, y dichas familias en doce tribus, por consideración á los doce meses; tal otra ciudad rodéase de siete murallas pintadas de los colores del cielo, que recuerdan el orbe azulado de los siete planetas; el Estado, en fin, gravita en torno del dios nacional, como el universo físico alrededor del astro supremo. Tal fué en un principio el espíritu de las instituciones humanas; legislación verdaderamente primitiva, que no era sino reflejo en el orden moral de las instituciones y de la legislación del universo visible. Los días, los años, el sol renaciente festejaban ya el eterno aniversario de la Creación antes que el hombre apareciese; imitó éste ese primer culto, y el orden civil fué el compendio del orden universal.

V

Las emigraciones de las razas humanas en sus relaciones con la historia de las religiones.

La sociedad acaba de nacer de la primera revelación. Este primer acto de fraternidad en la cuna subsiste como un recuerdo en todas las tradiciones, y no tenemos para hacer tal afirmación necesidad de investigar profundamente si aquella constitución nativa se hallaba con tan viva unidad sellada, que no pudiera ser considerada sino como una especie de comunión primitiva del género humano en el seno de la naturaleza primitiva, con un mismo cielo, lenguaje, culto y liturgia copiada de las procesiones de los astros; época sin sucesión ni cambios apreciables, que parece pertenecer no tanto al tiempo como al Eterno.

Pero este primitivo estado, origen de todos los demás, cambia por fin, porque él no es más que el primer acto de la génesis social. Ulega, en efecto, un momento en que los pueblos infantiles, creciendo con la vida, acaban por descubrir instintos y tendencias diversas, para desarrollar los cuales nece-

sitan atribuirse distintos territorios. Entonces se separan. La pollada, que había sido abrigada bajo las alas del Eterno, abandona el nido. Vense aquejados por un ávido instinto de cambios, y van á dividirse la tierra, propiedad inalienable hasta entonces del mismo Dios. La primera misteriosa constitución de la humanidad se rompe; el politeísmo nace y con él la división y pluralidad de naciones, estados, imperios, sociedades y lenguas que, á pesar de sus diferencias, han de conservar para siempre el sello de su original carácter; arruinase el edificio de la Naturaleza y erígese el del Arte; la historia civil conmuevese profundamente. El emblema de la torre de Babel en el Antiguo Testamento, refiérese sin duda á esta época; porque ¿quién no ve en la caída de esa torre gigante una expresión de la lengua naciente del mundo para figurar el rompimiento y destrucción de la primera unidad religiosa y civil?

Y he aquí que somos llegados á la idea suprema de donde las sociedades nacen: presenciemos el espectáculo de su dispersión. ¿Cómo la Providencia, después de haber abierto los surcos de los valles, ha sembrado la tierra? ¿Cómo ha repartido las razas, atrayéndolas aquí y asentándolas allá en tales ó cuáles lugares? Seguir la semilla de los pueblos esparcida sobre el mundo, equivale á seguir las huellas del cultivador divino.

La idea de tres razas de hombres hállase en todas las tradiciones, inclusa la de los negros. La

primera familia —dicen—se componía de tres hermanos, un negro y dos blancos, los cuales robaron á aquél mientras dormía todas sus riquezas, no dejándole de ellas más que un poco de polvo de oro y algunos dientes de elefante. La Biblia indica la misma división, que ha acabado por confirmar la ciencia moderna, bajo los nombres de Sem, Cam y Jafet.

Dos pueblos gemelos, los indios y los persas, entran los primeros en la historia. Como dos aves viajeras, caídas del árbol de la vida, un secreto instinto les impele hacia los lugares en que han de detenerse é invernar. El indio desciende hasta el lecho del Indo y el Ganges, donde queda aislado y oculto el resto de los humanos por la cordillera del Himalaya. Pueblo contemplativo, busca un retiro naturalmente fortificado, y allí se adormece entre las flores de las aguas, como Brahma al rumor de las corrientes del Ganges. Un dios activo y luchador impulsa, por el contrario, á la acción y al movimiento á los medos ó persas que, baja la cabeza, precipitanse por los flancos de su monte sagrado, el Bordj, que viene á morir entre las estribaciones meridionales del Taurus. Peleando y combatiendo siempre bajo el nombre de Ahrimanes contra el eterno enemigo, parece que va creando ante ellos, y á medida que emigran, nuevos territorios, como si la tierra creciese bajo sus plantas y la Naturaleza se engrandeciese al compás mismo de su historia, mientras que al borde del camino

las ninfas de las aguas preséntanles en el vaso sagrado la bebida de la inmortalidad. Así se van extendiendo desde el golfo Pérsico hasta la Armenia, y desde la Armenia hasta las riberas del Halys, llegando por fin hasta los desfiladeros del Cáucaso y penetrando bajo diversos nombres en Europa: Bactra, Susa y Persépolis son las principales piedras miliarias que marcan su camino. Raza de Jafet, dividida como su dogma, en guerra frecuentemente consigo misma, es fundamento y origen, en sus familias céltica y germánica, del genio doble del Occidente.

Junto á esta raza habita la de Sem, que va á echar raíces en las montañas entre el Éufrates y el Tigris, siendo la Caldea, Fenicia, los hebreos, Cartago y la Arabia los miembros de este gran cuerpo, de que es Babilonia el corazón. Ninguna como esta raza reúne en tan alto grado el genio de la industria y el de la religión, y lo mismo la veremos palpar bajo la tienda de Abraham que sobre las naves de Tiro. El desierto y el mar, esas dos figuras visibles de lo infinito, pertenecen casi exclusivamente. Jehová y Cristo se albergan en su seno.

En fin, más al Oeste se encuentra la raza de Cam, negra, de cabellos crespos, que confinando por un vago horizonte con los pueblos fabulosos de cabeza de perros y de lobos, consagrando la servidumbre del cuerpo por la servidumbre del espíritu, toma por dios al animal y se postra delante de la serpiente y del león, saliéndose en cierto modo de

las condiciones de la sociedad civil. Reléganla las otras dos razas al África, y ella, como la salamandra, va á buscar allí una tierra de fuego hasta que una colonia de sacerdotes llega del centro de la India á traerle el principio de la vida social. Esta emigración arriba al África por el camino de la Etiopía, y siguiendo la corriente del Nilo, descien- de desde Meroe á Tebas y luego á Menfis, y se engrosa con los afluentes de las tribus de la Arabia y de la Nubia, amasándose de este modo y acumulándose en el delta, con el limo del valle, las creencias, las leyes y los dioses del Egipto.

Tales son los tres actores que abren la escena, y cuya lucha constituye, por sí sola, la historia primitiva del alta Asia. Semejantes á los animales esculpidos sobre los monumentos de Persépolis que pretenden mutuamente devorarse, los imperios de Asiria, Persia y Egipto se persiguen y encarnizan uno contra otro. Los pueblos vencedores se establecen, ó mejor dicho, se sobreponen á los vencidos, nueva forma de la humanidad en que las luchas de los hombres de diversos colores se resuelve en el establecimiento de las castas, y los dioses atezados, negros, blancos ó aceitunados, sometidos unos á otros en jerarquía celeste, consagran el primer origen de la desigualdad de condiciones civiles.

Sin embargo, la segunda época de las emigraciones comienza; el Asia rebosa pueblos y tradiciones y no puede menos de desbordarse. Mil quinien-

tos años antes de Jesucristo, los pueblos pastores y nómadas, que se habían repartido el Egipto, son expulsados y marchan á fundar á Tiro, abandonando el desierto por el mar. Sigue á ésta una emigración más solemne, la de Moisés, que conduciendo y arrastrando tras sí al pueblo hebreo, remonta el golfo de Suez, rodea el país de Canaán, se corre á lo largo del mar Muerto por el Este, y penetra en la Judea por el lado opuesto al Egipto. Tal es el pueblo que, mojado aún con las aguas del mar Rojo, entona aquel cántico: «Yo ensalzaré al Eterno; el Eterno es mi fuerza; Él precipitó en el mar caballo y caballero»; siendo este su primer grito al venir al mundo, porque en este momento es cuando verdaderamente nace el pueblo hebreo, hasta entonces retenido en noche de servidumbre. Ese himno de gracias da el tono á su poesía. Su eco se encontrará más tarde en el canto de Débora, en los salmos y en los profetas, especialmente en Isaías, y últimamente será transformado en el *Apocalipsis*, grito de la humanidad que sale por primera vez de la cárcel de la servidumbre, de la tierra de las castas, del templo del politeísmo y de la materia, grito que, rodando de siglo en siglo, aun hoy resuena en todas las iglesias de la cristiandad, recordándonos, no ya sólo la emancipación de un pueblo, sino la libertad del mundo; más aún que la emigración del Egipto, la emigración del alma de entre las cadenas de los sentidos á la tierra prometida de la eternidad. En los hebreos sobre todo,

es donde la sociedad entera se halla fundada sobre el recuerdo de las emigraciones, hasta el punto de que su institución principal, la Pascua, no era otra cosa que la solemne representación de ellas; día sagrado en que todo el pueblo, de pie, ceñida la cintura y con el traje de viajero asistía á la comida que conmemoraba su peregrinación por la tierra. Estos viajes, en efecto, fueron para los hebreos causa de una transformación más radical que en parte alguna, cambiándoles de nómadas en sedentarios, de pastores en agricultores, de vagabundos del desierto en habitantes de las ciudades. Levántase entonces Jerusalén como la tienda de todo un pueblo, Jehová deja de ser el Dios del desierto perdido, y fijando para siempre su errante tabernáculo, queda hecho, no solamente el uno, sino el inmutable, aquel cuyos fundamentos no pasarán nunca, y que ha de convertir el mundo tanto á su unidad como á su inmutabilidad. Dios posee ya un templo, y este momento se convierte para los hebreos en la era fundamental de su historia.

Hacia la época en que Moisés conducía á los hebreos á Judea tenían asimismo lugar otras trasplantaciones de pueblos salidos de los mismos lugares, pero con muy distintas consecuencias. El Oriente, lleno de ideas, visita por primera vez el Occidente; el Asia se dispone á llevar la vida de la inteligencia á los valles, hasta entonces mudos, de Grecia; momento aquel verdaderamente religioso en que los pueblos, preñados de un porvenir

indefinido, llegan á una comarca, nueva aún como ellos; los fenicios al Atica; los egipcios á la Argólida. Los sacerdotes del delta llevan sus misterios á Eleusis y la esfinge de Menfis arriba por caminos ignorados al pie mismo del Parnaso: invasiones que fueron en la antigüedad lo que en los tiempos modernos las de los españoles en el Nuevo Mundo, aunque con la diferencia de que los extranjeros desembarcados en las costas de la Grecia se asociaron desde luego á los habitantes que allí encontraron.

Eran éstos pueblos (pelasgos) que no sabiendo aún qué nombre dar á sus dioses, carecían ellos mismos de nombre en la historia civil, perdidos en medio de sus enormes murallas ciclópeas, que parecían marcar el recinto y como el plano informe de la ciudad del porvenir. Apenas terminadas estas emigraciones por mar, comenzaron otras por tierra, á través de los valles del Taurus, que parecen haber sido el estrecho canal donde han venido á acumularse las razas humanas que se empujaron sobre los umbrales de la Europa, y donde existían en esta época hombres de razas etiópicas, semíticas y medas, en contacto mutuo y permanente. También el Cáucaso fué un nudo que contribuyó á enlazar estrechamente las civilizaciones persa é india con la griega, y por eso sin duda Prometeo, símbolo vivo de esta sociedad, encadenado en la doble cima de sus rocas, miraba á la vez y representaba al Oriente y al Occidente. Desde allí, una

parte de los pueblos helénicos arriba á las bocas del Danubio, á la Tracia y á la Tesalia, y atraídas siempre hacia la Grecia meridional, alcanzan por fin las llanuras del Atica. Así cada valle de la cadena del Olimpo forma su tribu con su dios particular, hasta que una de estas poblaciones empuja á todas las demás delante de ella: es la de los dorios, la más grave, la más fuerte, la más noble de todas. «Pedimos á Dios—decían—que nos conceda el bien en la belleza»: esta era su divisa. Desembocan entre el Olimpo y el Oeta, penetran en la Etolia y desde allí, por la derecha de Patras, invaden el Peloponeso, que desde este momento adquiere por completo su carácter, que ya nunca perderá. Gravitando de este modo sobre el mediodía de la Grecia, fuerzan á una parte de sus pueblos á buscar un refugio en las islas del Mediterráneo, hacia donde irradiaba un momento toda la población del continente, incluso ellos mismos. Así los dorios, como los normandos en la Edad Media, cierran la marcha de los invasores.

De este modo suceden casi al mismo tiempo dos grandes emigraciones: la de los hebreos y la de los helenos. El uno de estos pueblos va á encerrarse en un retiro, sin comunicación alguna, adonde nadie irá á conocerle si no es para despreciarle. El otro, por el contrario, hace alianza con cuanto en su camino encuentra, y como nadie más que él ni tanto como él amará el mundo, llegará también á poseer sin contradicción toda la gloria de esta

tierra, y por eso mientras que la Grecia se embriaga de alegría en las fiestas olímpicas, Israel, con las manos atadas á la espalda, será tristemente arrastrado por todos los grandes caminos del Asia. Mas después de esto, el uno morirá con todos los dioses del pasado, y el otro morirá también, pero dando nacimiento en Cristo al Dios del porvenir: imagen de los pensamientos del mundo y de la soledad.

Ni se encuentra solo en la filiación de las lenguas y de las tradiciones la huella de estos movimientos: sus más interesantes vestigios descúbrese en la religión. Personificándose cada sociedad en su dios, atribúyete todos los hechos de su vida colectiva y le reviste con su propio pasado, hasta el punto de que, en tal sentido, podemos decir que en Jehová se halla todo Israel, así como en Hércules toda la raza de los dorios. Entran éstos en el Peloponeso, y es Hércules quien toma posesión de su herencia, y si es que hacen alianza con la Etolia, entonces ese dios se desposa con Deyanira. Y así era como en aquella época se escribía el derecho público. ¿Pretendíase decir que los pueblos traicios habían enviado una colonia á civilizar la isla de Lesbos? Pues era que la lira de Orfeo había sido arrastrada por las olas hasta sus riberas. ¿Había fundado un Estado adorador de Apolo una colonia en la Cirenaica? Entonces Apolo había robado una doncella, y sobre un carro tirado por cisnes había conducido á la Libia. Y así, según el pueblo iba

ensanchándose, se iban al mismo compás multiplicando y acreciendo las aventuras de su Dios, y la historia social resumíase y quedaba envuelta en la historia religiosa.

Por otra parte, la impaciencia de la humanidad por entrar en posesión de la Grecia, tierra prometida del paganismo, fué tal, que la abordó por todos los caminos posibles: por el Norte y el Mediodía, por la tierra y el mar. Derivase de aquí una doble consecuencia: primero, que ya no habrá por qué maravillarnos si más tarde hallamos en la Grecia el genio del Asia y el dogma oriental, bajo las formas del Occidente; y segundo, que aquella diversidad de razas y poblaciones agrupadas, separadas ó mezcladas en sus pequeños valles, indican desde luego cuál será la prodigiosa variedad de creencias, dialectos, tradiciones, costumbres y religiones griegas.

Todas las razas de la humanidad envían á esta civilización un representante, constituyéndola de esta manera en la tierra de la variedad, así como la de la unidad lo fué la Judea.

Las religiones orientales se concentran como en un hogar en la mitología helénica, el culto persa de la luz en el de Apolo, el sombrío genio del Egipto en los misterios de Dionisio, el misticismo material de la Fenicia en los ritos de Afrodita.

Los pueblos, además, en sus emigraciones consagran al dios nacional los lugares en que se detienen; fórmula de su toma de posesión del terreno,

según la que parecen querer derivar sus títulos de propiedad del autor mismo de los seres. Constituye esto con la propiedad la primera feudalidad ó pleito homenaje de la humanidad al señor soberano, al dueño celestial, que posee él solo de un modo inalienable el gran dominio de la tierra. En este concepto, el camino de los dorios hállase indicado por los santuarios y las estaciones de Apolo; el de los arcadios, por los vestigios de Hermes; el de los inquietos jonios, por las huellas del inquieto Neptuno, en tanto que los pelasgos vagabundos, sin propiedad, sin territorio limitado, sin patria definida, dejan tras sí y como al azar sus informes dioses, piedras abruptas que siembran confusamente por la superficie de la tierra imágenes de un pueblo apenas esbozadas y que aun no se ha elevado hasta los sentimientos de la personalidad y de la organización social. Y he aquí como al dejar los pueblos tras de sí el rastro de un recinto, templo, nombre ó piedra sagrada, van marcando su itinerario por el itinerario de sus dioses.

Pero las emigraciones no se detienen en la Grecia. Delante de los pueblos que descendían del Norte de la Tracia huyen esos mismos pelasgos que acabamos de encontrar, y llegando á Toscana, donde encuentran á los umbríos de raza céltica, pueblo el más antiguo de Italia, que habían ocupado entrando por las dos extremidades de los Alpes, fundando allí las doce ciudades ciclópeas. Por otro lado, las poblaciones caucásicas que llegan

de Oriente penetran por la Iliria y el valle del Eridán, camino que siguen también los etruscos, precedidos del picoverde augural, los cuales, semi-asiáticos aún, pues ni su ciencia había sido adquirida en Italia ni muchas de sus aves sagradas se vieron nunca en los climas de Europa, transportan el Oriente entero en medio de aquella multitud de pequeñas poblaciones, tales como los enotrios, sabinos y oscos, todas las cuales habían perdido desde mucho tiempo antes los recuerdos de su origen. Estos etruscos se establecen entre el Arno, los Apenninos y el Tíber. Representémonos sobre las ruinas de las murallas pelásgicas una palmera asiática perdida entre la vegetación del Norte de la Italia, y tendremos una imagen exacta del espectáculo del genio etrusco en medio de las poblaciones extranjeras que le rodean y tienden á ahogarle con su peso. En cambio, las emigraciones de origen dorio y jónico no traspasan las riberas del mar, de suerte que la Italia, griega en la superficie, no lo fué nunca en el corazón. La guerra del Oriente y el Occidente, del genio etrusco y del genio latino, es la cuestión que se agita en ella. Las poblaciones de razas diversas, en vez de formar diversos Estados, como en Grecia, se concentran poco á poco en una misma ciudad, cuyo recinto es trazado con un arado unido á un caballo ó á una vaca, sembrándose en el surco frutos y cereales. Ya sabemos la cosecha que de estas siembras se recoge. Roma fué el coronamiento del mundo antiguo, porque las razas, hasta

entonces separadas y perdidas, se encontraron y aliaron entre sí, terminando de este modo su largo divorcio; porque el matrimonio fué entre ellas de nuevo instituido; porque aunque se hicieron una larga guerra intestina, llegaron al menos al sentimiento de la fraternidad ante la ley; porque, en fin, todos los dioses, hasta entonces enemigos, de Oriente y Occidente, el Norte y Mediodía, se unieron y comunicaron en un sólo panteón, que fué el santuario de una especie de catolicismo pagano. La antigüedad profana estaba cerrada; no podía ir más lejos.

Tal es el segundo acto de las emigraciones universales y la segunda como jornada del mundo civil. Los Estados que de estas nuevas emigraciones nacen son Jerusalén, Esparta, Atenas y Roma. Pronto llegarán á su madurez, pues esa ley de la Historia natural, que quiere que la duración de la vida se mida por el tiempo del crecimiento ó desarrollo, cúmplase también en la historia. Prontos en crecer y prontos en morir, estos Estados, que podrian llamarse de segunda formación, pasarán más rápidamente que los de Asiria, Persia y Egipto. Vivirán más de prisa, pero con más noble vida. ¿Qué va á suceder después de ellos? ¿Perecerá el mundo civil? Al contrario, va á renacer.

Mientras vivían y se desarrollaban las sociedades griega y romana, habianse insinuado silenciosamente en Europa, por el Norte de los Pirineos y de los Alpes, varias poblaciones célticas. Allí cre-

cían libremente con las hierbas de los bosques sagrados. Á intervalos salían de este silencio, y aparecían en medio de la pompa de la civilización pagana, como la mano misteriosa en el banquete de Baltasar. Un día se lanzaron á ahogar á Roma en su cuna. ¿Quién no había de pensar que su misión era ser los herederos de los romanos? Jóvenes numerosos, aventureros, ¿qué faltaba á los celtas para cumplir ese destino? Y sin embargo, no fueron los encargados de renovar el mundo después de la caída de la sociedad romana. Y es que habian pretendido chocar demasiado pronto contra un Estado revestido de hierro desde su nacimiento; es que se gastaron en la lucha contra una civilización aun en toda su fuerza; es que sintieron demasiado el yugo de la espada del César y sirvieron hartas veces de ornamento á los triunfadores. Uno de sus antepasados había llegado á decir: «Sólo temo una cosa; que los cielos caigan sobre mi cabeza.»

Los cielos, en efecto, cayeron sobre ellos. Roma, por la mano de Torcuato, robó su collar á la raza céltica, que ya no sentía esa embriaguez é inspiración del porvenir, necesarias, no ya al cumplimiento, sino á la concepción de los grandes designios. Los dioses celtas, además, convirtiéndose á la fe del Capitolio, habian despojado de este modo el nombre de su raza de la originalidad, independencia y soberanía nativas. Encadenados en el panteón latino, retenían cautivos á sus pueblos en la servidumbre de Roma por el lazo religioso. Hay,

por otra parte, pueblos que sirven á otros de precursores, que siembran y no recogen, que levantan ciudades y no las habitan, que tienen el instinto de las grandes empresas y no las ejecutan; pueblos, en fin, que lanza á la vida la Providencia sólo como magníficos esbozos. Los pelasgos son los precursores de los griegos; los etruscos, de los romanos; los celtas, de los germanos y francos. Ya hemos visto cómo los pelasgos construyen ciudades para la eternidad, que otros pueblos vienen á habitar. Y con respecto á los celtas, ¿qué es lo que han dejado? ¿qué documentos escritos? ¿qué monumentos? ¿qué artes? Despojos de lenguas, de pueblos, de tradiciones; el fantasma del rey Arthus en su castillo abandonado; el vago eco de Ossián, ese Jeremías celta, flotando sobre las ruinas de toda una raza de hombres; dioses indefinidos y cautivos, impotentes para destronar al Júpiter griego y romano. Y es que no hay raza alguna que reine sino á condición de hacer tarde ó temprano reinar á su Dios, y esa familia de pueblos no era ya un instrumento bastante nuevo y vigoroso para acabar de romper el molde de la religión antigua. Necesitábase para esto el martillo de Atila.

Desde los tiempos de las guerras contra Mitridates, nuevas emigraciones salidas del Oriente, y casi de los mismos lugares de donde las de los helenos partieron, ó sea de las fronteras de la Media, van siguiendo las pendientes del Tauro, aproxímanse á la Cólquida, y finalmente, rompién-

do las cadenas de hierro que forman las puertas del Cáucaso, vienen á juntarse en las orillas del mar Negro. He aquí las razas que en los siglos IV y V han de renovar al mundo. Sin duda que si hubieran seguido el mismo camino que las precedentes, reprodujeran idénticas escenas, á obedecer á la sola inclinación de la Naturaleza. Pero el poder romano estaba aún en pie, y les alejó por largo tiempo del centro de la civilización antigua. Después de haber abandonado las orillas del Don, vuelven á entrar en el valle del Volga, y desde allí, lejos del antro de la loba de Roma, van á refugiarse en las islas de la Escandinavia y á espiar tras los hielos el momento de agonía de la civilización antigua. Allí su genio oriental comienza á transformarse. Verdadera espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de la sociedad pagana, todo anuncia en ella una raza de hombres, que no habiendo aún medido sus fuerzas, las creen sin límites; terribles reformadores que para cambiar el mundo civil comienzan por destruirle. Su primer canto no es, como el de los hijos de Moisés, un canto de promesas, sino un grito de amenaza. «Es un buen signo para el guerrero el que al chasquido de la espada se mezcle el grito del negro cuervo y se oiga aullar la loba bajo el fresno sagrado.» Sus dioses se convocan y atraviesan la tierra en carros tirados por lobos con atalajes de víboras. Creen que los cadáveres se juntan en las desembocaduras de los ríos. Juran por la proa de sus barcos,

por los bordes de sus escudos, por la pezuña de sus caballos, por la punta de sus espadas. Su diluvio es un mar de sangre. Se ve, pues, que tales creencias, vivas aún, no están hechas para confundirse con las muelles creencias del Olimpo. La tradición está rota: la sociedad va á cambiar de dogma. Odino no puede nunca ser el esclavo resignado de Júpiter ni sentarse tranquilamente bajo el seno de la tolerancia en el panteón romano. Si se somete, será ante un Dios, no sólo superior á todos, sino más celoso y más nuevo. Y en efecto, los pueblos germánicos miran detrás de ellos, y ven al *Dios desconocido* que los impulsa.

Mientras el poder romano no cede en ningún punto, las emigraciones continúan dirigiéndose por el camino del Norte, pero el día en que esa barrera flaquea, cambian de rumbo y comienzan á extenderse por el valle del Danubio. Largo tiempo la vieja sociedad permanece en el convencimiento de que todo el peligro viene por el Norte, pero mientras busca á los bárbaros en la Escandinavia, desembocan éstos en el mar Caspio y el Ponto Euxino. Cuando Roma se apercibe de su error, avanza en aquel sentido y funda el imperio de Oriente. Bizancio fué un fuerte avanzado de la civilización antigua, pero la comunicación de los bárbaros no pudo romperse y la ruina total quedó decretada. ¿De qué servían las victorias de Germánico en Germania ni de Agricola en Bretaña? La raza germánica, como Anteo, renovaba toda su fuerza con

sólo tocar el suelo de Oriente. Pero para reinar sobre la sociedad pagana, era poco abatirla, siendo aun necesario dar al imperio un dogma nuevo. Alarico, Atila, Genserico, esos terribles reyes magos salidos de las mismas comarcas que los reyes portadores del incienso, la mirra y el oro, oían los vagidos del Dios recién nacido en el pesebre de Belén, y le llevaban á su vez las ofrendas de la espada, la copa llena de sangre de los vencidos y el oro de la civilización antigua. Y este mismo genio que ahora les impulsa á abatir la autoridad política de Roma, conducirá á sus hijos á romper su autoridad religiosa, de modo que tal germano, que en el siglo V sólo murallas destruya, tendrá por descendiente á aquel que, bajo el nombre de Lutero, destruya un día el espíritu de la ciudad de las tradiciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRO SEGUNDO

LA TRADICIÓN

I

Cómo se perdió y se ha vuelto á encontrar la tradición oriental

Toda revelación viene de Oriente, y transmitida al Occidente recibe el nombre de tradición. El Asia tiene sus profetas; la Europa sus doctores. Unas veces estos dos mundos, ecos de la misma palabra, comulgan, se atraen, se confirman mutuamente y guardan el recuerdo de la tradición común; otras combátense sus genios y se oponen á la manera de dos sectas, sus riberas parecen separarse ó al menos se olvidan para encontrarse y confundirse más tarde, sin que el acuerdo se restablezca nunca, no siendo por el nacimiento de un nuevo dogma ó de un dios nuevo. De esta suerte, el cuadro de tales alternativas de alianza y separación, de unidad y división, eslo también el de las épocas principales de la vida religiosa y de la tradición universal.

El libro más occidental del Oriente, la Biblia, no hace apenas mención del Alta Asia, pues el horizonte del pueblo hebreo no se extendía más allá de la Mesopotamia, tocando á lo sumo rara vez en la Bactriana.

Los indios y los hebreos vivieron siempre ocultos unos de otros en una soledad claustral y sin conocerse. Sus destinos eran completamente diversos. El pueblo de Moisés, además, halló inmediatamente sus grandes títulos en su genealogía. Era el hijo de Jehová, el primogénito del Altísimo, y vivía en la morada del Eterno. ¿Qué necesidad tenía de inquietarse por su pasado y de ir á buscar más lejos sus orígenes?

Al contrario, los dioses helénicos, nacidos de la primera unión del Occidente y del alto Oriente, parecían instar sobre todo á Grecia á conservar el recuerdo de su filiación. No sucedió esto, sin embargo, mas antes bien, la Grecia conservó sin saber de dónde le venía el fondo de los dogmas asiáticos. Esto precisamente constituye todo el carácter de esta sociedad, que al nacer, obsidada ya la memoria de las tradiciones que á su pesar le fueron transmitidas, maravillase de si misma, y al investigar su procedencia, hállase con su palabra ya acabada y sus dioses omnipotentes desde la cuna. Bien pronto de este modo se persuade de que ella, sola en el mundo, lo ha inventado, imaginado y creado todo, y al notar cierto extraño parecido entre sus dogmas y los del Nilo ó el Éufrates, cree

sinceramente que el Asia ha recibido de ella sus ídolos y que la tierra entera no piensa, ni vive, ni respira sino para esa alma ligera que se juzga la dispensadora de todas las cosas. Toda su historia recuerda la estatua de Pigmalión, que se anima con la vida del escultor mismo. La Grecia, como Galatea, desciende de su pedestal de mármol para aproximarse á los objetos que le rodean y cerciorarse de su realidad. En primer término, encuéntrase con el Egipto y sus religiones, y sin asombro alguno dice sonriendo: «Soy yo.» Luego pónese en presencia de la Persia, y al ver de cerca el gran culto del Sol, en tiempo de Jenofonte, exclama también: «Soy yo.» Y así continúa extendiendo su existencia á todo lo que le rodea, hasta el día en que, viniendo á encontrarse con el cristianismo, con aquella doctrina tan ajena al mundo, tan severa, tan austera, tan enemiga de las fiestas olímpicas, tan diferente de cuanto ella había amado, cantado y adorado, herida entonces súbitamente de un estupor religioso, grita con la voz de todo un pueblo: «¡No soy yo!»

Herodoto, en su viaje á Egipto y Fenicia, fué uno de los primeros que notó ya la infatuada vanidad de sus compatriotas. No fué, sin embargo, poderoso á corregirla, pues la Grecia continuó viendo todo el Oriente por los ojos de la Jonia, naciendo de esta ignorancia misma su originalidad en medio de la imitación. Sólo Alejandro pudo romper ilusión tal. Impulsado por su amor á lo des-

conocido, llega hasta las orillas del Indo, viéndose arrastrado por divino instinto hacia la cuna de la raza de que era el primer representante. Entonces es cuando tocando el misterio de los orígenes de la civilización griega, puede mostrar á los helenos los montes sagrados de la India, mina de donde sus dioses fueron sacados. Fué este el instante final del espíritu griego, que quedó desvanecido, al mismo tiempo que salió de su error: rompiendo sus límites cesó su vida. El pensamiento del Alta Asia entretanto se insinúa en las escuelas de Europa. La India es llevada á Alejandría y la tradición universal se encuentra por un momento, pero el cristianismo rompe al nacer la segunda alianza del Oriente con el Occidente.

Durante todo el tiempo de la Edad Media, en efecto, este lazo queda deshecho, como si nunca hubiera existido, pues muy lejos de buscarse y atraerse mutuamente el genio de la Europa durante ella y el de la Alta Asia, se rechazan entre sí. Ni ¿qué podía haber de común entre el ascetismo de aquélla y los esplendores de la naturaleza equinoccial de ésta? ¿Necesitaba, por ventura, el culto de la pasión envuelto entre las brumas del Norte en la fachada de las catedrales, del esplendente sol del golfo de Bengala? ¿Y para qué quería el tesoro de las Indias el Cristo gimiente, flagelado y crucificado del siglo XII? Así es que los cruzados, en su espíritu de conquista, sólo el Gólgota querían. Un sepulcro al pie del desierto de la Siria, el triste

huerto de los olivos empapado aún en el sudor de la pasión, la cima desecada del Calvario, una tierra desnuda para un Dios desnudo: he aquí lo que la Europa deseaba del Asia, mientras que el Alto Oriente, con su Naturaleza pródiga en todos los reinos, quedaba cerrado al espíritu místico de estas generaciones, como la tierra de los hechizos malditos y del demonio del deseo.

Es, pues, cierto que durante todo el tiempo que el dogma de la espiritualidad reinó sin contradicción, la comunicación con la Alta Asia permaneció interrumpida. Inútilmente el veneciano Marco Polo encuentra el continente perdido de la India dos siglos antes de que el genovés descubriese la América. Este camino recién descubierto es bien pronto olvidado, pues las fronteras de Oriente y Occidente se rechazan todavía, no restableciéndose verdaderamente sus relaciones sino cuando la industria en el siglo XV revela el sentido y la índole de la condenación lanzada contra ambos por los tiempos precedentes. La Edad Media misma acaba el día en que el Oriente, con todas las pompas de la vida exterior, es vuelto al Occidente por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. El ascetismo concluye también con ella, y la materia, largo tiempo inmolada por las maceraciones, reaparece triunfante bajo los atractivos del Asia. Al culto del dolor sucede el espíritu de la industria, el Occidente se adhiere una vez más al Oriente, y comienza una era nueva. Y es que la raza europea

ha vuelto á encontrar su cuna y la humanidad se repliega un instante sobre sí misma, con la serpiente de los símbolos que enlaza su anillo alrededor del globo.

Es preciso hacer justicia al siglo XVIII de que bajo su frivolidad ocultó un como presentimiento de un renacimiento oriental, siquiera mezclado de escepticismo y nacido, más que nada, del deseo de encontrar en el antiguo Oriente una sociedad rival de la sociedad hebraica. Debemos añadir, sin embargo, que los enciclopedistas sólo conocieron de la Persia y de la India lo que Herodoto había escrito de ellas. En estas investigaciones y exploraciones en pos de una sociedad perdida, era Voltaire sobre todo el que caminaba delante. Multitud de fragmentos, escritos hacia el fin de su vida, atestiguan su impaciencia siempre creciente, hasta el punto de que en su afán de inquirir todo lo que pudiera disputar al genio hebraico la corona del Oriente, fué muchas veces engañado por obras apócrifas. Su religión complaciente y favorable al alto Oriente la fundó, en efecto, sobre un pretendido manuscrito asiático, el *Ejur Veda*, que hizo depositar solemnemente en la Biblioteca Real, y cuyo autor, que debía ser anterior en muchos siglos á Moisés, resultó luego ser un jesuita misionero del siglo XVII. ¡Voltaire, el rey del escepticismo, demasiado crédulo y confiado, y cogido al fin en sus propias redes! ¿Quién no se maravilla de esto?

Pero realmente era hartó fácil entonces abusar

acerca de la India y de la Persia. Las bibliotecas de Inglaterra poseían ya, es cierto, algunos fragmentos de las antiguas lenguas de esos pueblos, muertos desde los tiempos de Ciro; pero nadie en Europa conocía siquiera el alfabeto del tesoro de recuerdos de aquella doble civilización, que durante miles de años había sido guardada por el genio de la soledad. ¿Cómo, pues, el misterio será descubierto? ¿Cómo roto el sello puesto sobre los labios mudos del Oriente? ¿Cómo aquellas palabras ya enterradas se reanimarían, revelando el pensamiento, las creencias y los dioses perdidos del extremo Oriente? ¿Quién será el primero que dará su nombre á este descubrimiento? Anquetil Duperron. Este fué, digámoslo así, el Marco Polo del siglo XVIII.

Una hoja robada á uno de los libros sagrados de la Persia cae por casualidad ante sus ojos, y á la vista de aquellos caracteres, cuya clave se había perdido, siéntese este joven (apenas tenía veintitrés años) consumido por una curiosidad infinita. Toda la sabiduría del mundo antiguo representábasele oculta bajo aquellas letras encantadas, y jura en el acto aprender esta lengua que nadie en Europa entendía, resolviendo ir á deletrearla á las orillas mismas del Ganges. Inspirado por esta idea, enláncchase como voluntario en un destacamento de la compañía de las Indias, y parte allá. Él mismo nos cuenta cómo salió de la explanada de los Inválidos, á pie y tambor batiente. Aquel joven solda-

do, que por todo equipaje llevaba la Biblia, los *Ensayos*, de Montaigne, y la *Sabiduría*, de Charrón, llega por fin á las grandes Indias, y desligado allí de su enganche, emprende, solo y sin recursos, inmensos viajes por tierra, á fin de aprovechar mejor las tradiciones é impresiones del país.

De este modo recorre, con una pistola en la cintura y una Biblia en el arzón, la distancia comprendida entre Benarés y las costas de Coromandel, en la época de la guerra entre los ingleses y franceses, maltratado por unos y otros. Llega así á Surata, donde encuentra por fin sacerdotes persas, que habían conservado en el destierro los antiguos monumentos de la liturgia de los magos, del mismo modo que los hebreos en su cautividad conservaron por todas partes los libros de Moisés. Encuentra, pues, aquel antiguo culto del fuego, aquel resto de las llamas que Alejandro no pudo comprender y que una población sin patria reanima hoy con su soplo. Su curiosidad comienza por excitar la desconfianza de los sacerdotes, pero una permanencia de cerca de diez años entre ellos le sirve para ganarse la amistad del más sabio. El parsís le enseña en secreto la lengua sagrada de los persas, el zendó, que con el sánscrito es para el Asia Alta lo que son para nuestro Occidente el griego y el latín, es decir, una lengua que sólo pertenece al culto. Pero Anquetil tiene ya entre sus manos los libros sagrados, que ningún europeo había aun visto, pues *la mirada sólo les mancha*, como dicen los mobs.

Saca de ellos multitud de copias; las lee y las traduce, ve así la realidad, la esperanza de toda su vida. Posee al fin, ¡cosa increíble! en su lengua muerta los libros de los magos, compañeros de Darío, de Jerges, de Ciro y de Cambises, y de su viaje va á traer consigo toda una biblioteca compuesta de manuscritos. Como Camoens con su poema sacado del naufragio (pues puede bien compararse el héroe al poeta), vuelve á Europa y publica allí los monumentos de la religión persa momentos antes de estallar la Revolución francesa. He aquí el instante en que la ciencia de la tradición oriental queda fundada, consumándose así al mismo tiempo la revolución en las letras y en la política.

Inglaterra, por otra parte, haciéndose dueña de las Indias, acababa de tomar posesión de ellas por la ciencia. Un francés encuentra la lengua y la religión de los pueblos persas ó zendos; un inglés, William Jones, descubre la lengua de los antiguos pueblos indios. Ahora bien; desde el momento en que esta civilización pudo entrar en la tradición viva de los pueblos, cada sociedad fué en cierto modo recompuesta bajo un nuevo plan. Así los dioses de la Jonia se perciben en las montañas del Asia en los dioses indios, y el Olimpo se aleja hasta el Himalaya. Poco á poco el Occidente recoge los sedimentos y la sabiduría de aquel viejo mundo en manuscritos traídos por los misioneros y viajeros, en himnos, génesis, liturgias, ritos, epopeyas, có-

digos de leyes, escritas en versos, dramas, filosofía, teología y escolástica, una parte de cuyos manuscritos, aun inéditos, eran para nuestro tiempo lo que la *Iliada* y la *Odisea* para el Petrarca, que devoraba inútilmente con sus ojos el primer ejemplar de Homero transportado de Constantinopla á Venecia. Lo que Láscaris y los refugiados de Bizancio hicieron por el renacimiento de las letras griegas, cumplieron en nuestros días William Jones y Anquetil Duperron por el renacimiento oriental. Hasta creyeron los orientalistas en el primer ardor de los descubrimientos, y así lo publicaron, que una antigüedad más profunda, más filosófica y más poética que la de Grecia y Roma juntas había surgido del fondo del Asia. Mas ¿será verdad que Orfeo ha de ser vencido por Vyasa, Sófoeles por Kalidasa y por Sancharakarya Platón? ¿Por ventura los dioses del Olimpo van á comenzar sus luchas con los antiguos dioses orientales, ó es que por el contrario, dejando unos y otros de disputarse cielos demasiado estrechos, van á reconciliarse en el seno de la tradición universal?

Todo cuanto el pasado encierra de religión, todos los elementos sagrados de la tradición, confúndense súbitamente en un caos divino para engendrar al parecer una nueva forma de la humanidad. Porque lo que en la ciencia sucede, brilla aún con mayor evidencia en la vida civil y política. El Occidente se informa en el Oriente, no sólo por el pasado, sino por el momento actual; la Euro-

pa únese de hoy más al Asia en hechos y en ideas, por tradición é intereses; todos los pueblos quieren poner sus plantas sobre esta tierra en que la esfinge presenta de nuevo su enigma. Pero no sólo es la Europa la que aprende del Oriente; éste, saliendo también de su inmutabilidad, edúcase en las doctrinas modernas. Ni tiene necesidad aquélla de vestir, como Alejandro, la túnica asiática, para gobernar al Asia. Constantinopla misma ha abandonado el turbante. ¿Qué nuevo orden saldrá de la fusión y de los esponsales de estos dos mundos, de estas tradiciones que resucitan, de estas lenguas muertas que se despiertan en un sepulcro embalsamado? Pero ¿no parece preciso que al mismo tiempo que el Antiguo Testamento del género humano se aumenta con las páginas encontradas en las biblias de la India y de la Persia, se desarrolle el Nuevo, y rompa sus velos é irradie más y más el espíritu sepultado en su letra? Y si en el siglo XVI el renacimiento griego y romano, acabando de cerrar la Edad Media, dió al mundo una forma y una palabra nueva que coinciden con la reforma religiosa, ¿no hemos de ver nosotros que el renacimiento oriental de nuestros días ha de corresponder también con una nueva reforma del mundo religioso y civil? Hasta tal punto es verdad que el pasado, al romperse y morir, ha fertilizado siempre el futuro, siendo como la profecía que éste había de cumplir en su día.

El renacimiento oriental

El genio de la industria, los descubrimientos y los viajes no son las únicas fuerzas que han preparado el restablecimiento de la tradición del Alta Asia. La imaginación también y la ciencia volvíanse poco á poco hacia aquel lado, y visitando sobre los barcos mercantes las riberas nuevamente descubiertas, enlazábanlas con las de Occidente por impalpables anillos. Las brisas de Europa y las del Asia unían así sus perfumes en súbitos himnos, y de estos desposorios de los vientos iban á nacer sobre la superficie de un océano virgen formas, imágenes y fantasmas nuevos, que bien pronto flotarían en el cielo engrandecido de los poetas. Hasta bajo una apariencia escéptica hacíase la poesía moderna religiosa al consagrar la unión de los dos mundos vueltos uno á otro, y las primeras huellas de un renacimiento oriental se iniciaban en el origen mismo del renacimiento greco-romano.

Los portugueses, en efecto, que por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza fueron quienes volvieron el Asia á Europa, son también los

primeros que han coronado con la imaginación la alianza que la industria acababa de renovar: pueblo este que sólo un momento aparece en la historia, como para cumplir aquel milagro, y que una vez terminado, vuelve á hundirse de nuevo en el silencio. Sólo un momento de esplendor tiene, y también sólo un poeta y sólo un libro. Pero este poeta es Camoens, que vuelve á abrir para la imaginación las puertas del Oriente, y aquel libro es *Las Lusíadas*, que une á todos los perfumes de Portugal el oro, la mirra y el incienso de Levante, regados á veces por las lágrimas del Occidente. Por primera vez el genio poético de Europa abandona la cuenca del Mediterráneo y entra en los océanos de la antigua Asia. Verdad es que los recuerdos de la Grecia y del mundo cristiano acompañan al poeta aventurero en medio de las olas aun no desfloradas por nave alguna; verdad es que bajo aquellos cielos abrasadores encuentra una angustia que recuerda los males de su país; verdad es que del fondo de aquellas aguas ve surgir las imágenes, los temores, las esperanzas, los fantasmas divinizados y las sirenas del Occidente que se balancean alrededor de la nave; pero por esto mismo es por lo que el poema de Camoens representa con verdad el poema de la alianza del Occidente y del Oriente. En aquel genio que significa la armonía del renacimiento griego y del renacimiento oriental, encontramos, en efecto, juntos los recuerdos de la Europa y los lánguidos perfumes del Asia, de modo

que á la vez que parecen oírse el murmullo de las riberas europeas y el eco del mundo griego, romano y cristiano, créese escuchar también la resonancia en la extremidad opuesta de este inmenso grito: «¡Tierra!», que hace estremecerse al siglo XV en la hora suprema de los descubrimientos de las Indias y la América. Sentimos en cada verso cómo la nave de la humanidad arriba á ignoradas costas, pero por mucho tiempo esperadas, respiramos las nuevas brisas que hinchán las velas del pensamiento humano, y los cielos de los trópicos se miran en las ondas del Tajo, donde si los dioses de la antigua civilización, bajo un cielo distinto transportados, parecen reanimarse y rejuvenecerse, engéndranse por otra parte miles formas y creaciones súbitamente inspiradas por esta naturaleza renovada en la soledad. El río Ganges, por tanto tiempo perdido, es personificado como en la epopeya india del Ramayana, y el Titán griego que pretende cerrar el camino á la nave de Gama, que lleva el porvenir en sus entrañas, surge destilando agua por todas partes de los mares equinocciales, tanto más grande cuanto es la diferencia entre el mar de las Indias y el mar de las Cicladas. Hasta aquella lengua portuguesa, tan guerrera y suave á la vez, tan sonora é ingenua, tan rica en clarísimas vocales, parece el intérprete y más natural medio de expresión entre el genio del Occidente y el del Asia oriental. Pero preciso es decirlo: el lazo esencial que todos estos extremos funde, es el co-

razón del poeta, aquel corazón magnánimo que abraza los dos mundos y los une en una misma poesía, en una misma humanidad y en un mismo cristianismo, como si él fuera un alma tan profunda é inmensa como el Océano, y como el Océano enlazase las dos opuestas riberas.

Es difícil decidirse tan pronto á abandonar á Camoens. ¿Ni por qué razón hemos de ocultar nuestra piedad y devoción por tan grande hombre? Todo en él es simpático y grande: su vida de navegante, su poesía, su carácter, su gran corazón, y si algo aquí causa asombrosa pena, es que su nombre no haya sido en nuestros días con más frecuencia pronunciado y más altamente estimado, pues no hay poeta alguno que mejor responda y se asocie á las ideas y sentimientos en aquel siglo dominantes. Hasta su epopeya sin batallas, sin asedios y completamente pacífica (cosa enojosa casi) circunscribe á ofrecer sólo el eterno combate entre el hombre y la Naturaleza, esto es, la lucha en que se han más frecuentemente inspirado los escritores de nuestros tiempos. Hay en ella diálogos formidables entre el piloto y el Océano: por una parte, la humanidad triunfante sobre su nave empavesada; por otra, los cabos, los promontorios, las tempestades, los elementos vencidos por la industria: todo el espíritu, en fin, de nuestra época. No es, pues, la epopeya del Tasso, demasiado romanesca, la que mejor la simboliza, ni menos la de Ariosto, cuya gracia, seriedad y humorismo, representados

en el último de sus trovadores, son del todo incomprensibles para nosotros; ni tampoco, en fin, la del Dante, pues que está ya la Edad Media harto lejos de nosotros. El poema que abre con el siglo XVI la era de los tiempos modernos, es el que, sellando la alianza del Oriente y el Occidente, celebra la edad heroica de la industria; poema no ya del peregrino, sino del viajero y el comerciante sobre todo, verdadera odisea en medio de las factorías nacientes de las grandes Indias y de la cuna del comercio moderno, así como la *Odisea* de Homero es un viaje á través de las cunas de las pequeñas sociedades militares y artistas (1) de la Grecia.

Si de Portugal pasamos á Francia, advertimos desde luego que la corrección del siglo de Luis XIV difícilmente podía acomodarse á las inspiraciones del Asia; siglo en el que hasta la poesía bíblica no tuvo sobre las imaginaciones sino una influencia limitada, viéndose en él á David frecuentemente contrabalanceado por Sófocles. Sólo hacia el fin de su vida fué cuando Racine intentó en su *Atalia* realizar el acuerdo entre las formas griegas y hebraicas, al mismo tiempo que Richard Simón fundaba la ciencia de la interpretación del Antiguo Testamento. Fuera de este paréntesis, nada en rigor podía haber de común entre el genio burlón y

(1) Los del reino de Méjico eran más civilizados y artistas que los de las demás naciones vecinas.—(Montaigne.)

escéptico del siglo XVIII y el genio solemne del Oriente. Si, pues, los escritores de esta época se cubrieron alguna vez con el manto del Asia, hicieronlo únicamente con la segunda intención de encubrir y disimular sus más atrevidas opiniones. Pero sin embargo, el nombre ha sido pronunciado y los espíritus vuélvense hacia aquel lado del horizonte. Pronto arribarán á aquella tierra, y el genio satírico y escéptico irá, como precursor, á lanzar delante de él otra generación que tomará verdaderamente posesión de aquel suelo por la ciencia y por el pensamiento.

Algunos años después de Anquetil Duperron, y como para servir de comentario á esta ciencia naciente, un segundo viajero, que debía producir en las letras análoga revolución, Bernardino de Saint-Pierre, vagaba casi por las mismas costas que aquél, disponiéndose con él la imaginación y la poesía francesa á recibir por vez primera el nuevo bautismo de las olas del grande Océano, al propio tiempo que un alma, nueva también, se insinúa en el siglo XVIII. Dos nuevos personajes, nacidos bajo aquel extraño cielo, Pablo y Virginia, importa de su viaje á los mares de Camoens, y todo en ellos nos dice que desde el primer momento han respirado otro aire y visto otros horizontes que nosotros. Sus dulces pensamientos, más sabrosos que el fruto de la palmera, no han sido inspirados en el centro de nuestras ciudades; su educación ha sido aprendida lejos de las pasiones y recuerdos de

nuestro continente; su misma lengua, de una suavidad desconocida, es semejante á la lengua de las flores en una isla recién salida del fondo de los mares no surcados. Recuérdese aquella moral de sus diálogos que parece engendrada en el espectáculo de los objetos que ante sus ojos constantemente se ofrecen, semejante á las flores que ellos mismos han sembrado, y se comprenderá desde luego que aprendieron á deletrear, no en los libros de nuestro Occidente, sino en aquellos que tienen por páginas montañas aun no holladas, cielos aun inexplorados, estrellas todavía ignoradas, selvas vírgenes, en fin, que se miran en un mar no menos virgen. Es comparable Virginia á algunas figuras de la poesía sagrada de los indios, tales como Sacotala y Damajanti, y no deja de ser curioso, en verdad, observar cómo el mismo suelo é idénticas armonías han producido seres poéticos semejantes en el espíritu de los orientales y en el de un hombre del Occidente. Así es que Virginia pertenece sin duda á la misma familia que las vírgenes y las apsadas de los poemas indios, con su misma dulzura, sus propios instintos, idéntico amor á las plantas é igual ternura hacia toda la Naturaleza viviente, aun cuando todas estas cualidades hechas más delicadas y simpáticas por el cristianismo. Y si nos referimos á sus *Estudios de la Naturaleza*, adviértese mejor aún que han sido pensados en el país mismo de las grandes Indias. Por eso en aquel amor hacia las flores y las aguas y los pequeños

insectos, revélase como la dulzura de una criolla, y cuando describe la manera con que el indio respeta, en su mansedumbre universal, las ramas de los bosques y hasta el rocío de las noches, no parece sino que sentimos las mismas impresiones recogidas é inspiradas en la propia realidad. De la impresión total resulta un bracamán cristiano.

Pero ya ha llegado la hora de pronunciar el nombre del poeta soberano que, más que ningún otro, cimentó la unión de la Europa y el Asia. Fué éste uno de los más ingenuos admiradores de Bernardino de Saint-Pierre, que iba á complementar su *Pablo y Virginia* en medio de las batallas y que selló la alianza del Occidente con el Oriente, no ya por la palabra, sino por sus hechos, por la grandeza de sus empresas, por su vida política y militar. En su espíritu había trazado el camino de Francia desde el Nilo hasta el Ganges, á través de la Persia, y nuevo Alejandro, pretendía rehacer el trabajo del antiguo, escribiendo el poema de aquella alianza con trazos de sangre desde las Pirámides hasta las fronteras de ese otro Oriente que comienza en Kremlin. ¿Conocéis ya á este poeta que se ahogaba en Europa? Su nombre es Napoleón. Él, más que nadie, imbuía en el corazón de la Francia el espíritu y el alma del Asia, escribiendo en sus proclamas sus poemas; él cambió, no sólo el espíritu y las instituciones, sino hasta la lengua de su país, de modo que cuando exclamaba: «Habéis descendido desde los Alpes como un torrente», ó también:

«Yo soy el dios de los ejércitos», rompía y trastornaba el molde de la lengua diplomática del siglo de Luis XIV, y esgrimia más bien la palabra de un Mahoma occidental, cosa que no debe maravillarnos, siendo así que su educación había sido formada en Aboukir, en el Cairo y en el monte Tabor.

Inglaterra, por otra parte, concurría á este mismo renacimiento oriental. Á los trabajos puramente científicos de los William Jonnes, los Wilson y los Colebrooke, respondían con igual espíritu las obras de arte y de imaginación, hasta el extremo de que todo escritor se creía obligado á debutar por un poema asiático. Fácil sería desde luego encontrar en los poetas de la escuela de los lagos y en el panteísta Schelley, cuyos dramas parecen calcados en los dramas indios, la influencia oriental, bastando para mostrarla recordar el título y el asunto de la mayor parte de sus obras; pero con objeto de no hacernos demasiado superfluos, nos ceñiremos al poeta que á todos los resume. Desde 1809 tenía ya proyectada lord Byron su excursión á la Persia, que luego se trocó en una mansión de cerca de dos años en la Morea y en Constantinopla: he aquí un nuevo lazo de oro y de diamante que unirá la Europa y el Asia. ¡Cuántas veces el poeta ha de recordarnos que sus manos han tocado y sus pies hollado aquella tierra en que crecen el olivo y el ciprés, en que las mujeres son más suaves que las rosas, en que las rosas son sultanas del ruiseñor, en que todo, en fin, es divino, excepto el pensa-

miento del hombre! El viaje de Childe Harold, esa peregrinación de la desesperación, que comienza y acaba en los mares y costas de Levante, muestra suficientemente dónde se halla la patria adoptiva de su imaginación, y al visitar su inmóvil Naturaleza y sus horizontes armoniosos, nobles sepulcros del pasado en que todo se ha convertido en silencio, reposo, dulzura y encanto, descubre desde luego y adivina la misteriosa belleza que en su poema desde las primeras palabras ha de maravillar al mundo, y que no procede sino del contrato de esa paz y reposo de la naturaleza oriental con los pensamientos turbados y las torturas morales que un hombre del Occidente, salido de entre nosotros, lleva á aquellos lugares. Atenas, Troya, Corinto, dormían bajo las rosas y los olivos, pero de repente estremécense con un grito agudo y lamentable queja; á lo lejos, el mar estaba en calma, el sol se adormecía en los flancos perfumados de las montañas, y muelle languidez extendiase por todo el horizonte, pero de súbito aquel cristal azul de los mares de Levante refleja la imagen de la tormenta espiritual de los pueblos de Europa. Y es que la voz del Occidente, el grito discordante de nuestras sociedades, se ha escapado de un corazón transido en el centro mismo de las armonías del clima del Asia. Tal es el viaje de Childe Harold, que llenó con los gritos de tristeza de nuestras sociedades desfallecidas los paisajes tan apacibles, tan eternamente serenos de Ática, las Cicladas y

el Asia Menor, gritos que, resonando hasta nosotros, han hecho reconocer á más de un hombre del Occidente el eco de su propio corazón en aquel eco salido del Bósforo.

Pero Byron no se contentó con expresar esta fusión y como nupcias espirituales entre el Asia y la Europa sólo por medio del pensamiento, sino que enlazó su isla de Albión al continente asiático con vivientes cadenas, esto es, con personajes y seres que él mismo animó con su soplo, tales como el Corsario, Lara, Giaour, Mazeppa y la Prometida de Abydos, criaturas semiinglesas y semiasiáticas, que se elevan como un gran coro de voces y se llaman y se responden en torno de la cuenca del Mediterráneo: que es el genio inglés demasiado insular para despojarse y olvidarse de sí mismo en el seno de otro clima, siendo esta misma permanencia del tipo nacional la que da á las composiciones orientales de Byron sentido tan profundo.

Lara, aquel gran señor feudal que personifica toda su poesía, ha vagado largo tiempo lejos del Occidente, ha tostado su tez bajo un cielo abrasador, ha aprendido las lenguas del desierto, y bajo el aspecto glacial de los hombres de su país, oculta en su corazón el fuego de la Arabia. Todas sus costumbres son asiáticas. En una isla africana ha sido pirata; en Corón ha habitado el palacio de un pachá; ha sido redimido por Gulnara, que ahora, bajo la figura del joven paje Kaled, vela por él á su vuelta en su mansión feudal de Inglaterra. Y si

necesitamos otro ejemplo de esa mezcla del Asia y de la Europa, ahí tenemos á Manfred, ese orgulloso castellano, que en medio de los ventisqueros de la Suiza, conversa con los espíritus de las montañas, invocando á los genios de Oriente y del culto persa, Ahrimán y Ormuzd, que, obedientes á su voz, vienen á desflorar con sus pies de fuego las nieves de los Alpes y á introducir la extraña preocupación del Asia hasta en las brumas invernales de la Suiza alemana. Tales son en esta poesía las figuras del Occidente, una mezcla del caballero y del pachá, la feudalidad anglonormanda unida al fanatismo musulmán, la Escocia de Ossian desposada con el Asia de Mahoma. Por lo que hace á los tipos orientales, sólo á Giaour recordaremos, semicristiano y semimahometano, ó más bien, un renegado del cristianismo y del islamismo, escéptico á la vez de las dos religiones y de los dos mundos, doble blasfemia de la Europa y del Asia, que moribundo en el monasterio del monte Athos, exclama: «Ni el paraíso ni el reposo me hacen falta.» En él sólo existe la apariencia de la flemma oriental, y si la calma aparece en su frente, la tempestad se anida en su corazón. No vive tendido y medio embriagado por el opio sobre una ribera embalsamada, como sus hermanos, sino que monta fogoso caballo, y vuela agujoneado y flagelado por todas las pasiones de nuestra civilización anhelante, y así como los metales enrojecidos y de naturaleza distinta se funden y retuercen en el horno, únense

en aquella alma, á la vez de oro y bronce, todos los dolores, pasiones, recuerdos, angustias y prejuicios de nuestra sociedad cristiana y de la sociedad musulmana. En fin, si es preciso que hablemos de las mujeres que dan vida á estas composiciones, Gulnara, Medora, Kaled, Zuleika y Leila, observaremos asimismo que todas ellas son hijas legítimas del Asia, pero nos guardaremos al propio tiempo de ir á buscarlas al Oriente, si es que no queremos perseguir sombras, pues si llevan en sus tipos el sello de esta comarca, también fueron marcadas con el de Europa. Así es que bajo sus frentes impassibles y la calma de aquellas criaturas de mármol, palpitan las cóleras, las ansias y las tempestades morales de nuestra sociedad de Occidente, siendo vano buscar la resignación ó la apatía en aquellos corazones atormentados. En su alma, pues, son hermanas nuestras, y la más apacible de todas, la más oriental en apariencia, Medora, aparece sobre la cima de su roca demasiado soñadora, demasiado reflexiva y fácilmente atormentada para ser una verdadera Argeliana. Y es que la melancolía de los lagos de Escocia asoma velada á través de sus pupilas, que reflejan el azul del mar del Atlas y el cristianismo palpita en aquellos corazones musulmanes.

III

El renacimiento oriental

(Conclusión)

La influencia del genio oriental sobre el genio alemán no data de ayer, y sería imposible asignar la época precisa en que pudo haber comenzado, pues se halla embebida en la constitución misma de la lengua, que parece adquirida inmediatamente en las propias fuentes de la palabra oriental, en el antiguo idioma de los medos, cuyo sello y aspiraciones más que ninguna otra ha conservado (1). Seguir paso á paso desde la Persia hasta la Escandinavia el rastro de esta lengua, que de oriental se cambia poco á poco en occidental, mudando de color á la vez que de cielo, sería seguir paso tras paso también la emigración de los pueblos germánicos. En este cambio sucesivo de morada, si las formas antiguas han desaparecido, el fondo de los instintos y el genio mismo de la raza han perma-

(1) Grimm, *Deutsch Gramm*, I, pág. 177.—E. Bornout, *Yaçna*.

en aquella alma, á la vez de oro y bronce, todos los dolores, pasiones, recuerdos, angustias y prejuicios de nuestra sociedad cristiana y de la sociedad musulmana. En fin, si es preciso que hablemos de las mujeres que dan vida á estas composiciones, Gulnara, Medora, Kaled, Zuleika y Leila, observaremos asimismo que todas ellas son hijas legítimas del Asia, pero nos guardaremos al propio tiempo de ir á buscarlas al Oriente, si es que no queremos perseguir sombras, pues si llevan en sus tipos el sello de esta comarca, también fueron marcadas con el de Europa. Así es que bajo sus frentes impassibles y la calma de aquellas criaturas de mármol, palpitan las cóleras, las ansias y las tempestades morales de nuestra sociedad de Occidente, siendo vano buscar la resignación ó la apatía en aquellos corazones atormentados. En su alma, pues, son hermanas nuestras, y la más apacible de todas, la más oriental en apariencia, Medora, aparece sobre la cima de su roca demasiado soñadora, demasiado reflexiva y fácilmente atormentada para ser una verdadera Argeliana. Y es que la melancolía de los lagos de Escocia asoma velada á través de sus pupilas, que reflejan el azul del mar del Atlas y el cristianismo palpita en aquellos corazones musulmanes.

III

El renacimiento oriental

(Conclusión)

La influencia del genio oriental sobre el genio alemán no data de ayer, y sería imposible asignar la época precisa en que pudo haber comenzado, pues se halla embebida en la constitución misma de la lengua, que parece adquirida inmediatamente en las propias fuentes de la palabra oriental, en el antiguo idioma de los medos, cuyo sello y aspiraciones más que ninguna otra ha conservado (1). Seguir paso á paso desde la Persia hasta la Escandinavia el rastro de esta lengua, que de oriental se cambia poco á poco en occidental, mudando de color á la vez que de cielo, sería seguir paso tras paso también la emigración de los pueblos germánicos. En este cambio sucesivo de morada, si las formas antiguas han desaparecido, el fondo de los instintos y el genio mismo de la raza han perma-

(1) Grimm, *Deutsch Gramm*, I, pág. 177.—E. Bornout, *Yaçna*.

necido á orillas del Rhin tales como eran en las del mar Negro, y aun en nuestros mismos días, en medio del tumulto del mundo, la Alemania mismo ha asombrado al Occidente por su genio contemplativo, que la hace aparecer á nuestros ojos como una especie de Oriente cristiano, como un Asia en la Europa.

En sus antiguos poemas, cuando la raza germánica es aún pagana, aparece desde luego casi completamente oriental en su pensamiento, y sus dioses nebulosos, cobijados bajo los fresnos del Norte, pertenecen sin duda á la misma familia que aquellos que nacieron de la primer mirada de la aurora á las montañas sagradas de la Bactriana. Y ¿no aparece en efecto como pariente cercano de las divinidades indias aquel Odino, cuyo cráneo es la bóveda de los cielos, cuyo ojo es el sol, cuyos cabellos esparcidos (1) son las frondas cabelludas de las selvas y cuya osamenta son las rocas del globo? Es más: el panteísmo, que no ha vencido el cristianismo sino á medias, despiértase frecuentemente con el genio germánico, y después de haber reaparecido tímidamente en la Edad Media bajo la cándida ingenuidad de los poetas de la caballería, ha constituido principalmente en nuestros tiempos el principio vital del espíritu alemán, así en la poesía como en la filosofía (2).

(1) *Rig-Veda, comam terrae*, pág. 134.

(2) Véase el *Tristán* de Gotfried de Strasburgo.

Bastan estas observaciones para explicar el carácter particular que el renacimiento oriental ha recibido en Alemania. No ha tenido ella un Camoens en el golfo de Malabar; sus naves no la han llevado á lejanos climas; la mayor parte de sus poetas y escritores nunca han salido de sus hogares, y con todo esto y á pesar de esta inerte apariencia, no hay pueblo que con tanta verdad é intimidad haya reproducido la impresión de Levante. Singular fenómeno, cuya causa principal hállase en lo que antes hemos dicho, es á saber: en que Alemania, por un lado, sin salir de sus fronteras, encuentra en su propio pasado el eco del genio asiático, y siente y piensa é imagina naturalmente á la manera de los orientales, y por otro lado, carece de carácter nacional suficientemente determinado para imprimir su forma en los objetos extraños. Genio nómada que transporta fácilmente su tipo de siglo en siglo y de región en región, parece despojarse de sí propio para adaptarse mejor á otros tiempos y climas, y su mayor originalidad consiste en desaparecer cuando le place ante el objeto que imita.

Debe añadirse á esto que, habiéndose formado en parte sobre la traducción de las Escrituras la lengua de la Alemania moderna, ha podido por esto mismo ejercer sobre su espíritu el Oriente bíblico una acción constante. El Nuevo Testamento, durante la Edad Media, hizo olvidar en cierto modo el Antiguo, de modo que los profetas fueron eclipsados.

sados por los Padres de la Iglesia, y Cristo, Dios del Occidente, se iba insensiblemente separando de Jehová, Dios del Oriente. Uno de los resultados de la Reforma consistió en restablecer el lazo entre ambos, reuniendo en la misma lengua vulgar el Antiguo y Nuevo Testamento, la letra de Moisés y la de San Pablo, y mostrando así á todos que el Asia y la Europa no tienen sino una sola palabra y una sola vida, encerrada en un mismo libro. La alianza renovada entre Jehová y Cristo trajo consigo de este modo la del Oriente y Occidente.

Pero el fundamento de la Reforma apoyábase, además, en parte sobre el examen de las Escrituras, y en este concepto solicitando los textos del Antiguo Testamento todas las miradas, iba á seguirse como consecuencia natural el que la Alemania abordase al Asia por la Judea, del mismo modo que Portugal habíala abordado por la península de las Indias, pues que después de haber interpretado á Moisés y David con la misma libertad que á Homero y Sófocles, parecía llegado el momento de aprovechar también los monumentos y libros sagrados de Benarés y Persépolis para comentar los de Jerusalén, concentrando así poco á poco todos los rayos del sol del Asia para iluminar los misterios de la Biblia. Este nuevo espíritu en la crítica de las Escrituras se mostró principalmente en el libro de Herder sobre el *Genio de la poesía hebraica*, libro en el que aparece, como jamás pudo hacerlo ningún teólogo, maravillosa-

mente revelado el espíritu y la religión del Oriente, hasta el extremo de que su autor parece nacido en aquella tierra luminosa y su inteligencia bañada en los rayos del Sinaí. Como José en la corte de Faraón, explica al Occidente con la sabiduría patriarcal los sueños del viejo Oriente por tan maravillosa manera, que si la ciencia y la filosofía pueden haber revelado algunos errores de detalle, nadie por otra parte negaría que la poesía hebraica está en aquel libro interpretada, expresada y exaltada con un espíritu verdaderamente oriental. Herder se convierte en el compañero de Job, de Isaías y de Moisés, y nadie como él merece el nombre de profeta del pasado. No comenta la Biblia desde el fondo de una biblioteca, sino con esa imaginación que los Gesenio y los Ewald, maestros de la ciencia, han mostrado casi siempre, y transportándose sobre el Oreb al desierto ó bajo las palmeras de Jerusalén, abre allí su Biblia, evoca todos los objetos que le rodean, los olivos, los leones, los vientos arrastrados por las nubes, testigos de la poesía de los profetas; hojea por decirlo así y al mismo tiempo la Naturaleza y la Biblia, como un erudito que compara dos copias de un mismo original, y de este modo, en fin, hace que el universo entero venga á ser el comentario de las Escrituras. Todo cambió desde la aparición de esta obra excepcional, así la ciencia de las lenguas como la de la historia, todo menos esa primera mirada profética, que cada vez más confirmada, se ha extendido

también á los demás libros sagrados del Oriente, y en cuya especie de adivinación científica es Herder al genio asiático lo que el autor del *Telémaco* fué en el siglo XVII á la crítica y al sentimiento de la antigüedad griega.

Esto mismo que Herder intentaba en la crítica, realizábalo Goethe en poemas cuyo asunto era arrancado al fondo del Asia. Tomaba por tema unas veces alguna leyenda india, oda del Dios y de la bayadera, perla del golfo de Golconda cincelada por un lapidario de Weimar, é inspirándose otras en el islamismo, componía, bajo el título de *Diván*, una colección de poesías asiáticas que parecían arrancadas á las propias bóvedas de la mezquita de la Meca, siendo hasta tal punto asiáticos el pensamiento, el alma ó el color mismo de sus palabras, que el cristianismo casi ninguna parte allí tenía, y el poeta sólo aparece occidental en los detalles de la forma y el ritmo, pero nunca en el sentimiento ni en las creencias. Aquel contraste tan patético de los escritores ingleses entre el reposo de las formas orientales y el tumulto de los pensamientos del Occidente, ha desaparecido, sin que se encuentre de ello el menor rastro en el espíritu alemán, y no parece sino que la sociedad á que el poeta pertenece tiene la misma tranquilidad é inmovilidad que la sociedad asiática. Hasta llega á cansarnos y disgustarnos tan monótono equilibrio, y desearíamos descubrir, siquiera en un movimiento, una queja ó una sonrisa, á uno de nuestros hermanos

bajo el turbante musulmán. En fin, estas poesías son completamente líricas, ninguna de ellas nos muestra personaje alguno vivo á la manera de Lara ó de Giaour: voz embalsamada, privada de cuerpo y de figura, sin mostrar la invisible mano que tañe tal arpa eolia en el jardín del Asia.

Sólo un tipo encontramos en la literatura alemana que ofrezca una muestra de aquellas admirables personificaciones en que se respira bajo la lengua del Norte el genio del Mediodía, y ese tipo, resumen de todos los otros, pertenece también á Goethe. Nos referimos á aquella joven bohemia que, robada en un país desconocido, es llevada á Alemania por una banda de bateleros, y cuyo idioma, mezcla de italiano é ilirio (que es precisamente la lengua franca, hablada en todo el litoral del Mediterráneo), y cuyos cabellos y ojos negros, saludo oriental, brazos cruzados sobre el pecho y costumbre de dormir sobre la tierra desnuda, anuncian bien que su país es la tierra de Levante, acabándose esto de mostrar en la nostalgia por su perdida patria, que apenas recuerda: vaga melancólica y sentimiento indefinido, pero punzante, del país de los limoneros y de las áureas naranjas. Todavía llega un día en que bajo el cielo alemán exclama: «Tengo aquí frío», y sus lágrimas corren á torrentes, y muere sin despegar los labios, y entonces es cuando muestra elocuentemente que ella es un alma de Levante transportada y perdida en extraños países, ó más bien, la poesía del Asia

misma, que en el momento de florecer desarraigada de su suelo y á su sol sustraída, viene á morir sobre el corazón del poeta.

Pero si el influjo asiático es visible en las obras de Goethe, se convierte hasta en una especie de servil imitación en algunos otros. Así, Goerres formó evidentemente su *Cuadro de las religiones* (1) sobre el modelo de los filósofos del Ganges, más aún que conforme á las escuelas griegas y romanas, hasta el punto de ser su obra una especie de *Purana* occidental, y tal otro escritor, como Ruckert, no se contenta ya con imitar el pensamiento del Oriente, sino que trata de resucitar hasta el ritmo asiático, del mismo modo que en el siglo XVI se imitaban en nuestra lengua los metros de Horacio y de Píndaro. Imposible nos sería á nosotros reproducir y comprender la impresión de aquellos diálogos entre las perlas y las piedras preciosas en las orillas del Océano, ó entre el Sol y la rosa, ó entre los murmullos de las flores cortadas en Ispahan, y sin embargo, esta poesía persa se hizo popular en las riberas del Rhin y conmovió el corazón de la Alemania toda como el recuerdo de una segunda madre.

Nacido así espontáneamente el arte entre el Oriente y la Alemania, sólo necesitaba unirlos para asociarlos. Aquellos dos genios se llamaban desde las dos extremidades del tiempo; el Himalaya en-

(1) *Mythengeschichte der asiatischen Welt*, 1810.

contraba su eco en los Alpes, y si la civilización galorromana parecía encontrarse á sí misma en los monumentos de la antigüedad clásica durante el siglo XVI, del propio modo el genio germánico se completaba entonces y confirmaba en el genio de la Persia y de las Indias. Esta natural alianza presenta por otra parte uno de los más grandes enigmas de nuestro tiempo, pues que pudiera preguntarse por qué la Alemania de nuestros días ha sido la única en que no ha arraigado lo que se llama la poesía de la desesperación; por qué no ha repetido la queja que el Occidente entero ha expresado por boca de Byron; por qué, en fin, han aparecido en ella figuras tan serenas como las de Herder y Goethe en medio de la tormenta del siglo, como si sólo ella reposase sobre un lecho de rosas y el resto de Europa sobre carbones encendidos, haciendo de este modo creer que ninguna queja tenían que exhalar sus labios, y que por ningún estilo se veía, como los otros pueblos, disgustada, amenazada ó dolorida. No es esto así, sin embargo, sino que la verdadera diferencia en este concepto consiste en que el escepticismo alemán reviste un carácter enteramente distinto que en el resto del Occidente. La Alemania, en efecto, no se halla estancada en el pirronismo de la sociedad griega y romana tal como fué resumido por Luciano, Lucrecio y Voltaire; mas antes bien, ella ha dudado de todo, excepto del pensamiento; pero su duda, menos punzante, no llegó hasta negar la vida en sí

y el ser mismo. El panteísmo en este punto la ha preservado del ateísmo, de modo que cuando rompió con la tradición, más bien que destruirla, la transformó, pues que haciendo entrar en sus teorías metafísicas el cristianismo casi entero, ni un sólo día quedó éste abolido en los espíritus, pasando de este modo de la religión á la filosofía sin sacudimiento ni violencia, sin traspasar los límites de la ciencia y de la fe hasta esas regiones del vacío absoluto, habitáculo de los muertos, que quema las plantas de los pies y seca hasta el corazón de los vivos. Ni un sólo momento se encontró en presencia de la nada, y por eso este recuerdo no puede emponzoñar su presente. Así es que cuando ella ha caído, es sólo porque quiso tocar lo inconmensurable y aspirar á lo inaccesible; pero este dolor del orgullo vencido en la lucha con lo infinito, es como el de Jacob rendido á los pies del arcángel, más bien que el del alma que se abate ante el gusano de la tierra ó el átomo de los epicúreos. No hay, pues, que maravillarse de que la Alemania, que ha permanecido oriental en su escepticismo, no haya sentido tanto como los otros pueblos el dolor propio del Occidente. Y además, si ella no había conocido la sonrisa del espíritu de la ruina, tampoco debía conocer la desesperación que acompaña á esta alegría, pues asida siempre al dios de los brahmanes, de los alejandrinos y de Spinoza, no es maravilla que no haya lanzado aquel grito de un pueblo entero, que expulsado al desierto,

fuera del recinto de todas las tradiciones, ha perdido en la arena la huella y el rastro del género humano.

El escepticismo alemán se halla personificado en Fausto, que nada común tiene con la filosofía de Luciano, de Montaigne ó de Voltaire. ¡Extraño escéptico en verdad, devorado por la sed de una infinita sabiduría! El brebaje del espiritualismo hale embriagado, y aspira con ardor desesperado al principio de la vida y la verdad, ansiale y le persigue y cree poseerlo en cada objeto y le demanda á la Naturaleza, á la ciencia, á las pasiones humanas, al mundo, á la soledad, y así, de cielo en cielo, su espíritu desenfrenado persigue la luz de las luces, hasta que desde esta cumbre soberana cae precipitado y sueumbe bajo una doctrina que más se parece á las de la antigüedad oriental que á las del siglo XVIII. Fausto no se encuentra destronado por sus propias manos en una obscura rivalidad con el grano de arena, sino que, por el contrario, ha luchado contra el Eterno, pretendiendo arrancarle su aureola y hacerse semejante á él. ¿Es esta la enfermedad de los enciclopedistas? No, ciertamente; mas antes bien, recuerda el orgullo del primer hombre en presencia del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Pero si pretendemos medir los diversos grados de esta escala de la vida, podemos avanzar un paso más hasta descender de círculo en círculo en la tormentosa noche de Fausto. ¿Creéis por ventura

que más allá de este abismo no puede existir otro abismo más profundo? Descendamos aún. Bajo aquel infierno está el infierno de Mefistófeles: allí verdaderamente se hallan los límites de la nada. A nadie es posible ahondar más en la morada del vacío, porque no hay más allá, cuando la lógica y la dialéctica occidental lo han destruido todo, hasta el lugar de la esperanza. Detengámonos, pues, y saludemos al Dios de los eternas tinieblas. El escepticismo del Oriente y el del Occidente se han compendiado en la doble blasfemia de Fausto y de Mefistófeles, pero en el uno se hallan aún mezclados con la impiedad el entusiasmo, el ardor del alma, el himno nacido de la aurora y no sé qué extraña claridad del deseo que por intervalos resplandece en el caos, al paso que en el otro todo es sutileza bizantina, ironía, noche sin calor y sin tormenta, tedio incurable, emponzoñamiento, sofisma y enojo de una sociedad vieja. Dos genios, dos filosofías, dos mundos entrechocan en este diálogo maldito. La Europa ha hecho temblar al Asia. El aire se ha estremecido una vez más gimiendo y resonando con el choque de Ormuzd y de Ahrimanes.

Y en efecto, en el principio mismo de la filosofía, en el acto general del pensamiento, es sobre todo donde parece revivir hoy el espíritu y la tradición del Oriente. Compárense bajo este punto de vista los sistemas actuales de la metafísica alemana con los de la India, y se encontrarán entre ellos

tales semejanzas, que sólo por un esfuerzo notable pudieran descubrirse sus diferencias, parecidos y analogías que pueden todos resumirse en la idea del panteísmo, resumen ella propia de todo el genio del Asia. Sería locura pretender explicar la renovación de aquel sistema sólo por un concurso fortuito de circunstancias ó por el genio particular de tal ó cual institución civil. Lo que sucede es que á la vez que el Asia penetra en la poesía y en la política del Occidente, insinúase también en sus doctrinas y la metafísica sella por su parte la alianza de dos mundos. He aquí la grande empresa que cumple hoy la filosofía. El panteísmo de Oriente, transformado por la Alemania, corresponde de este modo al renacimiento oriental, así como el idealismo de Platón, corregido por Descartes, coronó en el siglo XVII el renacimiento greco latino.

IV

Cómo han sido consideradas las religiones de la antigüedad

El progreso, vida de la historia, parece del todo ajeno á la de las religiones, pues la mayor parte de los cultos, en vez de confirmarse y continuarse mutuamente, diríase que fueron hechos para destruirse. Ocurre de este modo frecuentemente que los dioses de una época vienen á ser los demonios de la siguiente. Las divindades supremas de la India se convierten en los genios impuros de la Persia (1); al Astarté de la Fenicia sucede sin cambiar de nombre el Astaroth de los hebreos; los dioses olímpicos de Homero atormentan la imaginación de la Grecia arrepentida bajo mil horribles formas; todo el Egipto aulla en la voz de sus Anubis en torno de San Pablo en el desierto; el Occidente, en fin, puebla su infierno con los dioses del Oriente.

Cierto que la impiedad, como la incredulidad,

(1) E. Bornouf, *Comentaire sur le Yaçna*, págs. 8, 42, 79 y 80.

han desconocido por igual la tradición profana. Los primeros cristianos, por ejemplo, encontrándose con un paganismo envejecido y degradado, juzgaron por esta ruina de todo su pasado, hasta el punto de que si una idea ó un dogma se les ofrecía aún en medio de tantos emblemas contradictorios, no era esto para ellos otra cosa que una invención tardía para colorar con una sombra de filosofía una sombra vacía é infernal (1). No puede negarse, sin embargo, que el cristianismo lanzó con razón su anatema contra aquellos falsos despojos, verdaderos espectros de la antigüedad. Quería aquel fantasma contradecir la vida, y al efecto animaba el cadáver del paganismo con la juventud ya pasada y las creencias de Orfeo, restaurando y baluceando los himnos del mundo naciente en medio de una sociedad muerta: sepulcro blanqueado que llenaba de horror á los hombres que traían al mundo la ardiente fe bebida en las fuentes del Gólgota.

Aunque por razones opuestas los enciclopedistas del siglo XVIII confirmaron esta condenación, persiguiendo los unos, para hacer más fácil el triunfo de la filosofía, un fantasma de cristianismo hasta en el corazón mismo del mundo pagano, como la escuela de Voltaire, y corriendo otros, sacerdotes de un culto abstracto, tras la eterna quimera de la religión natural, sin apercibirse de que su ideal

(1) Eusebio, *Præp. evang.*, lib., II, pág. 3; III, 124.—San Clemente de Alejandria, *Strom*, lib. I. pág. 278.

no era otra cosa que el mismo espíritu del Evangelio, y viniendo así á parar, aunque conducidos por distinto principio, á igual menosprecio de todas las religiones positivas, como la escuela de Rousseau. Ni son por ventura cosa distinta de los dogmas cristianos, aunque bajo una forma metafísica, la unidad, espiritualidad y personalidad del Dios del vicario saboyano, así como la libertad moral, tantas veces por él invocada, no es en realidad sino el principio mismo del Evangelio reemplazando á la fatalidad pagana?

De todos es conocido el libro que en los últimos instantes del siglo XVIII resumió más exactamente aquel doble escepticismo: las *Ruinas*, de Volney. Hasta para aumentar la desnudez de sus doctrinas, parece haber dado el autor por todo horizonte á su pensamiento el desierto de Siria, mar de arenas donde el espíritu busca en vano un oasis, y sin que su tono, frecuentemente exagerado, le libre de hacer sentir el soplo verdadero de la Revolución francesa, que parece arrastrar y volcar todas las tradiciones en medio de los alcázares arruinados de una ciudad de Oriente. Acababa Volney de asistir á la primera reunión de los Estados generales, y esto explica sin duda por qué su libro es el cuadro de una asamblea constituyente del género humano, donde á través de los escombros de los templos de Palmira, agitados por el espíritu nivelador, llegan las naciones todas unas en pos de otras á la gran tribuna, desde la que van á hablar

al mundo presididas por el genio de las ruinas. Todos los cultos están allí presentes. Los legisladores, los profetas, los reyes, el pueblo, la *clase distinguida*, los *hombres sencillos*, los sacerdotes y hasta muchas veces el autor mismo, aparecen sucesivamente en aquella asamblea de diálogos tumultuosos entre todas las clases y naciones acumuladas en aquel Josafat de la filosofía, dando por resultado tan solemne discusión realizada en presencia de las eternas soledades, al pie de las columnas volcadas y á la luz de la luna velada por las nubes, la conclusión de que todos ellos han sido víctimas ó instrumentos de un fraude, que los cultos sólo son mentiras, que los siglos reunidos y los cielos amontonados sólo han engendrado tiranía, embrutecimiento é ignorancia, que la humanidad desde su nacimiento viene siendo el juguete de algunos hombres y que, en fin, en ese inmenso concurso que ha producido sobre la tierra, los pueblos, los imperios y las criaturas inteligentes, todos han sido engañadores ó engañados, excepto dos personajes: el fantasma y el autor. ¿Qué hacer entonces, qué pensar ni qué resolver después de aquella terrible declaración que no dejaba en pie otra cosa que el espíritu de las ruinas? La desesperación hubiera en verdad sobrevenido sin remedio, á no haber tenido tal sentimiento la rectificación del fervor producido por los primeros momentos de la Revolución francesa. Mas de todos modos, aquel fanatismo filosófico, aquella persuasión que

poseían nuestros padres de que sólo ellos conocían la verdadera doctrina, respira por todas partes en cada línea del libro de Volney. Así no hay entusiasmo al que no declare la guerra, cuando él mismo se halla sobre el trípode; arranca la mitra á todos los sacerdotes, mostrándose más intolerante y dogmático que ninguno, y en fin, erigese por su propia autoridad, en aquella asamblea del género humano, en gran sacerdote de la Revolución francesa.

Sucedió á los enciclopedistas franceses la escuela alemana, que revelando y dando á conocer las doctrinas de Alejandria, rehabilitó el paganismo con brillo suficiente para llamar algún tanto la atención, así de los escépticos como de los creyentes en nuestros días. El panteísmo de Schelling inició esta restauración, y la nueva Alejandria tuvo al otro lado del Rhin sus Jámblicos y sus Tulianos. Constituía el carácter de esta nueva escuela, que puso en la tarea de rehacer los dioses todo el genio que las demás en destruirlos, la mezcla indiferente, sin distinción apenas de épocas, de doctrinas separadas realmente por largos intervalos de tiempo en la evolución de los cultos, quedando así la cronología suprimida, los siglos confundidos y nivelados por tan atrevidas síntesis, y el espectáculo de la duración completamente eliminado: historia sin progreso ni decadencia por faltarle la sucesión. Es imposible de este modo ver cómo nacen, se desarrollan y envejecen las creen-

cias; cómo por una transformación continua sale de la religión la poesía, de la poesía la ciencia, de la ciencia la duda, suprimiendo de este modo los cambios, las modificaciones y las revoluciones en el trabajo de ese mundo interior, y quedándonos así con una fe inmóvil bajo un cielo más inmóvil todavía. De este modo la individualidad de los pueblos, como la de los dioses y la figura de los tiempos, se va borrando por grados bajo una impresión de igualdad é identidad absolutas, que confunde insensiblemente todas las diferencias en un mismo culto, un dogma idéntico, un libro igual y un solo Dios. Representa el espíritu de esta escuela la obra de Goerres con el mismo título que la de Volney la escuela de los enciclopedistas, y no parece sino que fué su propósito recoger en un momento abstracto todos los momentos, ó borrar más bien de la historia la noción del tiempo, hasta tal punto que si el hombre pudiese juzgar á la humanidad desde el punto de vista que el Eterno, no es dudoso que sólo éste sería un método adecuado. En esta historia artificial, en que las sociedades nacientes reciben el reflejo de las sociedades caducas, en que todos los momentos de la duración se aproximan hasta confundirse, en que la infancia se explica por la vejez y el Edén por Alejandria, cada época se halla artificiosamente compuesta, mezclada y formada por y con todas las otras, y de ahí aquellos pueblos primitivos á los que Alemania atribuía, apenas surgidos del caos, toda la ciencia

acumulada en las escuelas de filosofía, á la manera de aquellos niños gigantes de Miguel Ángel, que llevan en su frente con la sabiduría de los ancianos el sello de los años eternos, y que nacidos ayer, enseñan ya á los doctores y muestran con el dedo á los patriarcas y á los calvos y encorvados profetas la palabra del porvenir en la margen del libro cuyas páginas vuelven. No son éstas sólo en verdad ficciones del espíritu, pues que no es la ficción únicamente fuente de la belleza; pero ¿quién se atrevería á afirmar que hayan alguna vez existido?

Tales han sido en general las doctrinas propagadas acerca de las religiones de la antigüedad cuando con espíritu serio se las ha considerado. Debemos también tener en cuenta que, bajo el nombre de mitología, han sido convertidas en recreo de niños ó usadas por los escritores como adornos de estilo, haciendo de los dioses puras metáforas. De forma que, pretendiendo remontarse á la antigüedad, se comenzaba por hacer imposible al espíritu su comprensión, á la manera de un historiador que al explicar los diez y ocho últimos siglos del mundo civil y político, suprimiese con el pensamiento el cristianismo entero, ó sólo le considerase como un ornamento literario. Realizan, pues, un absurdo los que, desconociendo el genio del paganismo, sólo ven en la antigüedad una humanidad artificiosa y retórica, pues aunque juntamos todos los hechos que han marcado el destino de un pueblo sin olvidar ningún nombre ni un sólo

fuste de columna, nada habremos hecho si no damos asimismo razón de sus creencias: su cuerpo estará quizás mostrado, mas su alma estará ausente.

Por otra parte, el medio que más á propósito se creía para cortar todo género de cuestiones acerca del paganismo, era apartar de él los ojos con horror, bastando únicamente, si se quería mostrar sus vicios, oponerle el Evangelio, á ejemplo de los primeros panegiristas, los San Clemente y los Eusebios, que incoaban una especie de proceso entre el cristianismo y el paganismo, con la obligación de condenar al uno ó al otro, en cuya alternativa sólo quedaba el anatema. Pero hoy, terminado el proceso, podemos sin peligro hacer justicia á las religiones caídas, dar á conocer su espíritu, considerarlas, en fin, como el Antiguo Testamento del mundo profano, verdaderas preparaciones (1) para entrar en la nueva ley; que no toda profecía se halla encerrada en Jerusalén. El mismo espíritu, por el contrario, que resplandece en las visiones del mosaísmo, agítase, se esfuerza y balucea bajo las de los gentiles, y los leones coronados de Persépolis y las esfinges de Egipto profetizan como los dragones de Isaias, siendo el mundo antiguo símbolo del nuevo, no sólo en los hebreos, sino también en los pueblos profanos. Ávido

(1) Á esta misma conclusión llega San Clemente, para quien la filosofía fué un medio de preparación entre los paganos, como la ley para los hebreos: *hos hómouos tois hebraisis* (Strom, II, pág. 282.)

de Dios, el hombre del politeísmo cree, después de haberle dividido, hallarle entero en las venas de los metales, en la ondulación de las olas, en el resplandor de la llama, en el sagrado horror de los bosques, convirtiéndolo todo en altar, en ofrenda y en santuario suyo. Cada cima es para él un Sinai; la Naturaleza constituye su Biblia. Mas poco á poco va investigando con curiosidad el universo, y no encontrando en él sino miembros esparcidos, aumenta entonces su delirio. Una especie de furor le une á su presa invisible, y rompe y derriba el templo para oír á Dios, y luego cava y sondea su inteligencia y amontona en derredor sus propias ruinas, poniendo la última esperanza en buscar bajo esas cenizas aquella unidad perdida, aquel gran todo invisible cuya unión ha roto. Tal es el progreso que se oculta bajo el vértigo aparente de las religiones antiguas.

No hay medio, en efecto, de admitir que hayan existido sociedades florecientes durante miles de años, fundadas sólo sobre el vacío, ni es posible concebir que aquellos imperios que han fatigado la tierra con su larga vida, sólidos hasta el extremo de no descubrirse apenas cambio alguno en ellos en la lenta sucesión de los siglos que han recorrido, Estados inmensos por su duración y extensión hayan encerrado no más que la nada en su seno. ¡Pues qué! el dogma social que les hizo vivir dándoles una eternidad terrestre, ¿no contendría si quiera una parte de la verdad suprema, de esa

verdad que es la única que comunica vida, grandeza y duración? ¡Pues qué! ¿sólo había de albergarse en el corazón de aquellas civilizaciones compuestas de hombres semejantes á nosotros el eterno gusano roedor ó la serpiente impura retirada en el fondo de los templos para devorar la substancia del Estado? ¡Pues qué! ¿no había de surgir en parte alguna el principio eterno del bien? Ni esto es así, ni ha podido ser. Un rayo de la eterna verdad ha brillado seguramente al través de las linternas de aquellos monstruosos templos, y ese rayo, por débil y quebradizo que haya sido, ha bastado para dar á aquellas ciudades esparcidas, á aquellas sociedades formadas de enemigas razas, la consistencia del granito durante cerca de veinte siglos. Aun cuando no tuviéramos otra garantía de esta verdad que la grandeza de aquellos imperios, bastaría esto para que afirmásemos resueltamente que el régimen de la mentira absoluta no pudo prevalecer tanto tiempo sobre la tierra. Sería preciso, en efecto, antes de llegar á esta conclusión, investigar si aquellas sociedades no tienen más bien por fundamento ciertos restos de las verdades primitivas y del dogma universal, y si estos restos brillantes no son asimismo el signo inalienable de la fraternidad y unidad original de las tradiciones y generaciones humanas. Creemos que cuanto más se acrece el número de aquellos dogmas primitivos, más también se engrandece la familia de los pueblos asentados en torno de un mismo hogar, y rechaza-

mos al mismo tiempo con todas nuestra fuerzas la idea de que las instituciones religiosas no son más que una impostura, aunque sólo sea porque los primeros institutores de los pueblos no han podido menos de tener fe en sí mismos para arrastrar al mundo. Ni ¿qué produce la mentira sola? ¿Quién duda ya de que no hay máscara tan pesada que no levante la posteridad curiosa? Por medio de un pequeño fraude puede por un momento usurparse un puesto, pero no se mueven los montes, ni se levantan los templos de Egipto ó las catedrales de la Edad Media, ni se instituye en fin el dogma que sostiene, no ya los edificios de piedra, sino todo el edificio social del género humano.

V

Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales

Una primera ojeada sobre el paganismo en general sólo deja ver un inextricable caos de fábulas y creencias, en las que no parece posible hallar progreso ni decadencia, á pesar de la sucesión de los tiempos. Imágenes de eternidad muerta, simulacros inmutables, hacen creer también en la inmutabilidad de las doctrinas, y esta es precisamente la razón por que casi siempre se ha intentado referir las religiones antiguas á un mismo orden de interpretaciones é ideas, sin apercibirse de que el sistema varía de edad en edad; de que la historia de los cielos tiene sus épocas como la historia del globo; de que el cambio de las dinastías divinas implica necesariamente una revolución en las ideas humanas; de que muchas veces los mismos dioses, sin cambiar de fisonomía, cambian no obstante de espíritu y de naturaleza; de que, en una palabra, nada se parece menos, á pesar de la permanencia de los nombres, al dogma de una sociedad caduca que el dogma de una sociedad nueva. Hallar y conocer las variaciones del paganismo sería descu-

mos al mismo tiempo con todas nuestra fuerzas la idea de que las instituciones religiosas no son más que una impostura, aunque sólo sea porque los primeros institutores de los pueblos no han podido menos de tener fe en sí mismos para arrastrar al mundo. Ni ¿qué produce la mentira sola? ¿Quién duda ya de que no hay máscara tan pesada que no levante la posteridad curiosa? Por medio de un pequeño fraude puede por un momento usurparse un puesto, pero no se mueven los montes, ni se levantan los templos de Egipto ó las catedrales de la Edad Media, ni se instituye en fin el dogma que sostiene, no ya los edificios de piedra, sino todo el edificio social del género humano.

V

Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales

Una primera ojeada sobre el paganismo en general sólo deja ver un inextricable caos de fábulas y creencias, en las que no parece posible hallar progreso ni decadencia, á pesar de la sucesión de los tiempos. Imágenes de eternidad muerta, simulacros inmutables, hacen creer también en la inmutabilidad de las doctrinas, y esta es precisamente la razón por que casi siempre se ha intentado referir las religiones antiguas á un mismo orden de interpretaciones é ideas, sin apercibirse de que el sistema varía de edad en edad; de que la historia de los cielos tiene sus épocas como la historia del globo; de que el cambio de las dinastías divinas implica necesariamente una revolución en las ideas humanas; de que muchas veces los mismos dioses, sin cambiar de fisonomía, cambian no obstante de espíritu y de naturaleza; de que, en una palabra, nada se parece menos, á pesar de la permanencia de los nombres, al dogma de una sociedad caduca que el dogma de una sociedad nueva. Hallar y conocer las variaciones del paganismo sería descu-

brir la causa suprema de las variaciones de la vida social en toda la antigüedad.

No podemos, no obstante las diferencias de los ritos, ver en los cultos principales de Oriente sino una sola y misma religión, dividida en tantas sectas como imperios. Un idioma idéntico comunica á todos ellos igual carácter. El milagro permanente de la naturaleza viva, representando bajo emblemas sagrados; la vida del universo circulando en las venas de los dioses; la fiesta de la creación reproducida en la liturgia del género humano; el nacimiento, muerte y renovación de las cosas, trinidad visible que pasa á ser uno de los misterios del sacerdocio; la encarnación sobre todo de los inmortales bajo la figura del mundo: tal es la constitución originaria del paganismo. Consideremos sucesivamente la Persia, la India, la Caldea, la Fenicia y el Egipto, y nos convenceremos sin dificultad de que el dogma no ha cambiado en todos esos pueblos. Ecos unos de otros, los vedas del Ganges, los cánticos de la Media y los himnos de Tebas, forman un sólo coro en el templo del Asia; todos los imperios se postran ante un mismo universo: Mitra, Indra y Osiris representan bajo nombres distintos el mismo sol, ojo del mundo que les impone con su mirada; por todas partes, en fin, las estrellas del mismo cielo extienden unidas sus rayos sobre los mismos símbolos: conformidad en el dogma, que se encuentra también en las constituciones políticas, pues el panteísmo ha penetrado

dondequiera en el Asia, en el gobierno por el establecimiento de la teocracia y en las leyes civiles por la confusión del derecho privado con el derecho divino. Dios lo era todo, y era necesario que todo lo poseyese, hasta el punto de que el rey, su representante, era único propietario del país, teniendo sólo la humanidad el usufructo de la tierra, cuya soberanía inalienable pertenecía á Dios: primera forma del derecho, derivada de la primera institución de los cultos.

La Grecia es la que parece haber llevado el cisma á la tradición, mas no por eso sus dioses dejan de ser originariamente de la misma naturaleza que los de Oriente. La grande alma del mundo vivía también en el seno azulado de su Júpiter, que, como el Brahma de la India, tenía pendiente de sus manos la cadena de los seres; de la flauta del dios Pan exhalábase la armonía universal, y tenía siete agujeros para indicar el acuerdo de los siete planetas; jugaban los inmortales al naer con astros de oro; las danzas circulares de los sacerdotes figuraban sobre el monte Oeta el orbe invisible de las estrellas; la orgía, en fin, de Baco aparecía vestida con la túnica rozagante del Asia. Sin embargo, y á pesar de tales conformidades exteriores, se iba poco á poco aplicando á los antiguos símbolos un sentido completamente nuevo, pues si hasta entonces el hombre sólo había adorado á la Naturaleza, desde ahora comenzará á adorarse á sí propio. Tal es el rito de la Grecia, que de mil

modos distintos se personifica en la figura de los dioses olímpicos, á los que hace cómplices de su pasado, atribuyéndoles sus propias acciones. Épocas semiolvidadas, genio particular de las razas y de las tribus, orígenes, guerras, alianzas, cuanto la vida social pudo encerrar en tiempos privados de memoria, otro tanto fué resumido en las vidas olímpicas, que se complicaban con todos los incidentes y cambios de la tradición. Así, á la vez que los trabajos de Hércules representan los del Sol en las doce moradas del año, figuran también los trabajos de la raza de los dorios en sus moradas sucesivas desde la Tracia hasta el Peloponeso; así, en vez de los pensamientos inmutables de la Naturaleza, van insensiblemente llenando, dominando é informando el alma de los dioses olímpicos los pensamientos caprichosos de los pueblos; así, Dios obtiene su vida del soplo del hombre. El principio, pues, de la religión ha cambiado, el orgullo humano se ha revelado claramente por primera vez, y el dogma de la encarnación, sobre el que todo el Oriente descansaba, ha desaparecido. Ya no es la Divinidad quien descende sobre la tierra y toma por piedad la figura del hombre, es el hombre el que se eleva á la región suprema por el vuelo y el poder de su pensamiento. De en medio del vil rebaño de los seres, es llevado el pastor Ganimedes al seno de lo infinito por el águila soberana, y el género humano, bebiendo por su boca el néctar y embriagándose con él, erige en ley su voluntad

y en dogma su heroísmo. ¿Cómo, pues, semejante revolución en las creencias no había de producir una era nueva en la sociedad civil? El pueblo, en efecto, después de haber sido coronado sobre el Olimpo, no podía ya buscar en otra parte que en sí mismo la fuente legítima del poder, de la autoridad y del derecho, pues que ya de nadie dependía ni á nadie representaba si no es á sí propio. Vemos, pues, aquí la raíz misma y el fundamento de la relación de estas nuevas religiones con la forma política del mundo griego y romano, que trae por consecuencia el sistema de apoteosis de las razas y aun de la humanidad entera, y el gobierno de aquéllas ó de ésta por sí mismas, que no es en rigor otra cosa que el sistema de la democracia y de la aristocracia, tanto en Grecia como en Italia. La teocracia desde este instante es sustituida por la república, y Atenas y Roma surgen, como Minerva, completamente armadas, de la frente de la humanidad deificada.

Mas aun el paganismo va á sufrir una tercera revolución. Llegan los tiempos de Alejandria y aparece en ella Evhemero. El sentido primitivo de los dogmas acaba entonces de perderse por completo, y surge la nueva doctrina de que los dioses no representan ni la Naturaleza ni la humanidad, sino que habían sido en otro tiempo reyes y tiranos, exaltados luego por la servidumbre de los pueblos. Una vez esto admitido, nada ya podía quedar de la institución primitiva del paganismo,

pues que si el hombre pudo fácilmente inclinarse ante el emblema del Dios-universo, hubo de acabar todo para él cuando llegó á convencerse de que en vez de un Brahma dispensador de la existencia, de un Júpiter artista de los mundos, de una Isis vestida del azul de los cielos estrellados, sólo quedaban unos reyes de Creta ó de la Libia. El culto se hizo mercenario y desapareció de los espíritus, y nada demuestra mejor esta extinción de las creencias pasadas que la facilidad con que la nueva doctrina pudo extenderse. Tres siglos antes del advenimiento del cristianismo, el paganismo estaba muerto.

Roma, especialmente, fué quien adoptó sin reserva el dogma de Evhemero, y allí aquel nuevo paganismo creó una nueva sociedad, aunque, á decir verdad, nunca adoró Roma sino á Roma misma, aprisionando y encadenando en el Capitolio, como otros tantos rehenes sagrados, á todos los dioses del universo, que separados de sus pueblos y países, de los cielos en que habían nacido, verdaderos espectros en los que ya ninguna idea se escondía, sólo servían para consagrar el triunfo de la Ciudad Eterna. Verificóse aquella transformación especialmente en tiempo de los emperadores, en cuya época vióse penetrar la doctrina de Evhemero en las leyes y en las costumbres, esto es, el despotismo en el cielo sancionó el despotismo sobre la tierra. Una serie de hombres colocados en la cima del mundo civil, los césares, grandes sacerdotes de la nueva teología, proclamábase dioses

descendientes en línea recta de los Osiris ó de los Júpiter, no haciendo otra cosa, al realizar su apotheosis, que aplicar lógicamente las doctrinas de su tiempo en materias de religión: el pueblo mismo, si por acaso ellos se olvidaban de hacerlo, encargábase de buen grado de darles un lugar en el cielo. No es otra, en efecto, la conclusión de la mayor parte de las *Vidas de los césares*, por Suetonio. Fué elevado, dice el historiador hablando de cada César, al rango de los dioses, «no ya sólo de palabra, sino por la persuasión del pueblo»: *Non ore modo, sed et persuasione vulgi* (1). He aquí el paganismo completamente desnaturalizado y convirtiéndose de caída en caída al dios emperador, que si en un principio se llamó César, después, y cayendo más aún, se llamará Calígula, Claudio, Nerón.

Pero en medio de esta decadencia de la institución religiosa, no dejó el hombre de ganar bajo muchos aspectos, enriqueciéndose con los despojos de los dioses. La propiedad del altar disminuyó sensiblemente, al paso que la tierra, el dominio sagrado, fué cada vez más dividida y secularizada. Al derecho divino sucedió el derecho privado, y al sacerdote el jurisconsulto; el propietario, que en Oriente lo era tan sólo Brahma ú Osiris, lo fué ahora el padre de familia, el individuo, el hombre, en fin, libre ya de sus dioses, que encontrándose sólo y sin rival ante el universo, aprovechó aquella

(1) Suetonio, lib. I, pág. 138.

ocasión para arrogarse por el estoicismo la independencia absoluta en el mundo moral, y por la ley civil la plena soberanía sobre las cosas: tal es el espíritu del derecho romano.

El primer efecto en este sentido del cristianismo, al devolver al mundo su Dios, será restablecer por los bienes de la Iglesia un dominio sagrado. Volverá Dios á tomar posesión del globo; entrará el hombre nuevamente en su vasallaje, haciéndole pleito homenaje de su persona; donará el Rey de los reyes y Señor de los señores esa tierra otra vez santificada al príncipe; la transmitirá el príncipe al vasallo, y así, mezclándose este sentimiento de jerarquía y de dependencia de lo infinito en todas las relaciones de la nueva sociedad, servirá de sanción al sistema de los feudos, que sería completamente inexplicable si no se refirieran de este modo las revoluciones del derecho de propiedad á las revoluciones mismas de la ley religiosa.

¿Queremos saber cuál fué la última tentativa de las religiones paganas en presencia del cristianismo? Persuadidos estamos de que si hubiesen podido conservar aquellos cultos la administración del mundo, hubiéranslo conseguido por los medios que ensayaron. Al ruido de la doctrina que hacía revivir los muertos, reanimóse también el paganismo como afrentoso Lázaro, y viendo hacia qué lado se inclinaba el mundo, lanzó en su agonía una luz extraordinaria, y consumió su última hora en transfigurarse. ¡Cosa increíble! aquel cuerpo exá-

nime intentó luchar en juventud, en espiritualismo, en idealidad y en pureza con la palabra nueva, siendo aquel esfuerzo sostenido en Alejandría por las más nobles inteligencias, los Porfirios, los Proclo, los Plotinos y los Julianos. La filosofía, en efecto, conoció entonces que había herido con harta rudeza la fe antigua, y para salvar la religión, prestábale ahora sus doctrinas, convirtiendo instantáneamente aquellos dioses de la materia en dioses del espíritu, emblemas de la más sutil metafísica. Así reparado y exaltado el paganismo, toma asiento á la vez que los Santos Padres en la escuela de Platón, y logra por transformación semejante engañar un momento al mundo, tanto más cuanto que en esta hora suprema, lejos de confiarse á los dioses extenuados de Grecia y de Roma, llama á las divinidades menos conocidas del fondo del Oriente, que aun conservaban por su alejamiento un resto de prestigio. De esta manera el Mitra de los persas, el dios de la luz, purificador, redentor y mediador (pues tenía todos los títulos de la nueva fe) fué opuesto dondequiera en el Occidente al Dios del Evangelio, y vestido con la túnica de los medos y armado con el puñal sagrado, vino á ser realmente el último mantenedor que combatió por el mundo profano. En nombre de la vieja sociedad propagaron los emperadores su culto con ardor desesperado, logrando de este modo, y en fuerza de cubrirse bajo una máscara mística y de afectar todas las fórmulas del cristianismo, extenderse por

las Galias y la Alemania. Era ya tarde, sin embargo, pues en aquel viaje forzado encontró por todas partes la imagen de los doce mensajeros con que la Judea se le había anticipado. En este momento, pues, aquel Dios, nutrido en la luz del sol persa, desapareció ante la luz invisible de Cristo: último día del paganismo. Y es que aquellas religiones habianse contradicho al morir á sí propias; habian querido transformar sus ideas materiales en una idealidad mística, y en esta revolución quedaron desvanecidas y disipadas.

Tales son, en resumen, los principales cambios de las religiones antiguas siguiendo el orden de los tiempos. Primero, la apoteosis de la Naturaleza; el paganismo del Oriente; segundo, la apoteosis de la humanidad, el paganismo de Grecia; tercero, la apoteosis de la ciudad, el paganismo de Roma; cuarto, la apoteosis de la filosofía, el paganismo de Alejandria.

Ya era tiempo de que el cristianismo llegase. Todas las vias habian sido ensayadas en la filosofía, la poesía y la ciencia; las inteligencias se hallaban sin norte; las pruebas, agotadas; los misterios, colmados. Después de tantos esfuerzos, el mundo se hallaba á una abstracción abrazado; la desesperación comenzaba; era preciso morir ó renovarse en el seno del Eterno. La humanidad, entonces anhelante, agotada, llena de horrible tedio, hizo lo que el discípulo bien amado: inclinó la cabeza y descansó en el amplio seno de Cristo.

VI

De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte

Después de haber deducido de la sociedad religiosa las formas de la sociedad política, falta confirmar el mismo principio en cuanto á las artes, cuya relación con los cultos es aún más perceptible.

¿Cuál es, en efecto, el objeto del arte? La belleza, solución quizá demasiado elemental según general opinión, y sobre todo, demasiado antigua, pero que pudiera, si lo intentásemos, llevarnos más lejos de lo que parece. Porque ¿dónde está la belleza? Hallamos belleza en una flor, en un rayo de sol, en la sonrisa de una criatura mortal, y hasta en todas las cosas la encontramos indudablemente, sólo que de un modo incompleto, pues que en ellas se manifiesta efimera y caduca. ¿Qué sería, pues, si en lugar de esos objetos que no tienen sino la vida de un día, de esa luz que sólo un resplandor prestado posee, encontrásemos en alguna parte la flor que nunca se marchita, el perfume que nunca se disipa, la sonrisa que nunca en llanto se convierte? Entonces y sólo entonces pensaríamos que habíamos tocado la belleza, principio y fin de todas

las Galias y la Alemania. Era ya tarde, sin embargo, pues en aquel viaje forzado encontró por todas partes la imagen de los doce mensajeros con que la Judea se le había anticipado. En este momento, pues, aquel Dios, nutrido en la luz del sol persa, desapareció ante la luz invisible de Cristo: último día del paganismo. Y es que aquellas religiones habianse contradicho al morir á sí propias; habian querido transformar sus ideas materiales en una idealidad mística, y en esta revolución quedaron desvanecidas y disipadas.

Tales son, en resumen, los principales cambios de las religiones antiguas siguiendo el orden de los tiempos. Primero, la apoteosis de la Naturaleza; el paganismo del Oriente; segundo, la apoteosis de la humanidad, el paganismo de Grecia; tercero, la apoteosis de la ciudad, el paganismo de Roma; cuarto, la apoteosis de la filosofía, el paganismo de Alejandria.

Ya era tiempo de que el cristianismo llegase. Todas las vias habian sido ensayadas en la filosofía, la poesía y la ciencia; las inteligencias se hallaban sin norte; las pruebas, agotadas; los misterios, colmados. Después de tantos esfuerzos, el mundo se hallaba á una abstracción abrazado; la desesperación comenzaba; era preciso morir ó renovarse en el seno del Eterno. La humanidad, entonces anhelante, agotada, llena de horrible tedio, hizo lo que el discípulo bien amado: inclinó la cabeza y descansó en el amplio seno de Cristo.

VI

De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte

Después de haber deducido de la sociedad religiosa las formas de la sociedad política, falta confirmar el mismo principio en cuanto á las artes, cuya relación con los cultos es aún más perceptible.

¿Cuál es, en efecto, el objeto del arte? La belleza, solución quizá demasiado elemental según general opinión, y sobre todo, demasiado antigua, pero que pudiera, si lo intentásemos, llevarnos más lejos de lo que parece. Porque ¿dónde está la belleza? Hallamos belleza en una flor, en un rayo de sol, en la sonrisa de una criatura mortal, y hasta en todas las cosas la encontramos indudablemente, sólo que de un modo incompleto, pues que en ellas se manifiesta efimera y caduca. ¿Qué sería, pues, si en lugar de esos objetos que no tienen sino la vida de un día, de esa luz que sólo un resplandor prestado posee, encontrásemos en alguna parte la flor que nunca se marchita, el perfume que nunca se disipa, la sonrisa que nunca en llanto se convierte? Entonces y sólo entonces pensaríamos que habíamos tocado la belleza, principio y fin de todas

las otras. Pero ¿cuál puede ser esa belleza que se comunica sin agotarse, ese esplendor soberano sin oriente ni ocaso, sin juventud ni vejez, sino es la propia imagen que nos formamos de la perfección y á la cual nada puede sobrepujar ni alterar, esto es, la idea en virtud de la que nos representamos á Dios mismo? Pero no vayamos más lejos: el Dios-Espíritu, he aquí el eterno modelo que, bajo una ú otra forma, palpita eternamente ante el pensamiento de todo artista digno de este nombre. Lo que quiere decir que el objeto del arte consiste en representar por medio de formas la belleza infinita, en expresar lo inmutable en lo efímero, en encarnar la paternidad en el tiempo, en pintar lo invisible en lo visible. Detengámonos en esta idea y veremos cuántas consecuencias surgen de ella como de un hogar ardiente.

Desde luego, para existir el arte no tiene necesidad del hombre. Antes de la aparición del género humano sobre la tierra, era ya el universo una gran obra de arte que publicaba la gloria de su autor, y en donde la belleza había sido realizada y como encarnada en la naturaleza naciente. No; no creáis que los primeros poemas hayan sido los de Homero ó de Moisés, ni las primeras esculturas talladas por una mano mortal. El más antiguo constructor del templo es el que construyó el mundo, y éste también el primer poeta y el primer pintor. La salida del sol al surgir del caos, el murmullo de la mar que pristinamente se formó en sus

riberas, el gemido de los bosques el día primitivo en que fueron tocados por la luz, el eco de la palabra aun vibrante de la creación: he aquí la primera poesía, el cuadro primero en los cuales quedó descrito el Eterno. Ningún pueblo existía aún en el mundo, y la idea del arte estaba ya completa. La obra y el obrero se hallaban en presencia uno de otro, y aun podríamos añadir, si estas analogías no fuesen muy frecuentemente arbitrarias, que existía ya una especie de imagen anticipada de la división de las artes, siendo en este sentido las cadenas de las montañas la arquitectura de la Naturaleza, sus cimas y picos, por el rayo esculpidos, la estatuaria; las sombras y la luz, la noche y el día, su pintura; el ruido de la creación entera, la armonía, y el conjunto de todo esto, la poesía.

Resulta de lo que precede que ni la Naturaleza ni el arte son copias uno de otro, pues que ambos se derivan de un mismo original, que es Dios. Cualquiera que sea el objeto que pretenda representar, el arte lo reproduce, digámoslo así, por una segunda creación, y ni la arquitectura, ni la escultura, ni la pintura copian servilmente el mundo exterior; mas antes bien, van á buscar el modelo de su imitación, según ya hemos dicho, en la belleza misma, en la realidad por excelencia. Continúese, pues, si así se quiere, llamándose á las artes artes de imitación, pero téngase en cuenta que ellas imitan al Eterno. Cuando más, podrían dividirse los artistas en dos distintas familias: unos hechos para la es-

clavitud, que copian servilmente las formas del universo sin añadir ni quitar nada; otros libres y soberanos, que imitan, no sólo la fisonomía y el cuerpo de la Naturaleza, sino también sus procedimientos de formación y su inteligencia, para así rivalizar mejor con ella. Preguntado Rafael que en dónde encontraba el modelo de sus vírgenes, contestó que *en una cierta idea*, y esa idea era en efecto lo divino que él entreveía á través de los trazos inmortales de las mujeres de Perugia y de Foligno.

¿Deduciremos de este principio que el arte se confunde con la filosofía? No, ciertamente, pues si ésta puede olvidar las formas de los objetos para no ocuparse más que en las ideas, el artista, al contrario, tiene que regir dos mundos, el real y el ideal, y ni le es posible destruir el uno por el otro, ni resolver éste en aquél, sino que le es preciso dejarles subsistir igualmente haciendo surgir la armonía de sus aparentes contradicciones. Tal es el milagro que constantemente debe realizar, si quiere merecer la gloria. Su aspiración es el infinito, pero tiene que encerrarse en límites precisos, y sabe desde luego que su fuerza no se acrece sino á condición de imponerse límites á sí propia. *No irás más lejos*: he aquí la primera lección dada por el Creador á su criatura, y preocupado por esta necesidad de circunscribirse, si el artista se atiene exclusivamente al sentimiento de lo finito, se encuentra nada más que con la forma y la máscara de las cosas, y bajo la máscara, la

nada; y si al contrario, abandona lo real para entregarse sin reserva á lo ideal, cae entonces en el vacío. Pero entre estos dos extremos existen multitud de variantes que constituyen los diversos grados de lo verdadero, de lo falso, de lo malo y de lo peor. Toda obra bella es verdaderamente moral, porque expresa la armonía entre el mundo y su autor, y porque se halla en el equilibrio de las cosas, en el plan de la Providencia, en las condiciones de la justicia eterna. Es más bien un compendio del orden general.

Siguese asimismo de lo anteriormente expuesto que las artes no son, como vulgarmente se cree, asuntos de capricho y fantasía, antes bien, poseen más realidad que ninguna otra ocupación. Para nosotros, en efecto, es real cuanto es verdadero y quimérico cuanto es falso, así como lo positivo es sin duda lo que nunca decae ni perece. Ahora bien; en este sentido nada hay más positivo que el Eterno. Pero ¿ha sido por ventura lo inmortal, esa gran palabra, hecho para esta criatura que se llama el hombre? Esa es nuestra creencia, y á este punto es adonde queremos llegar precisamente. ¿No os habéis, en efecto, sentido alguna vez maravillados al pensar cómo ese frágil ser produce con sus frágiles manos cosas que nunca pasan, y cómo, una vez muerto, deja tras sí un libro escrito en la corteza de un árbol, una estatua, menos que esto aún, una tela efímera, sin que los años ni los siglos sean poderosos á borrar las líneas de aquel

libro, pasando los imperios al pie de aquel pedestal mientras permanece la estatua inquebrantable, ó bien siendo restaurada si por acaso se arruinase; sobreviviendo, en fin, aquella débil tela capaz de rasgarse ante un soplo, á más de una raza humana? ¿Y cómo explicar esta inmutabilidad, si no es porque entre todos los pensamientos efímeros de su tiempo se asió el artista á una idea imperecedera y soberanamente positiva, es decir, á algo divino, que como pedestal indestructible eleva su obra y la sostiene contra todos los accidentes del tiempo? Todo se altera, sucumbe y muere menos ella, que, aun medio sepultada en el tiempo, permanece bella, con belleza incorruptible, como las matemáticas subsisten verdaderas, con verdad eternamente inmutable, que puede ser desconocida ó velada, pero no envejecer ni cambiar. El espectador móvil desaparece, pero el arte fundado sobre lo eterno subsiste. ¿Son necesarios ejemplos? Surgen dondequiera. Rota se halla la Grecia antigua en mil pedazos, y la estatua de su Niobe se halla aún á estas horas en pie como una viuda sobre un sepulcro; yace el imperio romano entre el polvo de la campaña de Roma, y la estatua del Gladiador moribundo le sobrevive, y con sus labios de mármol sonríe ante la desaparición de todos los espectadores del circo.

Pero si el arte tiene por objeto la belleza soberana, es necesario admitir aún que á pesar de la oposición de los tiempos, de las civilizaciones y de

los cultos, lleva el mismo ideal á toda la humanidad, y esto, en efecto, nos explica cómo el paganismo nos subleva por sus doctrinas y nos subyuga al mismo tiempo por sus obras. Así, las divinidades del pasado nos dan grima y sus templos nos conmueven y entusiasman, contradicción esta que se hace más chocante cuando reparamos en que los artistas de la Edad Media, esto es, los hombres más piadosos, crédulos y embriagados en la fe cristiana, lejos de sentir repugnancia alguna por las estatuas é imágenes paganas, las hicieron objeto del estudio más asiduo. Y he aquí, lo que parece maravilloso, á los cristianos del siglo XIV estudiando, palpando é imitando los ídolos encontrados en Florencia y en Pisa, y venerándoles como obra sagrada, é inaugurándoles en el fondo de los templos de lo invisible. ¿Cómo es esto? Es que encontraron en aquellas formas exquisitas de la antigüedad los rayos perdidos de la eterna belleza que ellos mismos perseguían á la luz de la revelación. Nunca las escuelas griegas y las de la Edad Media han estado en oposición ni han luchado como enemigas, sino en el espíritu de los teóricos de nuestros días; mas antes bien, estuvieron siempre ligadas y en inteligencia por sentimientos comunes. Los artistas griegos se habían elevado por encima de su culto, y desde las alturas del paganismo habían vislumbrado la luz del cristianismo, anunciando anticipadamente desde el centro mismo de la sensualidad pagana el milagro de la belleza espiritual.

Tendían al porvenir sus brazos, y profetas de la civilización han sido los naturales mediadores de los pueblos y de los cultos. Por eso Virgilio, casi pagano, da la mano á Dante, y Sófoeles conduce á Racine; por eso Fidias y Platón se hallan, cambiados los nombres, en la obra de Rafael y de Miguel Ángel; por eso, en fin, á pesar de la diferencia de tiempos y lugares, y no obstante la posición de las religiones, que parece ha de romper todo lazo, esos hombres ilustres, muy lejos de excluirse y rechazarse, se llaman y se abrazan á través de los siglos. Y es que todos ellos beben sus resplandores en una misma fuente de luz, sus particulares bellezas en una misma belleza suprema, sus poemas en un mismo manantial de poesía, y aunque separados y enemigos en todo lo demás, penetraron en el mismo reino de lo inmutable, donde todos se sienten hijos del mismo padre, esto es, del mismo Dios del arte, de la belleza y de la armonía.

Llegados estos términos y ateniéndonos á ellos, podemos ya responder á esa gran cuestión con mucha frecuencia debatida en nuestros días. ¿Ha pasado ya el arte? ¿Ha muerto la poesía? Demasiado sé que á toda hora se están contestando estas preguntas afirmativamente. Mas debo asegurar por mi parte que después de haber pasado mi vida en estudiar los pueblos extranjeros, sólo he hallado entre nosotros manifestaciones de aquel sentimiento de desaliento. Es más; casi podríamos asegurar que semejantes teorías aparecerían allí como insen-

satas. ¡Que la poesía ha muerto! ¡Que ha muerto el arte! He aquí una gran noticia que vale ciertamente tanto como la de la muerte de un príncipe ó un rey de la tierra, si, como es de presumir, es el arte de tan buena familia como cualquiera de ellos. Pero ¿quién ha visto celebrar sus funerales? ¿Serían por ventura Goethe y Schiller, Chateaubriand y Byron los que ayer acompañaban el duelo? Mas apenas es creíble que los que llevan por todas partes esta noticia, tengan de ella verdadera conciencia; porque ¿quién sabe las condiciones cuyo curso sería necesario para que semejante hecho se realizase? Desde luego sería preciso que el país en que hubiera de verificarse estuviese próximo á su ruina, llevando ya marcados por todas partes los signos de una decrepitud prematura. Pero ni aun esta muerte del Estado sería suficiente, pues no es tan fácil como pudiera creerse corregir al mundo de su antigua pasión por la belleza; mas sería necesario que Dios mismo hubiese desaparecido de la naturaleza y de la conciencia de los hombres, como un sacerdote se retira del templo cuando el culto ha terminado. ¿Y es posible pensar semejante cosa ni del pueblo ni de Dios? Mas si todo eso es verdad, si todos los corazones se encuentran vacíos, sin penas y sin deseos, si es que ya no existen ni culto interior, ni patria, ni ciudad, ni hogares, entonces ciertamente el arte y la poesía yacen en el mismo sepulcro que el Estado. La belleza moral no es más que un resplandor, y todos aquellos que intentan

todavía encontrar sus vestigios con la paleta ó el cincel, con la prosa ó el verso, escritores, artistas, escultores ó pintores, son los más insensatos de los hombres, y errantes por doquiera, sin esperanza de hallar su camino, sólo les resta sentarse unos junto á otros sin imaginar ni atreverse ya á nada, pues que no existe la pintura del vacío, ni la arquitectura de la nada, ni la poesía del no ser, y la muerte por sí sola es incapaz de crear ni un solo sueño en la tumba. Pero si no fuese verdad que esta sociedad ha muerto ni que Dios ha desertado del mundo, todo se halla salvado. Nos queda el infinito; ¿qué puede faltarnos? Ya no serían unos insensatos los hijos del arte que acabamos de nombrar y que aspiran entre nosotros á mantener viva la religión de la belleza; antes bien, tendrían de su parte la razón eterna. Guardémonos, pues, de desesperar del porvenir, y si la vida se nos escapa, no murmuremos de ella, no frustremos, sobre todo prematuramente y en sus mismas cunas, las esperanzas de los recién venidos al mundo. Dejémosles que crezcan, que ellos realizarán seguramente lo que á nosotros no nos fué dado cumplir.

Pero volvamos á nuestro asunto. Si todos los artistas de la humanidad tienden al mismo fin, semejante unidad de miras es sobre todo evidente en aquellos que pertenecen á un mismo orden de civilización, pues que, cualquiera que sea la diferencia de sus métodos, instrumentos y medios de ejecución, todos se refieren dentro de la misma época

á la imitación del mismo modelo. No me preguntéis aquí por la definición de la belleza abstracta, pues yo os respondería que antes era preciso que me dieseis la de lo infinito, la de lo absoluto y la de la verdad suprema, y porque además, si hay algo seguro, es que el ideal de los artistas no es una abstracción nacida en las escuelas de filosofía, sino un dogma vivo, un rayo de la revelación universal, un objeto de fe, una tradición legada por nuestros antepasados y corregida, embellecida ó quizá desnaturalizada por la libertad. En una palabra, el culto, la religión nacional: he aquí la forma visible de este mundo invisible. Para hacer más palpable esta verdad, buscaremos un ejemplo, no ya en la antigüedad, sino en los monumentos que nos rodean. Figurémonos con el pensamiento una catedral, á cuya construcción ha concurrido un número prodigioso de artistas. Pues bien; todos han expresado allí, sin conocerse y por distintos medios, una misma idea. El primer arte, el que á todos los otros sustenta, es la arquitectura. ¿Cuál es su carácter? Esa vasta nave con sus dos capillas laterales en forma de cruz, figurando el cuerpo de Cristo en el sepulcro, ese misterio, esas semitiéblas, esa torre principal que, imagen del poder espiritual, se remonta hasta los cielos, ¿no os están diciendo que aquel edificio pertenece, no á la carne, sino al espíritu? Pero aproximémonos, que el arquitecto no lo ha hecho todo. Multitud de estatuas habitan aquellos nichos, como un pueblo nacido

para semejante monumento. El pensamiento escrito en las bóvedas y en los pilares reaparece allí más visible en las líneas, en la actitud, hasta en los pliegues de los vestidos de aquellos personajes, reyes, obispos ó emperadores, que leen eternamente en sus libros de piedra, y en todos los cuales aparece irradiándose el mismo espíritu. ¡Qué maceración! ¡qué humildad! ¡qué ascetismo! Bien claro se ve que una sola alma respira en las formas de la escultura y en las de la arquitectura. Mas aun no hemos concluido: la casa de lo invisible no es sólo obra de arquitectos ó estatuarios; también los pintores han puesto allí sus manos y las han revestido interiormente con frescos de los siglos XIII y XIV, vidrios del Norte, mosaicos de los bizantinos, ó quizá pinturas de Giotto, Buffalmacco, d'Orcagna ó Fiésolo, como en las iglesias de Toscana. Pues aquí también aparece el mismo culto de la pasión del Gólgota, el mismo predominio del espíritu, el mismo desprendimiento de la materia y del cuerpo, sin que al parecer pueda penetrarse más allá en el imperio de las almas. Y sin embargo, aun no se halla todo acabado, ni la maravilla está cumplida. La catedral está muda y va á hablar; la música va á coronar las demás artes, entonando sus cantos en medio del silencio de aquellas bóvedas, himnos tales como el canto gregoriano, el *Dies iræ*, el *Te-Deum*, cuyas melodías litúrgicas hasta tal punto conforman con aquel monumento, que no parece sino que aquellos cantos salen de los

labios de las estatuas y de las figuras radiantes de los cristales y los frescos, como un inmenso coro de seres sobrenaturales. Hasta tal extremo es verdad que á todos los artistas que dieron vida á aquel conjunto, arquitectos, estatuarios, pintores y músicos, se ha aparecido el mismo invisible modelo, el mismo Cristo.

¿Qué significa esto? ¿Es que por ventura nos hemos propuesto con la descripción anterior herir la imaginación? Muy lejos de esto, hemos querido dejar sentado que el ideal que reina sobre toda una civilización es la religión, y que sólo ella es la que presta á todas las artes de una misma sociedad idéntico aire de familia y de unidad, de suerte que, con sólo conocer una de ellas, podrían en cierto modo restaurarse todas las demás. Dedúcese de todo lo dicho esta ley general: que las revoluciones en las artes son determinadas por las revoluciones en las religiones. Si queremos, pues, determinar con arreglo á este principio las épocas en que la historia de las artes se divide, no tenemos sino investigar esta misma división en la historia de los cultos, y tendremos resuelto el problema. Tantas veces como ha cambiado la figura bajo la cual el hombre se ha representado el pensamiento de Dios, otras tantas cambió también su ideal en las obras de imitación, y en este sentido, las propias variaciones que más arriba hemos reconocido en la historia religiosa, nos servirán, no sólo para marcar las fases de las revoluciones en las artes, sino

hasta para determinar la naturaleza de cada una de ellas.

Notemos ante todo la diferencia entre la fe y la poesía, el culto y el arte. Realizando este último y encarnando en formas palpables la idea de Dios, tal como es concebida por los pueblos ó impuesta por la tradición, acaba por alterarla y transformarla inevitablemente. Es verdad que en un principio contentábase con copiar los tipos consagrados por el sacerdocio, constituyendo en cierto modo parte integrante de la liturgia, sin permitirse la menor libertad ni inventiva en la elección ni en la forma de los objetos representados, pues cuanto más profunda es la fe, más esclavo de ella es el artista. Pero insensiblemente la imaginación se sustituye á la costumbre, las formas se perfeccionan, adquiriendo mayor libertad, el genio individual se crea en el santuario mismo una creencia particular, cambia, innova y modifica á su capricho; sigue, en lugar del camino trazado por sus antecesores, el que por sí mismo se abre; aspira, en fin, desde el seno de las religiones positivas á la religión absoluta, y de esta suerte puede establecerse que el arte sólo se alimenta y crece á expensas de la tradición, y que, nacido del culto, pero inclinándose á la herejía, lleva en sí mismo la fatal tendencia á destruir su propia cuna.

Esto supuesto, podemos ya entrar á exponer cómo la primera época de las religiones comienza en Oriente con la historia civil de los pueblos del

Alta Asia: panteísmo visible, infinito, material, culto de la Naturaleza, del Dios-universo y de la creación, que aun no ha sentido la soberanía del hombre, y cuya representación en el arte no es fácil determinar en qué forma invisible podría hacerse, si no existiese una capaz de cierta perfección sin que la figura del hombre se manifieste en ella. Tal es la arquitectura. Ni las columnas, en efecto, ni los frontones, ni los pórticos, son aquí formados sobre el modelo de la figura humana, y aunque los capiteles recuerden quizá el florecimiento de las palmeras y de los acantos, y los obeliscos los pieos graníticos del valle de Egipto, siempre nos encontramos con que en todas estas cosas sólo la naturaleza geológica ó vegetal es la que se pone ante el artista, no la humanidad, ausente de sus obras. Á esto debe añadirse que entre todas las artes la arquitectura es la que mejor se apropia al genio de una sociedad formada de castas, pues que generalmente es más bien obra de sucesivas generaciones que de un solo individuo. Todo un pueblo pone mano en las pirámides, sin que nadie les dé su nombre, y precisamente por esta doble razón, sacada de la constitución religiosa y civil, es por lo que el genio de Oriente sólo puede ser representado por la arquitectura, siendo, por tanto, en esta región donde ese arte alcanza, antes que ningún otro, un género de sublimidad tal, que aun ayer hacía prorrumpir en aplausos al ejército francés delante de las ruinas de Tebas.

La segunda revolución en la historia de las religiones tiene lugar en Grecia, región donde la humanidad, por vez primera, se ha erigido á sí misma en objeto de adoración. ¿Qué arte reproducirá esta nueva fase en la idea de Dios? ¿Cuál hará mejor la apoteosis de la criatura y elevará á la humanidad sobre un pedestal? La estatuaria, sin duda alguna, y he aquí por qué éste será el arte de la Grecia, el que sólo á ella pertenecerá verdaderamente, el que tomará de este origen las leyes esenciales que deberán regirle, pues si él es en su principio la apoteosis del hombre, si representa el género humano que ha tomado por pedestal el Olimpo, esto es necesaria consecuencia de la divinización de su modelo, despojándole de todo lo que tenía de mudable, efímero y mortal. Deberá, pues, este arte ser sustraído á todas las circunstancias variables de tiempo y de lugar, de modo que la estatuaria represente la humanidad desnuda y abstracta, revistiéndola como de un manto divino y aspirando á expresar el espíritu de toda una vida más bien que un particular accidente. El objeto de su imitación es el hombre inmortalizado, que en su orgullo ha bebido ya el néctar olímpico, y quiere para sus personajes semidioses por lo menos, cuando no dioses. Toda estatuaria, en una palabra, es una apoteosis: arte pagano que sólo en el paganismo pudo alcanzar toda su grandeza.

Fué éste igual en apariencia entre los romanos, pues que su religión era también idéntica, bajo

muchos puntos de vista, á la de los griegos: únicamente se muestra allí menos brillante, porque también el ideal se había eclipsado algún tanto. Así, á la adoración de la humanidad sobre el Olimpo sustituyen los romanos el culto de la ciudad política, y en este sentido las artes en que fueron verdaderamente inventores son las que habian de servir sobre todo para la decoración urbana, no estatuas ni templos, sino pórticos, vías, columnas triunfales, monumentos, en fin, que expresan la apoteosis de la ciudad, elevándola á ciudad eterna, mansión de los dioses terrestres.

Con el cristianismo consúmase una nueva revolución religiosa, que da vida á otro género de representación plástica y crea además un arte nuevo. La humanidad, hasta entonces divinizada por los griegos, abdica delante del Creador su reinado, simbolizado en Júpiter; el sensualismo pagano es condenado; el crucifijo se convierte en emblema del nuevo ideal, y un arte menos sensual y plástico, pues que sólo al sentido de la vista se refiere, viene á ser el de los tiempos cristianos por excelencia: la pintura. ¿Qué queda aquí de la apoteosis del hombre? Ya los personajes no aparecen exaltados sobre un pedestal superior á todo el universo visible, ni viven tampoco en una eterna inmovilidad como en el reposo celeste del empareo, sino que, por el contrario, aparecen poseídos de todas las agitaciones de la vida terrestre y rodeados de todos los detalles que determinan mejor la impre-

sión del tiempo y del lugar; ya el hombre no es considerado en abstracto, sino un tal hombre en un particular momento. De esto se sigue que todo lo que contribuyese á fijar el carácter individual, como el ropaje, el color y el tono de los objetos, es del dominio de este arte, y la persona divina y humana, después de haber sido consagrada por el cristianismo, ha fundado entre los modernos el reinado de la pintura.

Además, el cristianismo, si no ha creado, ha revelado al menos el genio de la música, la más espiritual de las artes, pues diríase que llega hasta el alma, como la voz del Dios espíritu, sin el intermedio de los sentidos; de suerte que hasta el protestantismo, que siempre excluyó del templo las demás, ha conservado y cultivado esta última. Ella es también la que mejor puede existir sin una creencia formal ó un símbolo fijado por la tradición, hasta el punto de que su época de perfección no es la de la fe, sino la de la filosofía: Mozart y Beethoven son los contemporáneos de Kant y de Hegel.

Últimamente, en la cima de las artes elévase la poesía, que hasta cierto punto las comprende todas, siendo arquitectura, porque construye y edifica; escultura y pintura, porque pone de relieve y muestra á los ojos del pensamiento el mundo inteligible, y música y armonía sobre todo, puesto que es esta su esencia. En ella termina la escala de la belleza visible, pues querer remontarse más arriba equivale á pedir al arte lo que sólo la moral

y la religión pudieran dar. El abismo y el vértigo hállanse únicamente en esta confusión, porque toda poesía que pretende traspasar sus naturales límites, cae en el vacío, y queriendo romper su dogma, húndese en los abismos del delirio. Por eso al desarrollo regular de la poesía griega en Atenas, la ciudad de la belleza, sólo puede seguir un desenvolvimiento extremo y anormal en Alejandria, la ciudad del misticismo.

No sólo la poesía tiene relaciones generales con todas las demás artes; divídese además en varios géneros, cada uno de los cuales ofrece especial analogía con la arquitectura, la escultura ó la pintura. Primero, y bajo la forma más instintiva, muéstrase en la lírica, grito primitivo de la humanidad que se despierta en lo infinito, y canta al Eterno con exclusión del tiempo, al Dios sin la criatura, al ser en sí, más bien que á los seres en particular. Por ella comienza toda civilización. Poesía del templo y de la catedral, única que quiso Platón admitir en su república, aseméjase á la arquitectura religiosa, remedando en sus estrofas columnas sagradas, como si sólo hubiera sido hecha para elevarse en el santuario, donde tiene su más propio lugar y alcanza su más alto valor. Es el poema del orden sacerdotal, de modo que allí donde la teocracia ha faltado, como en Roma, esta poesía del himno ha sido completamente artificial, ó ni aun siquiera ha intentado su aparición.

La poesía es, en segundo lugar, épica: eleva al

hombre sobre el pedestal y casi le adora, considerando á sus personajes bajo el mismo punto de vista que la estatuaria, engrandeciéndoles y exaltándoles. Por eso la mayor parte de las leyes de la una se aplican á la otra; por eso no le basta á la epopeya que sus personajes sean grandes, sino que, ayudada de lo maravilloso, les transforma en semidioses. Como este género de poesía vive sobre todo de recuerdos, nace principalmente en las épocas fecundas en tradiciones de familia, y como el espíritu aristocrático es el que mejor perpetúa estas tradiciones, aliméntase de él preferentemente. Examinemos uno tras otro todos los héroes de la epopeya heroica, y ni uno solo encontraremos que no pertenezca á la casta militar ó noble, según lo prueban los nombres de Aquiles, Eneas, el Cid, Artus ó Carlo-Magno, ninguno de los cuales ha salido de la clase inferior del pueblo. La epopeya heroica es el canto de la clase militar de los indios, de los griegos y del feudalismo cristiano: el poema natural de toda aristocracia.

Es al contrario el drama la obra de la democracia, con la cual se ha engrandecido dondequiera. Así, el teatro se desarrolla en Grecia más bien con la democracia de los jonios que con la aristocracia de los dorios, del mismo modo que entre los modernos no brilla en el seno de la raza feudal, sino con la suprema igualdad de la Iglesia. Los misterios nacen desde luego en las catedrales; al contrario, la epopeya de la Edad Media, compuesta

para los barones, fué cantada sobre todo y salmodiada en los castillos. Siempre el drama fué instituido para el pueblo, y por esta razón se le excluía en Oriente, entre los indios, del rango de los libros sagrados, así como en Occidente no ha existido el verdadero drama mientras duraron las instituciones de la Edad Media, y no llegó á su perfección sino después de la emancipación de la democracia. Añadamos que si el drama tiene analogía con alguna de las artes arriba indicadas, es evidentemente con la pintura, pues ni la comedia ni la tragedia transforman sus personajes en semidioses, á imitación de la estatuaria y de la epopeya; antes bien, los dejan con su genio personal, y hasta muchas veces con su misma fealdad física ó moral. Es, pues, la pintura un drama mudo, como el poema dramático es una pintura viva.

Arquitectura, escultura, pintura, música, poesía: he aquí los grados por donde la fantasía humana puede remontarse hasta la belleza inmortal; escala de Jacob que, apoyándose por un extremo sobre la tierra, toca con el otro en el cielo, y por la cual se elevan constantemente los sueños del espíritu del hombre. Y aún podemos afirmar que el cuadro no se halla completo, y que en él falta la primera y más importante de todas las artes, que si sólo es tomada en cuenta por las teorías de los modernos, nunca por parte de los antiguos fué olvidada. Este arte supremo no es otro que el de la sabiduría, la justicia y la virtud, ó para decirlo

todo de una vez, el arte de la vida, pues que toda vida humana es al fin una verdadera obra de arte, y cada hombre al nacer lleva en su corazón cierto ideal de belleza moral que puede y debe revelar, expresar y realizar lentamente en sus acciones.

Ocultaríamos la mitad de nuestro pensamiento si no dijéramos aquí que en cada criatura mortal se oculta un Fídias, y que es todo hombre un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre. El justo, esto es, el que arregla sus acciones según el modelo divino, aquel que sabe, cuando es preciso, desprenderse de su vida mortal, como el escultor desbasta el mármol para revelar la estatua interior: Sócrates bebiendo la cicuta; San Luis sobre su lecho de cenizas; Juana de Arco en medio del combate; Napoleón mismo, no el Napoleón emperador, sino el Napoleón del puente de Arcole (1); en una palabra, el héroe y el santo, sea cualquiera el nombre que queráis darles: he aquí el último término y el colmo de la belleza sobre la tierra, he aquí el poema, el cuadro, la armonía por excelencia, armonía y poemas vivientes, en donde la obra y el obrero se hallan íntimamente unidos y confundidos. Más allá de esto no hay nada sino Dios mismo.

(1) Séame permitido repetir aquí estas palabras de Bossuet: «¡Ah! no quiero admirar sino á los valientes y á los conquistadores.» (*Oración fúnebre á Enriqueta de Inglaterra.*)

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

I

La revelación por la luz.—Los Vedas.—La religión de los patriarcas

Siendo la historia de las religiones una genealogía del Eterno en los límites del tiempo, sería imposible indicar sus comienzos, si esta dificultad no se convirtiese en la de saber cuál es el monumento que contiene la expresión de la más antigua sociedad. Reducida á estos términos, la cuestión está resuelta, pues que en parte alguna, ni en los himnos de los griegos, ni en el Zend-Avesta de los persas, ni aun en los libros de Moisés (1), aparecen tan recientes el hombre y la Naturaleza como en los vedas (2) de los indios; esos cantos, cuya antigüedad elevan los críticos más exigentes (3) á mil

(1) En el *Génesis* se mencionan ya la moneda y la escritura, XXIV, 16.—De Wette, *Ant. Testam.*, págs. 184, 185.

(2) *Rig-Veda Sanhita*, lib. I, edit. Frid. Rosen, 1838.

(3) Colebrooke, *Asiat. Res.*, VIII.

todo de una vez, el arte de la vida, pues que toda vida humana es al fin una verdadera obra de arte, y cada hombre al nacer lleva en su corazón cierto ideal de belleza moral que puede y debe revelar, expresar y realizar lentamente en sus acciones.

Ocultaríamos la mitad de nuestro pensamiento si no dijéramos aquí que en cada criatura mortal se oculta un Fídias, y que es todo hombre un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre. El justo, esto es, el que arregla sus acciones según el modelo divino, aquel que sabe, cuando es preciso, desprenderse de su vida mortal, como el escultor desbasta el mármol para revelar la estatua interior: Sócrates bebiendo la cicuta; San Luis sobre su lecho de cenizas; Juana de Arco en medio del combate; Napoleón mismo, no el Napoleón emperador, sino el Napoleón del puente de Arcole (1); en una palabra, el héroe y el santo, sea cualquiera el nombre que queráis darles: he aquí el último término y el colmo de la belleza sobre la tierra, he aquí el poema, el cuadro, la armonía por excelencia, armonía y poemas vivientes, en donde la obra y el obrero se hallan intimamente unidos y confundidos. Más allá de esto no hay nada sino Dios mismo.

(1) Séame permitido repetir aquí estas palabras de Bossuet: «¡Ah! no quiero admirar sino á los valientes y á los conquistadores.» (*Oración fúnebre á Enriqueta de Inglaterra.*)

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

I

La revelación por la luz.—Los Vedas.—La religión de los patriarcas

Siendo la historia de las religiones una genealogía del Eterno en los límites del tiempo, sería imposible indicar sus comienzos, si esta dificultad no se convirtiese en la de saber cuál es el monumento que contiene la expresión de la más antigua sociedad. Reducida á estos términos, la cuestión está resuelta, pues que en parte alguna, ni en los himnos de los griegos, ni en el Zend-Avesta de los persas, ni aun en los libros de Moisés (1), aparecen tan recientes el hombre y la Naturaleza como en los vedas (2) de los indios; esos cantos, cuya antigüedad elevan los críticos más exigentes (3) á mil

(1) En el *Génesis* se mencionan ya la moneda y la escritura, XXIV, 16.—De Wette, *Ant. Testam.*, págs. 184, 185.

(2) *Rig-Veda Sanhita*, lib. I, edit. Frid. Rosen, 1838.

(3) Colebrooke, *Asiat. Res.*, VIII.

cuatrocientos años antes de Jesucristo, y en los cuales parece revivir la época patriarcal, que sólo en la Biblia se halla indicada más bien que llena por los nombres y vestigios de las tribus de Abraham.

Corresponden estos himnos, en efecto, á aquella edad, á aquel orden moral, á aquella más simple condición de que nos dan idea las tradiciones: verdaderas primicias del mundo social, en que ni existe cuerpo de nación, ni Estado, ni pueblo, ni gobierno visible, sino tribus tan sólo y jefes de familia rodeados de sus rebaños y buscando de cima en cima, al través de los Alpes indios, la hierba más nueva, sin otras riquezas que las que pueden transportar en sus carros (1), encendiendo el fuego sobre las cumbres por medio del frote de dos ramas secas (2); incendiando las selvas vírgenes para abrirse un camino ó prepararse una morada; sin cultura, sin propiedad fija, sin templo y sin domicilio; indicando cada estación por un cántico y una piedra sagrada (3); entregados ya á la guerra con el fin (4) de ocupar algún sitio á propósito para los pastos, ó defenderse, ó atacar, ó aumentar el rebaño, al que todo se refiere como á fuente de vida, plegarias, industria, poesía y creencias; primeros rayos, en fin, del sol iluminando la primera socie-

(1) *Rig-Veda Sanhita*, pág. 263.

(2) *Id.*, págs. 18, 136, 138, 199.

(3) *Id.*, pág. 45.

(4) *Id.*, pág. 232.

dad balbuciente y suspendida aún de los pechos de la vaca nodriza (1) sobre una cima del Asia: tal es el cuadro que presenta cada uno de aquellos himnos de pastores. ¿No es esta la idea que se forma del género de vida de los patriarcas errantes con el fuego del sacrificio por las mesetas de la Mesopotamia?

Y por lo mismo que tan primitiva se manifiesta esta condición, ofrece un mayor interés observar cómo ha brotado la revelación en este momento inicial, del que todos los demás dependen. En esta edad, por otra parte, la antigüedad se manifiesta siempre semejante á sí misma; la humanidad vive en la tribu.

Los modernos muchas veces han ensayado rehacer el himno del hombre primitivo, pero falta averiguar hasta qué punto semejante invención resulta conforme con la realidad. Buffón especialmente es quien ha intentado con más ahínco hallar en el seno de la Naturaleza alguna imagen de aquella cuna, y nadie por cierto ha penetrado más allá en aquellos tiempos sin memoria. Para explicar la primera revelación del mundo sensible, supone él y describe el primer despertar del primer hombre, cuando sus ojos se abren, y se levanta, y se aproxima á un árbol, y se acerca á su fruto, y oye el ruido de ese fruto que cae, adquiriendo de

(1) *Vaccis insignes. Nos participes redde vaccarum. Lacte plenas facite vaccas. Vaccæ uberibus nos alentes.*

este modo, uno después de otro, los sentidos del tacto, del olfato y del oído, hasta que, fatigado bien pronto de esta ciencia precoz, vuelve á caer en el antiguo sueño, imagen de la muerte, para la cual ha sido creado. Nada le falta á esta progresión sino el haber sido continuada. El hombre físico ha nacido, es verdad; pero el hombre moral duerme todavía. ¿Quién le abrirá los ojos del alma? ¿Dónde y cómo cogerá el fruto del espíritu, puesto que ya se ha apoderado del fruto terrestre? ¿De qué modo nacerá en él el gusto del cielo y de lo divino? ¿Á qué árbol infinito irá á saciarse? He aquí dónde la tradición oriental termina el cuadro comenzado por el historiador de la Naturaleza.

El primer pueblo sale de su primer sueño; la eterna noche se disipa; el alba luce sobre el universo, y por cierto que sólo habiendo visitado las riberas del Oriente es posible tener una idea de cómo ella hiere, envuelve, inunda y reviste de luz todas las cosas, pues no son nuestros climas lo más á propósito para representarnos ese cuadro de la luz naciente. Pero si aun así, y no obstante la experiencia del mundo, no hay uno de nosotros todavía capaz de asistir indiferente á ese prodigio de cada día, á ese instante supremo en que la Naturaleza, sepultada antes en las sombras, vuelve de súbito á la vida, ¿cuál no debió ser la impresión del primer rayo de la primera aurora sobre el hombre primitivo? Ante aquella luz inmaculada percibe la creación tan inmaculada como ella, y el

universo, por vez primera, queda ante él mostrado, desvelado y revelado. ¿Cómo, pues, no había él de creer aquel rayo precursor y matinal el primer mensajero que le enviaba la invisible luz, el órgano del Creador que llega y penetra hasta su corazón para curar su pena (1), la figura, en fin, de la palabra visible, que, desde más allá de todo el horizonte, brota del seno del Eterno? En aquel momento nace la tradición, el recuerdo de la comunicación entre el hombre y Dios, el principio de toda la sociedad oriental, que no descansa en otra cosa, en efecto, que en la idea de la revelación del mundo físico y espiritual por la luz.

Tal es la impresión general que dejan los himnos indios, aniversario de la primera mañana del mundo civil. Por grado sentimos despertarse el alba visible excitando y provocando el alba del pensamiento, y convertirse aquel primer despertar á la vista del universo en el fondo y el alma del primer culto. Así, la mayor parte de aquellos cánticos celebran con mil variantes como otros tantos genios precursores la noche que se borra de la inteligencia ante el alba que comienza á palidecer, el crepúsculo que se colora, las horas luminosas y las inciertas vaguedades, los temblores y las oscilaciones de la aurora, hasta que Dios entero y pleno surge con la mirada devorante del primer sol

(1) *Adscendens in sublimem caelum, cordis morbum meum, sol, palloremque dele.* (Rig-Veda, pág. 98.)

del Asia. De modo que esta teodicea de la Naturaleza comienza á apuntar en un principio, acrécese después ante la vista, y se dilata y llena por fin todo el espacio al compás mismo con que la propia luz se va irradiando.

En un principio atraviesan confusamente las sombras de la noche los dioses vagos é inferiores, los genios de los vientos en las cimas de las montañas, los ciegos maruts, húmedos por las gotas de las lluvias, dejando oír sus mujidos en las tinieblas, al ser conducidos en sus carros tirados por manchadas ciervas. Su marcha es como de hombres embriagados; la tierra tiembla; durante la tormenta oprimen los flancos de las nubes como tetas de vacas: por todas partes saltan como cabras. Impaciente el hombre por llegar al día, invócales é invoca á las tempestades, pues que las tempestades del cielo, no de la tierra, vienen.

Á su soplo enciéndese el hogar con dos ramas frotadas una contra otra, y surge y sonríe y brota el fuego, celeste Agnis, precursor y mensajero de los dioses, purificador y guardián diligente de los sacrificios, padre del rayo, que ha llegado sobre su carro tirado por rojos caballos. Ofrécesele un bosque en sacrificio, y consume en su preparado alimento la cabellera de la tierra, abriendo ancha vía á su carro con sus llamas rugientes y tortuosas, remedando con sus voces los mugidos del toro y alejando las aves de rapiña á las bandas de lobos que atraviesan los grandes ríos, hasta que al fin des-

aparece harto, sin ruido vase alejando y se retira invisible á la morada de los dioses.

Pero las estrellas se han levantado, el fuego ha despertado en buen hora á los dos gemelos, los asvins, guardianes de los umbrales celestes, desde cuyo carro, más rápido que el pensamiento y que apoya una de sus ruedas en el firmamento y la otra sobre las cimas inhabitadas de la tierra, lanzan por las noches sus flechas al blanco, hasta que, llamados por la plegaria nocturna, descienden de las alturas del cielo y vienen á sentarse en torno del hogar del pastor sobre la triple esfera consagrada. Allí, con el alimento matinal, reciben el dulce brebaje y la ofrenda del himno, y ellos en recompensa hacen germinar la cebada, destilan agua viva bajo las uñas de sus caballos, abren los establos antes del alba, reúnen los rebaños, llenan de blanca leche las tetas de la vaca negra é impiden que durante la noche se pierda, ó la conducen, si se ha perdido, al fondo de las cavernas.

Á los asvins suceden las albas con su carro tirado por vacas rosadas, uncidas sólo por el pensamiento del conductor. Estas auroras siempre bellas son las que han engendrado el mundo por medio de la luz, y las que todo lo adornan, como el guerrero adorna su armadura. Llenas de encanto, suben por el cielo, se elevan y engrandecen; abren sonriendo las puertas de la luz y dispersan la muchedumbre de los rayos por todas las praderas. Las tinieblas huyen ante ellas, como si fuesen sus

cazadoras, y las aves y los cuadrúpedos siguen sus pasos. ¡Levantaos! el espíritu de la vida ha llegado. *¡Exsurgite! vitalis spiritus advenit.* La aurora ha prestado su conciencia á los espíritus, y ha traído las palabras sinceras, descubierto las faltas ocultas y revelado el mundo como un tesoro escondido.

Las albas eternas desaparecen á su vez, huyen las estrellas como ladrones, y al fin, la luz sin velos, el sol, el día de Oriente, Indra, que presta forma á cuanto carece de ella, el viajero celeste, el arquero nómada, el de la cabellera de oro, vence á las tinieblas, y las sepulta en su mismo esplendor. Remóntase luego á lo más alto del cielo, precedido del ejército de los rayos increados, de los reyes del aire, de los ángeles indios y de sus caballos de flancos rojos, pies blancos y frente armada de flechas, purificados ya por el rocío. Su alimento consiste en los jugos y primicias de la Naturaleza; las plegarias afluyen á su seno, como las aguas al lago; todo ante él palidece, de modo que en presencia suya no es posible dirigir á ningún otro cántico de alabanza; en él está la única fuerza y la única sabiduría, y más grande que el cielo y más grande que la tierra, él es quien ha abierto las simas de las montañas, puesto los fundamentos del espacio celeste, creado la luz de las luces, revelado el mundo, glorificado á Dios y consumado la primera revelación.

Tal es el Jehová de los patriarcas indios, que

se destaca del seno de las auroras, como Jehová de en medio de los Elohim sobre la montaña santa (1). Su voz resuena en el trueno é impulsa delante de él las nubes como ejércitos. Hasta se cree oír algunas veces el acento de los cánticos de Moisés ó de los más antiguos salmos: «Yo cantaré la victoria de Indra, el que ayer ha empuñado el arco, y ha herido á Ahin, y ha dividido las ondas, y ha deshecho la primera de todas las nubes.» La lluvia, tan preciosa para las tribus de pastores, es el efecto de su victoria sobre el genio enemigo que envenena la hierba de los pastos. Indra aguza sus saetas, como el toro sus astas, y persigue con las flechas de su aljaba al Dios devorador y esquilador, desatando en las cataratas del cielo las mugientes aguas como las vacas en el establo. Así aparece el Sabaoth indio, debido quizás al espectáculo frecuente de la tormenta sobre las montañas del Asia, asociado á la idea de combate, rodeado de sus falanges celestes y lanzando á torrentes las nubes desgarradas el demonio de la lluvia de aquel culto de pastores.

La semejanza entre Indra y Jehová proviene sobre todo de la superioridad con que uno y otro aparecen respecto de la creación. Como el círculo de la rueda del carro contiene los radios, de la misma manera abraza Indra el recinto de aquel universo, extendiéndose más allá del clamor de los

(1) *Génesis*, caps. II, XI, XIII y XXXI.

hombres, más allá de los ríos, más allá de los montes, más allá de toda criatura. Él ha hecho la tierra como imagen de su poder; él envuelve con su inmensidad el aire, el éter y el cielo; él únicamente es quien ha creado las cosas que fuera de él existen. Vemos, pues, cuán poco difiere este lenguaje del de la Biblia. Y es que en estos primitivos orígenes se revela la unidad del Dios de los patriarcas, y no parece sino que vemos confundirse en el principio de la historia, en el esplendor del hogar de Abraham, los cultos que más tarde se han dividido y separado, como la palabra humana. Siéntese en esos himnos, con la sencillez grosera de la vida de pastores, la frescura del rocío del primer día del mundo, antes que por ninguna criatura humana hubiera sido hollado ni secado por las horas y los pensamientos abrasadores, respirándose en ellos el aire poderoso de las cimas de la tierra. Una sublimidad natural se comunica á todo y todo lo engrandece, de tal modo que no parece posible que aspiraciones semejantes nacieran en tierras llanas y bajas. La rareza de los objetos, su magnificencia, su monotonía misma, la inmensidad del horizonte, una perspectiva maravillosa, la tormenta, el sol levante, el fuego, los rebaños dispersos por las vastas praderas en los confines de las regiones templadas, el silencio, ó la ausencia más bien, de la sociedad civil, todo reproduce la impresión de las primeras baladas de los primitivos pastores ó armellis en las pendientes de los Alpes indios,

donde la sociedad, la lengua y la poesía parecen todavía como amamantadas con leche. En medio de ese espectáculo, el pensamiento que más nos hiere, y que con mayor insistencia acude á nosotros, es el de la comunión del género humano en el seno de la luz indefectible, y las tribus nómadas no parecen sostener entre sí otra sociedad que esta impresión común de la misma aurora que á todas comunica en un mismo instante la misma luz interior. Esa aurora representa también el lazo entre los vivos y los muertos: «Los que han visto la aurora de ayer, murieron; nosotros la vemos hoy: morirán también los que han de verla mañana.» Así, los pueblos, las familias apartadas y las generaciones, se sentían vivir con una vida común, alimentada por un mismo rayo. La misma alba, la misma alma, la misma humanidad: tal fué la primera alianza. Añadamos que la lengua de aquellos himnos, mezcla de caridad y de dulzura como el sol sobre el rocío, parece la lengua humedecida de la aurora, y lo que acaba de confirmar el sentimiento de la comunión de todos los hombres en aquel primer culto, es la facilidad de reconocer en el fondo de esta lengua patriarcal los términos principales de nuestras lenguas modernas, como otras tantas perlas en el fondo de un mar transparente.

Pero la sublimidad de Indra no excluye por otra parte los hábitos de la vida de los pastores. Así, á la magnificencia de aquella teología de la

Naturaleza se junta la liturgia de un pueblo infante todavía, y aquel mismo Dios, á quien algunos rasgos han colocado al lado del de la Biblia, se halla aún envuelto en el pesebre entre las mantillas de los pastores, regocijándose en el fondo del corazón humano, como la vaca en las praderas. Es más; cuando más grande quiere aparecer, no es el rey soberano de los pueblos, sino un Dios patriarcal todavía, padre de la familia y de la tribu. Sufre hambre y sed, una sed eterna en su cielo abrasador, y se le tiene propicio principalmente con la promesa de un abundante licor. Convidale el pastor familiarmente á su ofrenda diaria de leche, manteca y miel, y él se sienta cerca del hogar, mientras que sus alados caballos son llevados al abrevadero, á menos que el rocío de las noches haya apagado ya algún tanto su sed, y los torrentes, los ríos y los lagos ofrecidole una libación en la copa del mundo, ó á menos también que él mismo con sus ardientes labios haya chupado y exprimido las húmedas ramas de los bosques; aun cuando cada vez más insaciable, no deja por eso de apurar los brebajes conservados en los vasos, como si sólo hubiese hecho el mundo para alimento suyo. La idea del cielo abrasado, de aquel Dios eternamente insaciable en los desiertos del firmamento, unida á la del hambre natural en aquellas tribus, siempre inquietas y preocupadas en buscar su alimento, á la manera de las aves de rapaña: he aquí la primera causa de la libación de la ofrenda y del

sacrificio, donde no parece descubrirse ningún fundamento místico, al menos por lo que respecta á aquella edad. En su propia inmortalidad, ellos mismos no tenían otro deseo que el alimento del Dios.

Á aquellos festines dados por los patriarcas al primer Dios, siguense, en efecto, muy pronto oraciones interesadas, en que le piden todo cuanto conviene á su vida de pastores, como la salud del cuerpo, armas, domicilio (recordemos que son nómadas), alimento seguro, lluvia, una fuente, hierba alta en hermosa pradera, caminos fáciles en sus emigraciones, caballos ligeros, vacas ricas en leche, abrigo contra las bestias feroces, remedio contra la primera herida del alma, que devora su presa como el lobo al tímido ciervo, á veces un pensamiento santo ó una meditación fecunda, y últimamente, volviendo en seguida á su primer tema, la prosperidad de la tribu, la salud de los carneros, de las ovejas, de los hombres, de las mujeres, de las vacas, y una larga vida sobre todo. «Déjanos gozar toda nuestra vida»: he aquí el grito de aquellos primeros hombres, que nunca se saciaban de vivir. «No la cortes á lo mejor, pues que después de haber causado la vejez de nuestros cuerpos, tú, oh señor, nos has dado hijos que nos alimenten.» Este deseo de una larga vida constituye también uno de los rasgos que asimilan los patriarcas indios á los hebreos. El mundo civil comienza por una asamblea de ancianos, del mismo modo que la tierra, nueva todavía, aparece ya car-

gada de encinas centenarias. ¿Dónde está en todo esto el ascetismo y el espíritu de expiación y sacrificio que ha de llegar á ser más tarde el principio religioso del Oriente en general y de la India en particular?

Aunque al parecer pertenecen todos esos himnos á una misma antigüedad, creemos, no obstante, distinguir en ellos señales de muy diversas edades, y esperamos que el mismo espíritu crítico que Ewald ha aplicado en nuestros días á los Salmos, sea también más tarde aplicado á los Vedas. Y desde luego, en aquellas religiones agrestes vemos ya apuntar las religiones sabias que han de sucederles; dioses apenas esbozados (1), dinastías sagradas que acaban de brotar en el cáliz de las flores, fantasmas de lo infinito, primeros gérmenes de la teogonía india y hasta una trinidad naciente, revelada en las tres cabezas de Indra, y también en las tres ruedas del carro de los Asvins, en los tres sitios que en el hogar tienen reservados, en sus tres altares que corresponden á los tres mundos, en sus tres visitas nocturnas y diurnas y en las tres veces que rocían con miel el sacrificio. Obsérvase también que el hombre, acabado de nacer y sin saber buscar todavía su alimento, pide ya y suplica el alimento de su alma, confundiendo y mezclando incesantemente, en medio de aquella semiluz y crepúsculo de su inteligencia, la materia

(1) *Brahma, Krishna y Vishnu.*

y el espíritu, y dejando volar sus pensamientos en pos de la felicidad esperada, como los polluelos van hacia el nido. Unidad de Dios, politeísmo, panteísmo, todo se halla contenido á la vez en aquel primer culto, del mismo modo que el niño, al abrir sus ojos, sólo ve al pronto un solo ser que los comprende todos. Y he aquí por qué aquellos cantos de pastores nómadas han sido luego el libro sagrado por excelencia, el principio de la liturgia y de la civilización india, representando respecto de esta sociedad, cuya alma encierran, lo que los cánticos de Moisés y Débora respecto de la sociedad hebrea. Tradición, ley, costumbres, instituciones, todo descansa en ellos, de modo que á pesar de la sencillez que allí presenta la vida, cada época va desviándoles de su natural sentido para sacar una significación cada vez más espiritual y mística, hasta hacerles aparecer como conteniendo la ciencia suprema, ó como la obra laboriosa y metafísica del sacerdocio, según más de un escritor de Occidente les considera. Así es, por ejemplo, como tal canto de pastor de la Biblia, hecho para suplicar una fuente ó la Huvia, transformado luego por la teología de la Edad Media, ha venido á ser nada menos que el emblema espiritual de la nueva alianza. El pastor ha sido sustituido por el doctor.

Si el culto de los Vedas ofrece notables semejanzas con el de los hebreos, es casi idéntico al de los persas, presentando la misma imagen de un Dios luchador y guerrero, para quien la creación

es como el fruto de la victoria; la misma luz que inunda la cuna de todos los pueblos, el mismo hogar sagrado, los mismos himnos, hasta los mismos nombres y palabras litúrgicas, que son frecuentemente idénticas en los Vedas y en el Zend-Avesta. Y aun debemos añadir que la actividad, la energía y el genio nómada y guerrero de estos primeros dioses indios, si se les compara sobre todo con los que les sucedieron, muestran asimismo elocuentemente que son los dioses de un pueblo montaraz, pastor y guerrero á un tiempo. Sólo á intervalos, á la manera del pesado soplo del aire de las llanuras, déjase sentir algún acento lánguido y enervante entre los agrestes acentos de sus cánticos. «Séannos suaves los vientos; muéstrense llenos de dulzura la noche, el crepúsculo, el cielo, el aire, el rey de las plantas, el sol y los rebaños.» Pero este tono es realmente tan nuevo, que sólo un cambio de lugar pudo producir tales cambios en los instintos. Los pastores, los *armellis* indios descienden, en efecto, de sus altas mesetas hacia los hondos valles. A Indra va á suceder Brahma. El primero, luchando siempre y siempre en actividad, era el Dios de los pastores nómadas que respiraban la poderosa vida de las montañas; el segundo es el Dios de un pueblo establecido en el fondo de los valles, y al que convidan al placer los suaves perfumes de los neúfares brotados en las orillas de los golfos de Gollonda y de Bengala.

Resulta, pues, mostrado en cuanto queda ex-

puesto que la primera revelación del Oriente, de esa tierra del sol, se resume en la idea de la luz. El primer rayo que rasgó las nubes despertó á la humanidad, barro recién amasado en el caos del mundo civil. Aquella luz tan clara, aquel resplandor luminoso, consagra y corona en un mismo instante todas las altas cumbres, de modo que cuando el fondo de los valles yace aún en la sombra, ya ella ha revelado la tierra por las cimas, la sociedad por los dioses, la India por el Himalaya, la Judea por el Sinaí, la Persia por el Tauro, la Jonia por el Ida, la Grecia por el Olimpo. La misma aurora, conmoviendo á la vez como un Memnón sonoro á todos los pueblos nacientes, brota á un tiempo y surge del seno inflamado de Ormuzd, de Osiris y de Apolo, y por todas partes la tierra amorosa responde á la primera mirada del cielo, sembrando el rocío de los himnos. Á los cánticos de las tribus de Abraham, exhalados bajo el cielo azul de la Caldea, únense las plegarias de los indios y de los persas, mientras que á lo lejos, allá en el Occidente, los alegres sonidos de las flautas de la Grecia, acompañando los himnos de Homero, responden, entre el primer murmullo de los bosques, á los aullidos de los lobos y á los rugidos de los leones. Una misma revelación se exhala para todos los pueblos del seno de las auroras inmutables en el cielo inmutable del Asia. El sol es el ojo de Mithra en los Vedas, el ojo de Ormuzd en el Zend-Avesta, el ojo de Júpiter en los Órficos y en Sófoeles, y en todas partes

es el héroe, el arquero que lanza sus tiros al blanco. Los dioses fraternizan en la cuna, ó más bien, es un mismo Dios el que á todos se manifiesta, sobre las altas cumbres, en la zarza ardiendo. Los Elohim de los hebreos, los principes del cielo de la Caldea, los querubines que con la espada de fuego guardan los umbrales del eterno azul, los ángeles radiantes de los persas, distingüense apenas de la familia de los albas indios, de esos reyes del aire que traen con el himno matinal las puras contemplaciones. Indra y Jehová habitan asiurismo, más allá de toda inmensidad, la misma morada, y es la luz su vestidura, su mensajera, su mansión, su palabra, hasta su mismo ser, de modo que uno y otro se confunden, hacia los confines del éter, por encima de la muchedumbre de los patriarcas desvanecidos y prosternados, en el seno de una misma unidad, en el mismo torrente increado de esplendor y de vida.

¡Perfume del mundo naciente, rocío aun no violado, primicias de los días nuevos, montaña santa, de donde los santos himnos emanan! ¿Dónde estáis? ¿Qué camino conduce hasta vosotros? ¡Blancura incorruptible, alba sagrada, luz de las luces! yo os llamo, como nuestros padres os llamaban. Ellos contemplaron vuestro brillo; yo sólo veré vuestra sombra! ¡Levántate en mi corazón, Aurora divina! ¡apresúrate! las horas pasan; la muerte se aproxima; la inmensa noche me rodea.

II

El génesis indio.—La revelación del infinito por el Océano

Siglos oscuros pasaron; el Dios naciente ha envejecido; el primer culto va á desaparecer. Llamado todos los días por los antiguos himnos, el sol, fiel hierofanta, ha conducido sin cesar las procesiones de los astros nómadas por los caminos del éter, y sin embargo, todo ha cambiado de aspecto. La vida patriarcal desaparece, y cansados al fin de andar errantes, detiéndense los pueblos en la morada que han elegido. Ya no hay pastores sin domicilio, vagando á través de interminables praderas, sino reinos formados por la unidad de creencias, reyes consagrados en estos Estados fijos, Nemrods indios que conquistaron la tierra para entregársela á los sacerdotes; solitarios y ascetas que (¡quién lo creería!) en el fondo de los bosques aun conmovidos por el ruido del carro de los vientos, muéstranse ya enojados de la figura de aquel mundo, apenas vislumbrado, y retirados por tanto en el fondo de aquellas Tebaidas primitivas; anacoretas, hijos del caos, que parecen contemplar su

es el héroe, el arquero que lanza sus tiros al blanco. Los dioses fraternizan en la cuna, ó más bien, es un mismo Dios el que á todos se manifiesta, sobre las altas cumbres, en la zarza ardiendo. Los Elohim de los hebreos, los principes del cielo de la Caldea, los querubines que con la espada de fuego guardan los umbrales del eterno azul, los ángeles radiantes de los persas, distingüense apenas de la familia de los albas indios, de esos reyes del aire que traen con el himno matinal las puras contemplaciones. Indra y Jehová habitan asiurismo, más allá de toda inmensidad, la misma morada, y es la luz su vestidura, su mensajera, su mansión, su palabra, hasta su mismo ser, de modo que uno y otro se confunden, hacia los confines del éter, por encima de la muchedumbre de los patriarcas desvanecidos y prosternados, en el seno de una misma unidad, en el mismo torrente increado de esplendor y de vida.

¡Perfume del mundo naciente, rocío aun no violado, primicias de los días nuevos, montaña santa, de donde los santos himnos emanan! ¿Dónde estáis? ¿Qué camino conduce hasta vosotros? ¡Blancura incorruptible, alba sagrada, luz de las luces! yo os llamo, como nuestros padres os llamaban. Ellos contemplaron vuestro brillo; yo sólo veré vuestra sombra! ¡Levántate en mi corazón, Aurora divina! ¡apresúrate! las horas pasan; la muerte se aproxima; la inmensa noche me rodea.

II

El génesis indio.—La revelación del infinito por el Océano

Siglos oscuros pasaron; el Dios naciente ha envejecido; el primer culto va á desaparecer. Llamado todos los días por los antiguos himnos, el sol, fiel hierofanta, ha conducido sin cesar las procesiones de los astros nómadas por los caminos del éter, y sin embargo, todo ha cambiado de aspecto. La vida patriarcal desaparece, y cansados al fin de andar errantes, detiéndense los pueblos en la morada que han elegido. Ya no hay pastores sin domicilio, vagando á través de interminables praderas, sino reinos formados por la unidad de creencias, reyes consagrados en estos Estados fijos, Nemrods indios que conquistaron la tierra para entregársela á los sacerdotes; solitarios y ascetas que (¡quién lo creería!) en el fondo de los bosques aun conmovidos por el ruido del carro de los vientos, muéstranse ya enojados de la figura de aquel mundo, apenas vislumbrado, y retirados por tanto en el fondo de aquellas Tebaidas primitivas; anacoretas, hijos del caos, que parecen contemplar su

último trabajo; el sacrificio del caballo de las razas guerreras, en vez del sacrificio completamente pastoril de la leche, la manteca y la miel; poco después, y casi sin transición, el sacrificio místico del hombre interior por el sacerdocio; el Dios de los pastores, en fin, eclipsado, absorbido y reemplazado por el Dios de los sacerdotes, sacrificador y víctima á un mismo tiempo: tal es la revolución que acaba de consumarse. ¿Qué cambios la han preparado? Preciso es hacer constar, antes de entrar en esta cuestión, que si bien los monumentos que acerca de ella existen son auténticos, los orígenes son casi un misterio, porque el genio del Oriente, ya por el deseo de rodearlos de prestigio, ya por impotencia real de distinguir épocas en un pasado demasiado uniforme, gusta siempre de atribuir igual antigüedad á todos los cambios religiosos. Así es que los Vedas comprenden bajo el mismo título la época de los patriarcas y la de los teólogos, del mismo modo que la Biblia confunde en el *Pentateuco* las tradiciones de Moisés con las de los levitas.

Después del asombro causado por la creación, era natural que naciese la necesidad de explicarla. Entonces el sistema reemplaza al himno, el precepto á la plegaria, y el culto del pastor es expresado, interpretado y transfigurado por el sacerdote, convirtiéndose lo que era instinto y poesía en el uno en reflexión y doctrina en el otro. El hombre, ese sofista supremo, disgustado ya de la

sencilla ingenuidad de sus padres y pensando que tan simples creencias no bastaban á llenar su ambición, comienza á enojarse de su pasado, y ya que de él no puede renegar, lo transforma. Su afán consiste entonces en refinar y pulir el nombre y la naturaleza del Dios de los patriarcas, convirtiendo el hambre y la sed que atormentaban al pastor en sed del espíritu y hambre de la inteligencia, y el alimento grosero, de que tan ávido se mostraba, en el fruto de las buenas obras. Para conciliar sus creencias de ayer con su nueva ciencia, extiende incesantemente el sentido natural por medio del sentido místico, deja de sentir para meditar, y gracias al don de una nativa sutileza, comienza á encadenar la vida humana, eliminando contradicciones y sustituyendo la letra por el espíritu. He aquí el origen de la doctrina incommunicable de todos los sacerdocios.

Al ver cómo en las religiones sucede á los dioses hambrientos de la época precedente el dogma del ascetismo, y cómo la tierra se divide entre ermitaños, ascetas y cenobitas, que buscan inaccesibles retiros para mejor desprenderse de la naturaleza misma, no parece sino que el hombre, al entrar en el mundo, espantado del don de la vida, la rechaza y aspira á huir más allá del caos, para concentrarse y engolfarse en el espíritu increado, abriendo, apenas nacido, un mundo de abstracciones y sumergiéndose, como un Aquiles niño, en las aguas de una Estigia espiritual. Y es tal y tan ex-

tremada desde la cuna esta metafísica y sutileza, que no habría modo de prestarle fe, si por una parte no excluyesen toda duda los monumentos escritos y no presentasen por otra un carácter semejante casi todas las sociedades en sus orígenes, pues precisamente las primeras cuestiones que la humanidad se propuso fueron las más grandes y difíciles, las que todavía hoy producen más ruido en el mundo. ¿De dónde ha salido este universo, que nos ha precedido un día? ¿Por dónde ha empezado la creación? ¿De dónde procede? ¿Adónde va? ¿Quién ha hecho la luz? ¿Quién ha hecho la noche? Estupor, asombro, inextinguible curiosidad, que casi en los mismos términos se encuentran en el principio de los Vedas de la India, del Zend-Avesta de los medos, de los Eddas, de los escandinavos. El hombre, sacado de la nada, se vuelve, mira hacia atrás, y ve sobre la faz de la Naturaleza desierta la huella de un Dios desaparecido, espectáculo ante el cual se agita y se turba, y siéntese arrastrado á buscar á aquel ser en lo invisible.

Pero si las dos épocas de aquellos primeros cultos se distinguen tan claramente como el instinto y la reflexión, las encontramos también indicadas en la India por rasgos especiales. Los lugares han variado; una escena nueva se abre para un Dios nuevo; desaparecieron ya las estepas y sitios elevados, donde el agua, demasiado escasa, faltaba casi siempre á los rebaños; donde el descubrimiento de

una fuente ó la posesión de una cisterna constituían un suceso digno de ser celebrado por los himnos, y donde una sed abrasadora atormentaba sin cesar al pastor y al Dios. En su lugar la imagen eterna de las olas extiéndese por todas partes, anunciando evidentemente un cambio de morada, y que el pueblo de los patriarcas ha descendido de los montes. El mar inmenso dilátase por vez primera ante la mirada del hombre, que bebe con ojos ávidos el espacio sin límites, y á la revelación por la luz en las altas cimas se añade ahora la revelación de lo infinito por el Océano en las orillas de los golfos. El mar primitivo aun no profanado por el remo; un desierto viviente, ni jamás mancillado ni nunca recorrido por viajero alguno; un cielo terrestre que se confunde más allá del horizonte con el éter incorruptible; un Ser inconmensurable, cuyo aliento gigantesco sucesivamente murmura, calla, vuela, se inquieta, se calma, adormécese y parece crear todo género de sueños: ¡qué misterio tan nuevo! ¡qué mensajero tan extraño del Creador! ¡qué fuente tan inagotable de formas, signos y emblemas divinos! ¿Cómo esta inmensidad perezosa, compuesta de cielo y tierra, mitad dormida y mitad despierta, sobre sí misma recostada, siempre antigua, siempre renovada, y cuya forma no es sino ilusión, vaguedad, olas, espuma, burbujas de agua, no había de ser revelación de una figura nueva de lo infinito? El nuevo Dios nace, en efecto, de su seno, y todas las armonías

de Brahma no son otra cosa sino las armonías mismas del Océano, hasta el punto de que él mismo se apellida el primogénito de las aguas (1), donde flota desde toda la eternidad sobre el cáliz húmedo de un loto, siendo sus ojos semejantes á la ninfa. Alma y perfume del Océano, vuela su palabra, exhalada desde en medio del mar sin orillas, como vuela la brisa, y es recogida al principio por tres solitarios hijos de las aguas, mientras que su pensamiento se balancea sobre las olas eternamente pacíficas, como una ilusión flotante ó eterna sirena, y el huevo del mundo sobrenada como el nido de un invisible alción. Estas armonías se nos presentan más notables aún si las comparamos con las del culto anterior, pues en la primera revelación el infinito brotaba y resplandecía rápido como el rayo de la aurora, y activo, diligente é instantáneo como el espíritu de la luz, mientras que en la segunda el húmedo Dios de las olas tiene, por decirlo así, el natural indolente del océano de Golconda, y muy lejos de sentirse devorado por la sed de Indra, bástase á sí mismo, siempre colmado, siempre harto, principio de todo y mezclado con todo, como la sal con el agua marina.

Este carácter tan original acaba de mostrarse y desarrollarse en el cuadro de la creación, que

(1) Narayana.—Mi origen está en las aguas. (Colebrooke, 33, 48, 75.) Su corazón está en medio de las aguas (pág. 139, etcétera).

nace de un sueño de lo infinito al murmurar de las eternas olas. Levántanse entonces los pensamientos de esa grande alma del océano inteligible, ruedan y se enlazan unos con otros, mientras el espíritu de las aguas, sin actividad ni voluntad, desfallecido por una languidez infinita, quédase medio despierto, abre sus dulces ojos de loto á la luz, y en esta primera mirada lanzada sobre sí mismo, produce todos los tipos del universo visible, hasta que, hundido de nuevo en profundo sueño, vuelve á desfallecer y el universo se deshace y cae otra vez en la nada. He aquí cómo el gran cenobita, el padre de los espíritus, por una contemplación íntima, á la manera de un sacerdote en su ermita y en medio de abluciones produce de dentro afuera el mundo de los cuerpos en los espacios del alma. ¡Cuán diferente del Dios de la Biblia, sacando la creación de la nada, como un emir en el desierto llama á su servidor en la entrada de su tienda! Nada hay, en efecto, del *fiat lux* en el génesis indio, y Jehová, que tanta semejanza tiene con Indra, el Dios espontáneo de la luz, no presenta con Brahma la más lejana, pues el genio indio tiende sobre todo á mostrar la meditación del Solitario de los mundos antes de haber producido su obra. Esta conversación del infinito consigo mismo, monólogo del espíritu en el abismo increado, palabra de la inteligencia pura en medio del silencio del no ser, abre aquel génesis de cenobitas que se anticipa un día al *Génesis* de Moisés, y en el cual

asistimos á las deliberaciones del autor de las cosas y creemos oír la última vibración de la eternidad en los umbrales del tiempo, eco de la voz que ha precedido al mundo.

«En el principio no había ser ni no ser, ni cielo ni tierra; nadie se hallaba contenido en la felicidad de nadie; no existían ni el agua profunda ni el abismo; tampoco existía la muerte, ni existía la inmortalidad. Pero Él vivía sin respirar, solo consigo mismo.»

Esta soledad infinita es seguida de una infinita tristeza y como de la primera pasión del Eterno, que se interroga á sí propio: «¿Quién soy yo?» Nadie, empero, le responde, y entonces apodérase de él un horror sublime al verse solo y perdido, sin compañero, más allá de los límites de toda vida, en el abismo del éter.

«Mirando en torno suyo, nada vió el Espiritu más que á sí mismo; tuvo miedo; por esto el hombre tiene hoy miedo cuando se halla solo. Entonces pensó: «Nada existe fuera de mí; ¿por qué temo?...» Y aquel terror alejóse de él; pero no sintió ninguna alegría; por esto el hombre está triste cuando está solo.»

Al terror sucede el deseo. El gran Solitario, el asceta por excelencia, anhela otra existencia que la suya propia, y aquel deseo, apenas nacido, se convierte en el germen de las cosas. El Dios se hace hombre bajo la figura del mundo, el sol es su mirada, los vientos su soplo, los rayos su cabelle-

ra, la tierra sus pies, los santos libros abiertos su palabra. Primera encarnación.

De este modo llena con su ser el no ser, y para colmar su propia soledad, recorre todos los grados de la existencia, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño. Siempre deseando, siempre sustrayéndose á sus propias exigencias, forma con su propia substancia cada par de criaturas, desde el elefante hasta las hormigas y los más pequeños insectos, y cuanto más hondo cae, más se esfuerza en levantarse, en encontrarse, en rehacerse otra vez, todo entero, en la unidad del espíritu increado. Primera idea de la caída original. Pero para producirse en el mundo visible, él ha debido además dividirse y limitarse. Aquel Océano sin límites se ha dado á sí mismo orillas; aquel corcel celeste se ha puesto un freno; aquella alma sin partes se ha partido entre las diversas formas de criaturas, como los miembros de la vaca consagrada sobre el altar de los pastores, y de aquí la idea de que el mundo es un sacrificio permanente del Eterno. El infinito sufre en los límites de lo finito; el Espiritu tiene su pasión en los lazos del cuerpo; el Primitivo de los seres ofrécese á sí mismo en diaria oblación. Primera forma del sacrificio místico, en la que es Dios á la vez el sacrificador y la víctima.

Réstanos ahora ver cómo ese Espiritu, principio de todo, explica la muerte del mismo modo que ha explicado la vida. Más allá y enfrente del Dios

creador hay otro Dios que destruye cuanto el primero hace, y que ha guardado del culto de los patriarcas y guerreros el sentimiento del hambre y de la sed. Armado de dientes formidables, este Saturno indio aliméntase de sí mismo y devora cuanto produce. Por él las hojas se secan, la juventud se torna en vejez, los ríos son tragados por el mar, el año agotado acaba su carrera en el otoño, y de tal manera lo destruye todo, que si quedase entregado á sus propios instintos, muy pronto el mundo sería aniquilado. Mas surge entonces del mismo infinito una tercera persona, y ésta constituye el Dios reparador y mediador, que se transforma incesantemente para restablecerlo todo, á medida que el Dios de la muerte se transforma también para todo aniquilarlo.

Resultan, pues, tres formas de la existencia universal, creación, destrucción y renacimiento, representadas por tres personas del mismo ser: en la India, por Brahma, Siva y Vichnu; en el Egipto por Osiris, Tifón y Orus; en Persia por Ormuzd, Arhimanés y Mithra; en Occidente por Urano, Saturno y Júpiter: tres dinastías soberanas, que son en todas partes emblemas de la misma naturaleza eternamente antigua, eternamente muriendo, eternamente renaciendo. Primera forma de la trinidad. He aquí el trípode sobre que descansan todas las religiones de la antigüedad. Esta división se repite igualmente entre los modernos, creando Jehová el mundo de los sentidos,

aboliéndole Cristo y restaurándole, ya explicado, el Espíritu.

Encarnación, caída, sacrificio de Dios, trinidad: tales son, en efecto, los vestigios de aquel cristianismo primitivo, que conservados en rasgos admirables en el antiguo culto de la India, se encuentran por todas partes en el corazón del Asia. Por donde se confirma cuanto antes hemos dicho y anticipado, es á saber: que el Evangelio no fué sólo profetizado por la Biblia, sino que se encuentra también anunciado, preparado y figurado en el Antiguo Testamento, tanto de los hebreos como de la humanidad entera. De este modo se halla envuelto en el primitivo germen, sembrado en los surcos del abismo, el árbol espiritual que hoy da sombra al mundo. Para nosotros la vida religiosa, como la vida orgánica, se dilata en una sucesión indefinida de formas, que se contienen, engendran y anuncian unas á otras. Más allá del sacrificio del Evangelio, se percibe otro sacrificio; más allá del Calvario de Judea, un calvario más lejano; más allá de los profetas de la Antigua Alianza, otros profetas más antiguos, y más allá, en los últimos confines de la tradición, los patriarcas ya colmados de días, que reciben sobre el primer Tabor el primer Testamento del Eterno.

En resumen, el rasgo dominante y casi exclusivo de esta primera filosofía religiosa es el sentimiento del Ser, uno, soberano é inalienable, del que todo emana, y que está constituido por tres

personas divinas, ya reunidas ó separadas; inmensa afirmación de la vida universal, que por ningún otro pueblo fué nunca tan solemnemente proclamada. Esta conciencia profunda del Ser en sí, del absoluto é infinito, es la primera piedra en la fundación de la sociedad civil, siendo por tanto otra vez resuelta aquí la cuestión de saber por dónde debe comenzar la historia de las religiones. En el origen de las revoluciones humanas, la India es quien mejor que nadie realizó lo que pudiéramos llamar *declaración de los derechos* del Ser, indicando de este modo su verdadera función en la historia, pues que todos los dogmas no vienen á ser sino una consecuencia de aquel primer *credo* de la humanidad en la vida infinita. No conocemos culto alguno en la antigüedad que no se halle implícitamente contenido en esta profesión de fe que hace Dios ante sí mismo:

«Nada es más grande que yo. Como las perlas están suspendidas de los collares, así están los seres pendientes de mí. Yo soy la luz en el sol, la oración en los labios sagrados, el perfume en las flores, el brillo en la luz, la vida en todas las cosas y la eterna simiente del universo. Soy el Espíritu de la creación, su principio, su medio y su fin. Entre las especies soy la más noble; entre los astros soy el sol; entre los elementos, el fuego; entre los montes, el Himalaya; entre las aguas, el Océano; entre los ríos, el Ganges; entre las serpientes, la eterna serpiente que se anuda alrededor del mun-

do; entre los caballos, el que ha nacido de la espuma del mar; entre los conductores de carros, el que conduce los coros celestes; entre las palabras, la palabra divina» (1).

Este Yo divino, esta sociedad de lo infinito consigo mismo, es evidentemente el fundamento y raíz de toda vida, de toda historia, de toda religión, de toda sociedad particular; esa conciencia del eterno es verdaderamente la plenitud de la duración, más allá de la cual no es posible pasar sin caer en el vacío. Y como esta unidad suprema lo absorbe todo, la pluralidad de dioses, que duermen mezclados y confundidos en el seno misterioso de la grande alma, no existe todavía, pues el hombre, suspendido sobre el Océano del Ser, no ha visto aún surgir del fondo de las olas aquel pueblo de fantasmas, sirenas y avatars. La Venus india no ha nacido todavía de la espuma de las olas del golfo de Bengala; sólo el espíritu ha rozado hasta ahora su superficie. ¿Cómo aquel abismo de idealidad será poblado con las formas de la mitología? ¿Cómo de la unidad nacerá el politeísmo? ¿Cómo el eterno Solitario adquirirá por cortejo la turba radiante de las divinidades corporales que van á llenar muy pronto la imaginación de la India? ¿Dónde están al presente aquellos dioses infantiles, que na-

(1) *Bhagavad-Gita*. (Véase la versión española del señor Roviralta.—R. Maynadé, Barcelona, Biblioteca Orientalista.)
—(N. del T.)—

cidos de vírgenes y adornados de turbantes y pederías, van á despertarse bajo las alas de pájaros estremecidos al primer soplo de la mañana? He aquí una nueva época en el génesis de las religiones. El inmenso lecho de las aguas, que encerraba en su cáliz la primera alma de las cosas, se ha abierto y extendido al sol de los patriarcas, y sus semillas, dispersadas por los vientos, han hecho germinar dioses por todas partes. La oleada del Ser se precipita desde su fuente; la vida se divide; la abstracción se personifica; el pasado comienza á acumularse, y puede ya ser narrado. Ya es tiempo, en efecto, de reemplazar el himno por la narración, los Vedas por las epopeyas, el Orfeo de la India por su Homero.

III

La religión india en sus relaciones con la poesía épica

Una de las funciones vitales de la sociedad consiste en ir descubriendo, unas en pos de otras, las riquezas del pasado, á medida que va ampliando y perfeccionando su desarrollo. Un mismo siglo no ha visto reaparecer á la vez todos los esplendores de la antigüedad, antorchas que sólo sucesivamente y por grados han ido encendiéndose. Desde el momento en que la Edad Media debe salir de su noche, comienza ya Virgilio á despertarse con el genio latino, convirtiéndose en el institutor de la Italia moderna y en guía del Dante que abre las puertas del porvenir. Más tarde, cuando esta fuerza se debilita y el siglo desfallecido tiene necesidad de un segundo impulso, es Homero quien, viniendo de Constantinopla y rodeado del cortejo de los oradores y poetas griegos, sale del olvido, acaba de disipar ante su soplo la Edad Media y crea el Renacimiento. También los grandes hombres modernos obscurécense á veces al día siguiente de su aparición, y quedan como si nunca hubiesen exis-

cidos de vírgenes y adornados de turbantes y pederías, van á despertarse bajo las alas de pájaros estremecidos al primer soplo de la mañana? He aquí una nueva época en el génesis de las religiones. El inmenso lecho de las aguas, que encerraba en su cáliz la primera alma de las cosas, se ha abierto y extendido al sol de los patriarcas, y sus semillas, dispersadas por los vientos, han hecho germinar dioses por todas partes. La oleada del Ser se precipita desde su fuente; la vida se divide; la abstracción se personifica; el pasado comienza á acumularse, y puede ya ser narrado. Ya es tiempo, en efecto, de reemplazar el himno por la narración, los Vedas por las epopeyas, el Orfeo de la India por su Homero.

III

La religión india en sus relaciones con la poesía épica

Una de las funciones vitales de la sociedad consiste en ir descubriendo, unas en pos de otras, las riquezas del pasado, á medida que va ampliando y perfeccionando su desarrollo. Un mismo siglo no ha visto reaparecer á la vez todos los esplendores de la antigüedad, antorchas que sólo sucesivamente y por grados han ido encendiéndose. Desde el momento en que la Edad Media debe salir de su noche, comienza ya Virgilio á despertarse con el genio latino, convirtiéndose en el institutor de la Italia moderna y en guía del Dante que abre las puertas del porvenir. Más tarde, cuando esta fuerza se debilita y el siglo desfallecido tiene necesidad de un segundo impulso, es Homero quien, viniendo de Constantinopla y rodeado del cortejo de los oradores y poetas griegos, sale del olvido, acaba de disipar ante su soplo la Edad Media y crea el Renacimiento. También los grandes hombres modernos obscurécense á veces al día siguiente de su aparición, y quedan como si nunca hubiesen exis-

tido; pero su acción é influjo, suspendidos un momento, vuelven á renacer bien pronto más poderosos: tal fué Shakespeare que, olvidado completamente por el siglo XVII, viene á resucitar en nuestros días, provocando con su resurrección la resurrección de Alemania. Pueden, pues, todos esos hombres ser considerados como luminosos mensajeros que de tarde en tarde vienen á iniciar la aurora de las grandes jornadas del mundo intelectual. Hoy Europa está cansada—confiésalo ella misma—hasta tal punto, que si recorremos la Alemania, Inglaterra ó Francia, encontraremos por todas partes alentando y viviendo bajo una misma sombra, aunque con apariencias diversas, los espíritus todos, atentos, no al presente, sino á la esperanza de una cosa que no saben cómo nombrar. Virgilio, Homero, Dante y Shakespeare no bastan ya á alimentarlos, necesitando, según ellos mismos dicen, nuevas fuentes de agua viva para humedecernos y refrescarnos en nuestro desierto moral. Mas he aquí que de súbito brota de la roca una ola de inspiración, aun no aprovechada por generación alguna; he aquí que son pronunciados multitud de nombres ignorados hasta entonces; he aquí que quedan descubiertas nuevas lenguas y religiones perdidas y dioses ignorados. Una poesía desconocida, la poesía india, comienza á revelarse, y más allá del Homero griego muéstrase un Homero indio en la extremidad de los tiempos, pues que los críticos más moderados colocan su nacimiento mil

años antes de Jesucristo. Volvámonos, pues, hacia aquel lado y veamos lo que puede ser una *Odissea* y una *Iliada* en las orillas del Ganges. Mas ¿qué es lo que nosotros podemos tener de común con aquel genio á quien el tiempo y el espacio han puesto tan lejos de nuestra existencia? ¿Qué debemos esperar de él para el porvenir? ¿Qué bien ó qué mal nos augura? Virgilio y Homero prestaron parte de su vida al siglo de León X y de Luis XIV. ¿Qué siglo nacerá al soplo de este Homero del golfo de Golconda?

La India, como la Grecia, posee dos epopeyas principales, y bajo los títulos de *Ramayana* y *Mahabharata* tiene también su *Iliada* y su *Odissea*. Y por cierto que si la extensión de las obras constituyese su importancia, ninguna como la literatura india, cuyo más insignificante poema no baja de treinta mil versos, tendría derecho á ocupar el primer puesto. En 1800 fué ya publicada la tercera parte del *Ramayana* en Sérampor, pero el buque que traía uno de los fragmentos de esta preciosa carga naufragó en el trayecto de las Indias á Europa, de modo que sólo pudieron llegar á Inglaterra los tomos I y III. Wilhelm Schlegel, persuadido sin duda de que la cuestión literaria de nuestro tiempo estriba en el renacimiento oriental, ha emprendido desde hace algunos años una edición completa de las dos epopeyas; pero esta publicación no se halla aún terminada, de suerte que en el estado actual de la crítica esas grandes masas poéticas perma-

necen todavía en gran parte desconocidas, como colosos de Tebas sepultados hasta la cabeza en las arenas, y de los cuales sólo las diademas se perciben. Sin embargo, los fragmentos descubiertos bastan para que podamos determinar el género y carácter del conjunto, del mismo modo que los naturalistas recomponen, con la parte de un animal perdido, el todo vivo de donde ha sido separada.

La forma de estas composiciones excluye la idea de un análisis literal. Si tuviéramos que indicar aquí el carácter del poema de Ariosto, sería vano que intentásemos seguir uno á uno todos los pasos de aquel genio caprichoso, pues no bien penetráramos en aquel laberinto encantado, perderíamos el hilo conductor, que muchas veces hasta al mismo poeta se escapa. Pues bien; la marcha vagabunda de Ariosto es un camino derecho y clásico en comparación con la del poeta indio, de modo que si penetrásemos al azar en esa inmensa selva virgen, siguiendo á la ventura todos los senderos al alcance de nuestros ojos, bien pronto quedaríamos perdidos y sin esperanza. No hay mejor manera de explicar la exuberancia de tales poemas que comparándola á la de aquel árbol indio cuyas ramas, al inclinarse y llegar hasta la tierra, se arraigan, dividen y bifurcan por todas partes, y brotan nuevos retoños, los cuales á su vez se convierten en árboles que, ramificándose de nuevo y germinando y reproduciéndose, se multiplican así dondequiera y forman una selva que no es, por de-

cirlo así, más que una sola planta, de donde se exhalan todas las armonías de un mismo continente: frescos perfumes, murmullos y exfoliaciones de la naturaleza de los trópicos. ¿Dónde se hallan el germen y las ramas y el tronco de ese árbol infinito? Pues así cada incidente en aquellas epopeyas tiende á convertirse en un nuevo poema. Si queremos, pues, no perdernos en aquella inmensidad, habremos de imitar á los europeos cuando pretenden establecerse en el seno de las selvas vírgenes de las Grandes Indias, los cuales procuran trazar, al través de ellas, grandes vías rectas, que van á parar á puntos de antemano conocidos y señalados. Siguiendo este procedimiento, estableceremos varias divisiones en el examen de esas epopeyas, aun immaculadas como las sabanas y bosques en que sólo el cóndor y la boa han habitado, y de este modo iremos estudiando las relaciones de tal poesía con su autor, con la religión nacional, con la naturaleza asiática, con las instituciones civiles y con la historia de las Indias en general.

Mas ante todo, debemos conocer cuál ha sido la condición del poeta mismo. Su nombre es Valmiki, y no pasará seguramente nuestro siglo sin que quede inscrito al lado de los de Homero, Dante y Shakespeare, por ser de los que pertenecen á esa raza de hombres que resumen toda una civilización. ¿Cuál fué su vida? ¿Cómo llegó á componer su obra? Son estas cuestiones de hecho resueltas desde la aparición del *Ramayana*, epopeya que,

como la del Dante, pone en escena desde el principio la persona misma del poeta. Retirado á la sombra de una selva sagrada, preparase desde los primeros versos por una larga purificación á recibir la inspiración divina. Todo en él anuncia á un hombre de la casta de los sacerdotes, que purifica su espíritu para hacerlo digno de producir el poema nacional de los indios: su santuario es el fondo de los valles; hace sus abluciones en las aguas divinas del Tomosa; sus discípulos le llevan hasta la orilla del río las religiosas vestiduras, y cuando sale del agua, hállase dispuesto su espíritu sin mancha á reproducir fielmente las imágenes imperecederas que en él quieren imprimir los dioses. ¿Quién no advierte el sentido profundo oculto en este principio? ¿Dónde está el hombre que no tiene necesidad de una ablución interior antes de comenzar su tarea? ¿Dónde aquel que no se haya bañado en las olas de los dolores humanos antes de recibir, según la expresión oriental, la segunda vida, la vida de la inspiración? ¿Dónde el filósofo ó el artista que no haya, al menos una vez, lavado el polvo de sus sueños en las orillas de lagos inmaculados y refrescado su frente en el abismo insondable? Todo poeta, antes de comenzar su obra, recógese un momento en el secreto de los bosques ó en el secreto de su corazón: Byron, en el mar de las Cycladas, lejos de los ruidos de Inglaterra; Chateaubriand, en los bosques de la América del Norte; Camoens, en la soledad del Océano; Milton, en la soledad de las

tinieblas; Dante, en la soledad más oscura aún del destierro. Los pintores de la Edad Media, más poetas aún que pintores, arrodillábanse antes de tomar los pinceles, y comenzaban por adorar en sí mismos la imagen que iban á representar. En suma, nadie entra en el reino de la poesía, de la filosofía y de la razón sin pasar antes por alguna prueba, y esta es la idea que se halla escrita con rasgos indelebles sobre el umbral de la epopeya india.

La escena que sigue acaba de dar á este comienzo todo su valor. Apenas el poeta indio se encuentra preparado por la plegaria y la maceración, no bien ha llegado al estado de santidad, el Dios supremo, Brahma, desciende de las alturas del cielo y le visita en su choza de follaje. Al punto le reconoce Valmiki á través de su apariencia mortal; prostérnase para adorarle, y luego, presentándole un sitial hecho de madera de sándalo, le invoca, después de haberle lavado los pies, por la salvación eterna. Ordénale entonces el Dios cantar á Rama, el héroe de la casta guerrera. «Acaba—le dice—el poema divino de Rama, que el *Ramayana* será repetido por boca de los hombres tanto tiempo como los montes se apoyen sobre sus bases y los ríos prosigan su curso, y tanto como el *Ramayana* dure, serán tu asilo mis mundos infinitos.»

¿Qué había de ser una obra de tal modo impuesta por la religión, sino es un acto del culto, una epopeya sacerdotal? Tal es en efecto su carácter.

Mezcla del profeta y del guerrero, tiene algo del Corán y de la *Iliada*, y así, el atributo particular de la civilización india consiste precisamente en este poema épico, nacido de la inspiración de la casta sacerdotal, cosa que falta completamente á las civilizaciones griega, romana y moderna. En la *Iliada*, la epopeya más cercana á aquella antigüedad, el principio de la inspiración es muy distinto, pues Homero se halla completamente emancipado del espíritu sacerdotal, siendo más bien un anciano que vaga libremente de ciudad en ciudad, que un sacerdote ligado á un santuario. «Canta, ¡oh diosa! la cólera de Aquiles»: he aquí sus primeras palabras. Aquí se ve que él es quien manda y se impone á su Dios, quien le agujonea y quien reina en su obra, lo cual muestra que el arte griego ha conquistado ya plena independencia. El poeta dispone á voluntad de los sucesos y de las tradiciones, y los cambia á su placer; estánle sometidos los cielos mismos, que adorna á capricho con su fantasía, y siempre ortodoxo, con tal que sea bella su obra, encierran ya sus creencias un escepticismo prematuro. En la epopeya india, al contrario, se halla el poeta sometido á la esclavitud de Dios, que le visita y prescribe su obra como un ritual litúrgico. Prosterne aquél su faz en la tierra al comenzar su poema, y por eso mismo el carácter del genio oriental se halla representado en aquel primer diálogo de Valmiki y de Brahma, del poeta y de Dios, en donde casi desaparecen poeta, artista

y poema, quedando sólo un Dios, un sacerdote, un santuario, una ceremonia solemne, la ofrenda de la palabra armoniosa; porque estas epopeyas se hallan colocadas en el rango de los libros sagrados, siendo para los indios lo que el Corán para los mahometanos y el Evangelio para los cristianos. Préstanse sobre sus libros abiertos los juramentos en los actos de la vida civil y política, carácter sagrado que no puede ser con más fuerza expresado que en los versos siguientes: «El que leyere la narración de las acciones de Rama, perdonado quedará en todos sus pecados y exento de toda desgracia en la persona de sus hijos y nietos. ¡Bienaventurados los que, habiendo oído el *Ramayana*, le comprendieron hasta el fin! ¡Bienaventurados también los que sólo hasta la mitad le leyeron! Él da la sabiduría al sacerdote, al noble una nobleza nueva, la riqueza al comerciante y hasta si por casualidad un esclavo le oyese leer, queda también emancipado y ennoblecido.»

Y no pensemos que luego que Valmiki hubo de este modo recibido la orden del cielo, se lanza de plano en medio de los acontecimientos de un poema. El genio de Oriente no procede con esta impaciencia, y antes que la acción comience, preciso es asistir aún á una de las escenas que mejor pintan la naturaleza contemplativa del Homero indio. Turbado por la inspiración que se aproxima, abrumado con el fardo de su pensamiento, siéntase el poeta al pie de un árbol secular, donde sueña en

las virtudes, en la belleza y en la nobleza de su héroe. Esta meditación es el asunto de su primer canto, y de este modo contemplamos anticipadamente cómo se desarrolla en el fondo de su pensamiento el plan entero del poema que, según dice el poeta, percibe en su espíritu tan claramente como el fruto del dátil en la palma de la mano, midiendo así lentamente en su inteligencia la extensión de aquella obra poética, *Océano maravilloso, lleno de todas las perlas de los Vedas*. Esta escena, que sigue a la de la aparición del Dios, da al comienzo del *Ramayana* un carácter de contemplación y de éxtasis, que corresponde perfectamente á lo que sabemos de la religión y costumbres del pueblo indio, pues bien podemos asegurar que no hay momento más bello en toda obra humana que aquel en que el autor la ve con los ojos de su pensamiento, en el fondo de su fantasía, mucho más perfecta seguramente que saldrá luego de sus manos. ¡Cuán lejos está Homero de semejante idea! Muéstrase, por el contrario, tan impaciente como el genio occidental que representa, y desde las primeras palabras se precipita sobre su asunto, como un águila del Olimpo que se abate sobre un rebaño, mientras Valmiki se cierne en las más altas nubes antes de descender á la realización de su designio y contempla largo tiempo el ideal de los sucesos y de las cosas que más tarde ha de describir: creación interior de figuras que ningún ojo ha de ver y de armonías que ningún oído mortal escuchará; génesis

de formas impalpables, de bellezas inauditas, de cimas inaccesibles, de perfumes no respirados, de luz, de estrofas y voces, de que el poema sólo será el eco ó la vaga sombra. Admiramos nosotros en las obras de los poetas y escultores los personajes y figuras que han creado; ¡qué sucedería si pudiésemos entrever tales imágenes y seres morales, no ya como fueron imperfectamente realizados por instrumentos incompletos, el cincel, la paleta ó las lenguas humanas, sino en el propio ser y pura idealidad con que aparecieron en el espíritu de sus autores! No hay artista alguno que no sienta sincero dolor al comparar la obra que ha soñado con la que ha ejecutado. La diferencia entre el modelo interior y su realización es precisamente el asunto que sirve de preámbulo al *Ramayana*. Y ¿quién no se siente conmovido ante la grandeza de aquellas ideas colocadas á la manera de una avenida de esfinges inteligentes en la entrada del monumento?

Penetrando así en la intimidad del poeta del Ganges, asistimos ya al nacimiento de sus pensamientos, fantasmas divinos apenas vestidos con la palabra. Falta ahora saber cómo su obra, en aquellos tiempos lejanos y desde el fondo de aquella soledad, pudo ser extendida y conservada en la memoria de los hombres. Ya en otra parte (1) mostramos de qué modo renovó en nuestros días una cuestión parecida la crítica acerca de Homero.

(1) *De l'Histoire de la poésie.*—Homero.

Pero ¿quién creería que al presente casi toda la luz nos viene de las orillas mismas del Ganges? Fácil es convencerse de ello. Valmiki, en efecto, cuenta para acabar su confesión de qué modo ha sido llevada de boca en boca su obra, y causa honda maravilla el saber por su relato cómo existían en las penínsulas de uno y otro lado del Ganges instituciones poéticas perfectamente análogas á las de la Grecia heroica y la Europa feudal, tales como rapsodas, que cantan los fragmentos del poema nacional, y ministriles remunerados por el auditorio, como los de la Edad Media. No podemos menos de citar aquí textualmente esta parte del *Ramayana*, que señala puntos de comparación tan evidentes entre sociedades que, por otra parte, parecen tan distintas y separadas.

«Acabado ya el poema del *Ramayana*, Valmiki se pregunta: «¿Quién lo dará á conocer al mundo?» En el momento arrójanse á los pies del sabio dos de sus discípulos, habitantes ambos de una ermita, ambos á euál más ilustres y de voz melodiosa. Al ver á aquellos ingenuos hombres, díjoles inclinándose su frente: «Aprended el poema revelado; él da la virtud y la riqueza; él está henchido de dulzura cuando se adapta á las tres medidas del tiempo, y es más dulce acompañado del son de los instrumentos ó cantado por las siete cuerdas de la voz. Arrebata el oído, excita el amor, el heroísmo, la angustia ó el terror.» Después de haber hablado de este modo, el sabio enseñó á los dos jóvenes todo

el poema de Rama, y una vez aprendido por ellos de memoria, díjoles aún: «Id ahora á cantar esta historia á las asambleas de los sabios, en medio del concurso de los principes y en las reuniones de los buenos.» Aquellos dos jóvenes, retrato exacto del héroe, imagen reflejada de sus perfecciones, eminentes en los libros sagrados y en los misterios de la música, cantaron el poema en presencia de los sabios, y los dioses bajados del empíreo y los genios y los principes de la serpiente quedaron arrebatados de asombro y de alegría. En las épocas marcadas los dos principes predilectos volvían á entonar sus cantos, y los sabios se reunían por millares para oírles, con la vista inmóvil de placer y admiración, exclamando: «¡Oh, qué gran poema, imagen fiel de la verdad! Tú nos muestras los antiguos sucesos, como si ante nuestros ojos pasasen. Los que cantan tus estrofas en esa lengua de miel son dos principes de origen divino. ¡Oh! ¡Cuán puro es ese canto!... ¡Cuán armoniosamente hállanse sus palabras enlazadas y unidas entre sí por un arte inaudito! Regocijados así por sus cantos, un sabio les presentó un vaso lleno de agua consagrada; otro, frutos del bosque; un tercero, ricas vestiduras, ó un cáliz para el sacrificio, ó un sitial de madera de sándalo; otros, en fin, les deseaban una prosperidad sin límites ó una larga vida.»

He aquí, pues, en las orillas del Ganges á los rapsodas de la Jonia y á los ministriles de la Edad Media. Pero como el carácter de la teocracia se

hallaba también impreso en esta institución, debemos hacer notar que los rapsodas indios no van gozando de lugar en lugar con los festines de sus huéspedes, á la manera de los griegos, sino que se asemejan más bien á los de la Edad Media, que sólo cantaban la epopeya carlovingia en los castillos feudales. Así, el poema de Valmiki repítese ante una asamblea escogida, porque compuesto por un sacerdote, sólo por sacerdotes debía ser oído, hallándose las clases inferiores, los *sudras*, privados del goce de aquella poesía: se les excluía del mundo ideal, como excluidos estaban en cierto modo del mundo político y civil.

El *Mahabharata* comienza asimismo, con un tono no menos piadoso, por una conversación de religiosos en un monasterio consagrado al Dios Brahma, en que los solitarios ruegan á uno de sus compañeros que les cuente su historia, y cediendo éste á sus instancias, describe toda una epopeya en los intervalos de los sacrificios, siendo de este modo cantada la iliada oriental en la celda de una ermita.

El asunto de ambos poemas es una guerra religiosa, y en uno y otro el héroe va á los conventos á socorrer á los sacerdotes y solitarios, cuyos altares y monasterios son amenazados por una raza enemiga: recuerdo de las luchas de dos pueblos y dos religiones, de cuyo caos social salió la organización de las castas del Alta Asia. La epopeya es, pues, aquí el comentario de la legislación, y la

tradición poética ocupa el lugar de la historia, refiriéndose á esta fase del asunto, como otras tantas ramas al tronco, multitud de escenas que pintan bajo sus diversos aspectos la sociedad asiática, el rey en su palacio, el brahmán en su ermita, el héroe en su litera embalsamada, las ceremonias del culto, la pira de los funerales, los sacerdotes en sus carros ligeros como el pensamiento, los ejércitos precedidos de rebaños de elefantes cebados, las bayaderas en sus danzas, los bosques resonando con el eco de los himnos y de las oraciones litúrgicas, las ciudades semejantes á los lagos fecundos en perlas, las soledades, los ríos, los mares, todo el cuadro, en fin, de la naturaleza de las Grandes Indias, tal como hoy aun aparece, á pesar de las revoluciones de los tiempos. Y no es posible dejar de notar cierto extraño parecido entre el principio de esta civilización y el de la civilización católica, parecido que se manifiesta en una porción de instituciones idénticas, tales como un ideal común, el ascetismo, una especie de caballería, cartujas paganas, anacoretas ocupados en la maceración, peregrinos religiosos y hasta una trinidad divina en el dogma. ¿No parece, en efecto, semejante sociedad la imagen anticipada de la sociedad feudal, representada en los poemas caballerescos de *Artus* y de la *Tabla Redonda*? La analogía sería completa á no ser por esta única diferencia, á saber: el panteísmo en Oriente, Dios confundido con la creación, por una parte; por otra, en Occidente, la

personalidad de Dios distinta del universo. He aquí el abismo que divide estos dos mundos, abismo más profundo que el Océano que los separa.

Si después de esta ojeada general indagamos las relaciones de la epopeya india con la religión, no tardaremos en descubrir un hecho tan extraordinario que ninguna otra literatura lo presenta semejante. ¿No es extraño que todos los héroes de esos poemas sean dioses encarnados que han consentido revestir las formas y los dolores de la humanidad? Nada, sin embargo, es más verdadero, y aun debemos añadir que en nada se parecen estas divinidades á aquellas de Homero, que sólo del hombre tomaban la belleza y sensualidad, reservándose en medio de esa transformación la felicidad inalterable del Olimpo. No; la figura humana no es una simple máscara en los dioses indios, es una encarnación en el sentido más real, y por así decirlo, más cristiano. El Dios hecho hombre sufre, gime, llora, combate y acepta todas las condiciones de la vida humana, hasta la muerte misma, para redimir el universo de su caída, y Rama no es otra cosa que el dios Vichnu, que ha consentido pasar por hijo de un antiguo rey y recorrer todos los incidentes y aventuras de la vida terrestre. Esto, que es manifiesto en el héroe principal del poema, sucede también respecto de otros personajes, en los que, si los estudiamos y comparamos, no podremos menos de reconocer cierta divinidad ó verbo hecho hombre, desde el grado más elevado hasta el más

ínfimo de la clase social. No es difícil, en aquellos reyes que reinan veinte mil años ó en aquellos ascetas que viven en la abstinencia y maceración siglos y siglos, reconocer la máscara y encontrar el Ser Supremo encarnado en el sacerdote, el guerrero ó el monarca; pero si por acaso vemos pasar á un mendigo con su parasol y su urna medio rota, solicitando las limosnas de los sudras, no debemos fiarnos demasiado en aquella aparente degradación, porque bajo la figura de ese mendigo puede bien hallarse oculto el dios Siva, que expía de este modo no se sabe qué falta cometida en el origen de la eternidad. Esta epopeya, que así oculta en cada personaje una divinidad, merece, mejor que la del Dante, el título de *Divina Comedia*.

No porque los dioses vivan encarnados en la figura de los héroes dejan al mismo tiempo de mostrarse en los cielos, donde se retiran á sus dominios particulares ó se reúnen en asambleas sobre la cima del monte Merou. Es éste el Olimpo indio, imagen anticipada de la Grecia y del Egipto, donde viven los antepasados de las divinidades occidentales: Maya, la reina de la ilusión, cubierta con el velo que más tarde se extenderá sobre la Isis del Nilo; Crichna, el dios del Sol, arrastrado por los caballos que un día debía regir Apolo; Siva blandiendo el tridente que había de legar Neptuno; la Aurora con su carro tirado por pintados loros; la diosa Prithivi rodeada de panteras que luego aprisionará Cibeles; y por encima de todos, Brahma,

que por collar lleva la cadena de los seres, que ha de recoger Júpiter. He aquí el lazo que une estas emanaciones del Himalaya con las formas del arte de Fidas.

«Surgió del fuego del sacrificio un ser sobrenatural, de esplendor incomparable, poderoso, heroico, marcado con el signo de los augures, vestido de ornamentos divinos, alto como la cima de las montañas, formidable como el tigre, con espaldas y flancos de león, radiante como la llama del sol, cubiertas las manos de anillos, rodeado el cuello de un collar de veintisiete perlas, parecidos los dientes al rey de los astros, y que tenía abrazado, como á esposa muy amada, un ancho vaso de oro incrustado de plata y lleno de la ambrosía de los dioses. Este ser exclamó: «Yo soy una emanación de Brahma, descendido á la tierra.» Dicho esto se hizo invisible, y en aquel instante las moradas de las mujeres irradiaron de gozo, como cuando el aire brilla con los rayos de la luna otoñal.»

Podemos concluir de las reflexiones precedentes el hecho de que Dios, presente en todas partes, puede encarnarse á la vez en muchos héroes, ó en una familia, ó en toda una raza de hombres. Conversa consigo mismo, se busca, se persigue, se interroga y se responde, sin dejar apenas lugar á la humanidad para obrar y desenvolverse. Los dioses se hacen hombres, y los santos, ascetas y héroes se convierten de virtud en virtud en dioses. Ninguno permanece en una condición y forma precisa; todo

se agita en el seno de una misma persona infinita, del Ser eterno, que eternamente se transforma en toda criatura, en brizna de hierba, en onda de río, en príncipe de las serpientes, en rey de los hombres. De esta suerte el héroe de la epopeya es también el héroe del pantelismo. En la poesía homérica los dioses y los hombres se dividen la acción, siendo tan diversos sus destinos, que no es posible confundirlos nunca. El cielo y la tierra se equilibran, por decirlo así, siendo ésta una de las causas que producen la serenidad de la poesía griega. En la otra extremidad de la antigüedad, entre los romanos, los dioses casi han desaparecido ó sólo han conservado la máscara, de modo que en Virgilio el lugar de la fe y de la religión está reemplazado por combinaciones puramente humanas, defecto opuesto al de la poesía india, la cual, en la embriaguez de sí misma, es un acto de fe más que una obra de arte. La India es la poesía; la Grecia es el poeta.

Pero no sólo trazan aquellos monumentos la historia de las creencias, sino que pintan además muy al vivo la naturaleza física y el clima del Alta Asia. Á medida que el héroe viaja al través de las selvas primitivas, interroga á su guía sobre la historia y el nacimiento de las montañas, de los ríos, ocupando la pintura del origen de las cosas tanto espacio como la narración de las acciones. Aquí es donde han de buscarse aquellas nativas imágenes colosales, que tienen algo del niño y del

gigante y que son la primera geología de la humanidad: los cuatro monstruosos elefantes que en los cuatro puntos cardinales sostienen el mundo; la isla de Ceilán apoyada en el fondo del mar sobre la concha de una tortuga inmóvil; la serpiente que, enlazándose á los flancos de la montaña, la arranca de cuajo. Cada selva, cada flor, tiene su historia, y á la genealogía de las tribus y de los pueblos se une la de los diamantes, perlas y lirios. Y es que la creación no está aún descrita y acabada, y continuándose al través de los versos del poema, constituye en sus épocas sucesivas parte de las escenas del *Ramayana*. Nuevas organizaciones terrestres le prestan al surgir nuevos episodios, y el mundo físico, que parece brotar incesantemente al soplo del poeta, engrandécese al mismo tiempo que el mundo ideal, como un héroe verdadero. El nacimiento del Ganges bajo este punto de vista es uno de los más famosos fragmentos de la obra de Valmiki:

«En aquel tiempo la tierra era mansión de tórtolas y aves celestes; los sabios vieron la caída del Ganges desde las alturas del éter hasta el fondo de los valles. Los dioses mismos, llenos de sorpresa, llegaron en sus carros tirados por caballos y elefantes, para asistir á la llegada maravillosa del Ganges (1). Iluminado el aire por su presencia y por el esplendor de sus ornamentos, brilló con el

(1) En el original el *Ganges* es femenino.

resplandor de cien soles, al paso que las escamas de las culebras de agua y de los cocodrilos fosforescían á la luz. Á través del blanco vapor de las aguas, quebradas en mil choques, pareció la luz velada bajo brumas otoñales, como bajo las alas de una bandada de cisnes revoloteando en el abismo; aquí el agua se precipitaba en torrentes, allá se adormecía majestuosamente en su lecho, más lejos desbordábase por todas partes ó se sumergía en las cavernas y volvía á brotar mugiendo. Caída primero á la frente de Dios y deslizándose de su cabellera de nieve á la tierra, prodigábase esta ola sin agotarse. Y los sabios, que habitaban sus orillas, pensando: «Este es el rocío de la frente de Dios», sumergiéronse en él de repente. Y todas las criaturas vieron con júbilo la llegada del agua celeste, y todas se purificaron en las corrientes del Ganges.»

«Y el rey de los hombres, señalando el camino á la corriente, lanzóse sobre su carro resplandeciente, mientras que el Ganges precipitábase tras de él; los dioses, los sabios, los genios con el príncipe de las serpientes, con el rey de las águilas y el de los buitres, siguiendo las ruedas de su carro, alcanzaron el Ganges, soberano de los ríos, purificador de toda mancha.»

El genio oriental aparece aquí tan desbordado como el río. Aquel rey que sobre su carro de oro muestra el camino á las sagradas ondas, aquellas criaturas que le rodean y representan el universo

llamado á tal espectáculo, aquella asamblea de serpientes y cocodrilos, aquella multitud de dioses arrastrados por elefantes, representan al Homero indio en toda su pompa habitual. Y es de notar en este punto que la poesía griega, cuando hace intervenir en la acción alguna potencia de la Naturaleza, la presenta generalmente en figura humana y forma completamente artística. Así es que en tal pasaje hubiera introducido, en vez del río, á un anciano volcando su urna de oro, que arrojaría á torrentes las olas inagotables. Pero entre los indios el hombre no ha impuesto aún su figura á los objetos que diviniza, y por eso el Ganges no deja de conservar, al ser hijo de las montañas, su forma natural, y aunque posee un pensamiento, una voluntad y un alma, carece por completo de fisonomía.

Las relaciones de los héroes con todo el régimen animal constituyen también uno de los rasgos más originales de la epopeya india. No sólo lloran los caballos de Rama, como los caballos de Aquiles, sino que el hombre en general vive en íntima alianza con la sociedad de los animales. El sabio rey de los buitres, el valeroso jefe de los monos, el prudente príncipe de las serpientes, alianse por medio de tratados con el rey de los hombres, dando á entender que la humanidad no dominaba aún de un modo absoluto á la sierva Naturaleza: momento que se halla indicado en la Biblia, cuando los hombres conversaban familiarmente con los animales.

Distinguese sobre todo entre los aliados del héroe Rama dos personajes, Sigravo y Hanumann, príncipes de los hombres de los bosques, reyes de la creación animal, de voz de trueno y altos como la más alta montaña, los cuales estipulan una especie de contrato á nombre de todas las criaturas inferiores. «Aproximáronse—dice el poeta—á la orilla del mar, y abrieron el Océano con la punta de sus flechas, mostrando de este modo que todo el Océano es esclavo de Rama.» Primer acto de vasallaje del universo físico, y pleito-homenaje de la Naturaleza muda á la humanidad, su soberana.

Y la verdad es que cuando vemos en estos poemas surgir ante nosotros esas formas colosales de la creación animal, no parece sino que aquel mundo perdido tiene cierta analogía con el mundo encontrado por Cuvier en nuestros días, y que la escena sucede en medio de los mamnuts, de los paleoterios, de los megaterios y de las demás gigantescas criaturas, cuyas osamentas está hoy reuniendo la ciencia, de suerte que, á la vez que las huellas de la vegetación del mundo naciente han sido conservadas en las hojas de los esquistos como en un libro cerrado por el Creador mismo, aparecen también como eternizadas bajo otra forma en las imágenes y pinturas de aquellas composiciones épicas. El efecto que esta poesía nos produce es llevar nuestra imaginación más allá de todos los tiempos conocidos hasta las épocas en que la genealogía sustituye á la historia: hasta tal punto es

verdad que la más alta poesía y la más profunda ciencia, lejos de excluirse, se atraen, explican, alimentan y confirman la una por la otra.

Si queremos pasar desde el examen de la religión y de la Naturaleza al cuadro de la vida civil y doméstica, debemos entrar en la ciudad por excelencia, en Uyodhya, fundada por Munoo, rey de los hombres. Una descripción, que resumimos aquí, abre las puertas de esta ciudad antediluviana, que parece la superposición de Ninive, Gomorra y Babilonia:

«En las orillas del río se levantaba la ilustre ciudad construida por el rey de los hombres, vasta ciudad cuyo circuito no bajaba de doce jornadas de viaje; sus casas se elevaban hasta las nubes. Regada por aguas manantiales, adornada de bosquecillos y jardines, rodeábase una muralla infranqueable; oíanse por todas partes los acordes de los instrumentos de música y el ruido de las armas; circulaban por doquiera bayaderas, elefantes y caballos; visitábanla mercaderes y mensajeros de todas las regiones, y retemblaba, en fin, sin cesar, con el estruendo del carro de los dioses. Los muros del recinto, formados de diversas especies de pedrerías, parecidos á una mina de diamantes, la rodeaban como un collar, y los techos resonaban con los sonos del tamboril, de la flauta y del arpa. Nadie en aquella ciudad vivía menos de mil años. Veíanse entre los ecos repetidos de las oraciones sagradas, banquetes y reuniones de hombres feli-

ces. Perfumada con el incienso, con las guirnaldas, con las flores y objetos del sacrificio que embriagaban el corazón, estaba guardada por héroes iguales en fuerza á los elefantes que sostienen el universo como una torre, por guerreros que la protegían, como las serpientes de tres cabezas protegen las fuentes del Ganges. El fuego de los sacrificios era conservado por un pueblo de sacerdotes que subyugaban voluntariamente sus espíritus y deseos.»

Tal era la Troya india, en donde el canto piadoso de los Vedas cubría el estruendo de las armas. Mezcla de placer y de ascetismo, eran más bien un templo de dioses que una ciudad de hombres, carácter conforme con el genio de la epopeya, que se movía alrededor de sus murallas. Hemos visto á Mycenas, á Argos y á Thyrinto, la ciudad de Hércules, y podemos afirmar que estas ciudades divinas no fueron nunca, en comparación con la morada real ó imaginaria del Hércules indio, más que verdaderas aldeas.

En esta mansión del ascetismo, multitud de extranjeras dinastías de reyes, cada una de las cuales contaba siglos y siglos, sucédense lentamente y llenan con austeridades inexorables esta vacía eternidad. Arrodillados, inmóviles, elevadas las manos hacia el cielo, diríase que son imágenes de siglos de plegarias y contemplaciones, y reinados de éxtasis que pasan como un sueño: así resume cada pueblo sus recuerdos en la persona de jefes ó

reyes imaginarios, hechos á su propia imagen y semejanza. Entre los hebreos, los patriarcas son emires dotados de una especie de inmortalidad terrestre; en Italia ábrese como un ancho surco la historia de Roma por Evandro, cultivador y pastor; en la India los primeros reyes son figuras ascéticas que, después de haber evocado desde el fondo de los bosques por muda contemplación las primeras formas de la sociedad civil, conservan sus imperios por el solo poder de la meditación, y es una de las grandezas de esta poesía el hacer depender del recogimiento de un espíritu las revoluciones del mundo, no debiendo por esto mismo maravillarnos de que, después de aquellos éxtasis seculares, no quede apenas espacio para la acción ni se encuentre el fuego de la *Iliada* en aquellas epopeyas de la soledad.

Por encima del rey está el sacerdote. Vive éste retirado, ya como un anacoreta en su ermita en el fondo de un bosque sagrado, ya en la celda de un monasterio parecido á los del catolicismo, y en toda ocasión importante va el rey á visitarle, se prosterna á sus pies y le pide consejo. Al soplo de sus labios agítanse los mares, detienen los vientos, conmueven las extremidades del universo y hasta el sol mismo se eclipsa ante el esplendor de su espíritu. Toda la Naturaleza parece como asombrada de sus austeridades y hasta los propios dioses sienten temor ante el sacerdote, que por la virtud se eleva y sobrepone á ellos mismos. Las criaturas

todas exclaman: «¡Oh, Brahma, si este sabio continúa sus maceraciones, nada es capaz de impedir que la humanidad no se vuelva atea!» Nunca el cristianismo en sus más atrevidas leyendas llegó á atribuir tal poder á sus ermitaños, como la India á sus brahmanes. Atraviesan este mundo acabando su oración; el fuego de su cólera es parecido al de los sacrificios; reinan como soberanos tanto en el poema como en la Naturaleza y en la ciudad.

El héroe, sobre todo, les está ciegamente sometido. Instruido por el sacerdote en los libros sagrados, es su discípulo y su instrumento, recordando, más bien que el Aquiles griego, el piadoso Eneas, pues tiene menos de la casta guerrera que de la sacerdotal. Sus espaldas son de león y sus ojos del color de la flor del loto. Por su palidez parece al lirio de las aguas, y su aliento es embalsamado como el aliento de una ninfa. Antes de comenzar el combate, cumple sus devociones matinales, preparándose á las batallas por la abstinencia, y vuelto de la pelea, refrigera aún su alma con la fuerza de las santas austeridades, y hasta muchas veces cubrese con el cilicio de los religiosos. Dulzura, unción, obediencia, escrúpulo, tales son las virtudes del héroe sacerdotal, que en medio de los guerreros, semeja el fuego del sacrificio rodeado por los sacerdotes. Todos sus deberes están resumidos en estas palabras que Rama oye de su padre en el momento en que por primera vez va á abandonarle:

«¡Oh hijo mío! sé humilde y cortés; obedece á los brahmanes consagrados al estudio de los Vedas; recibe su instrucción como el néctar de la inmortalidad. Los brahmanes son grandes; poseen la fuente de la prosperidad y de la dicha. Ellos han sido enviados como dioses terrestres entre los hombres para asegurar la existencia del mundo; son los guardianes de los Vedas y de las leyes inmutables de la virtud; poseen, en fin, la ciencia de los arqueros. Estate siempre á caballo, ó en un carro, ó en un elefante; instrúyete en el arte de gobernar; envíame sabios mensajeros.» Habiendo hablado de este modo, el rey de los hombres añadió todavía: «Ve, hijo mío.» Y sus ojos se llenaron de lágrimas, y su palabra fué ahogada por sus sollozos.»

Buscad un ideal semejante en el héroe, y no lo encontraréis seguramente bajo las tiendas de Aquiles ni de Ajax, siendo necesario atravesar toda la antigüedad clásica y penetrar en el corazón del cristianismo. Las relaciones del guerrero y del sacerdote indio son precisamente iguales á las del piadoso caballero y el ermitaño en los romances de la *Tabla Redonda*. Percebal le Gallois, Lancelote del Lago y Tristán, siguen el mismo género de vida que Rama, Bharata y los demás héroes de raza india. Como estos últimos, persiguen aquéllos un ideal de perfección moral bajo el símbolo del Santo Graal, y una eterna maceración aflige á unos y otros, sin otra diferencia que el caballero errante en las tristes selvas de los Ardennes se arma, más

contra las seducciones de su corazón que contra los encantamientos de la naturaleza exterior. ¡Quién hubiese creído que la epopeya del feudalismo cristiano tenía su análoga en el valle del Ganges, y que era necesario ir á buscar al golfo de Bengala los antecedentes de la caballería fantástica de la Bretaña encantada de Merlin! Este parecido entre los personajes se encuentra también en la acción del poema, pues no podía menos un mismo género de vida de producir epopeyas análogas.

Desde el principio suplica el rey á los dioses en su ciudad gigantesca que le concedan sucesión, y la Divinidad suprema en efecto desciende á la tierra y se encarna en las personas de cuatro hijos del monarca, héroes dioses que crocen ya y se hacen hombres antes del fin del primer libro. Instruidos muy pronto en los Vedas, viene el gran sacerdote á demandar su auxilio contra el rey de los infieles. Vacila el padre al principio en entregar á sus hijos á los peligros de la guerra, y quiere él mismo partir en su lugar, pero dominado al fin por la autoridad del sacerdocio, ejecuta sus órdenes. Entonces Rama y su hermano reciben armas encantadas, entre las cuales se halla un arco que ni los reyes ni los dioses son capaces de manejar, y así armados, llévasles en presencia de los príncipes y de una asamblea del pueblo. Es interesante observar cómo esta situación completamente homérica ha sido tratada por el poeta indio.

«El virtuoso brahmán, dirigiéndose entonces con júbilo á Rama, le dice: «¡Oh tú, cuyo brazo es poderoso, toma este arco divino, incomparable, ensaya tu naciente fuerza!» Á estas palabras del sabio, Rama respondió: «Yo atirantaré este arco celeste, y lanzando la flecha al blanco mostraré mi fuerza.» «Bien está», replicaron el rey y el sacerdote. Entonces Rama, ante la absorta multitud que le miraba, cogió rápidamente el arco con una sola mano, y sonriendo se preparó á disparar una flecha, pero por la fuerza de Rama el arco se rompió por el medio. El sordo ruido semejó al del hundimiento de una montaña ó al rugido de la boa sobre las cimas de los montes Sukra. Aterrados todos por el ruido, cayeron en tierra, excepto el sacerdote, el rey y los dos descendientes de la raza de los Rughous.»

Es imposible no recordar ante este pasaje el arco de Ulises, y salva la hipérbole del final, se le tomaría por una página de Homero caída en el Indus de la caja embalsamada de Alejandro.

Después de una serie de combates, en los que interviene siempre el sacerdocio, el glorioso Rama es desterrado al fondo de una selva por orden de su padre, á quien han engañado con falsas sospechas; pero este anciano rey no tarda en arrepentirse de su injusticia, constituyendo una de las partes más bellas del poema el episodio en que este monarca de barba secular se entrega á un dolor sin límites. Y esta figura, hasta entonces impasible

y muda, despiértase al sentimiento de la vida real por el de la desesperación, y aquel rey, que debía creerse inmortal, se siente desfallecer á la primera impresión del dolor. Es demasiado grande esta escena para que dejemos de citar algunos de sus rasgos. Muestra el poeta al principio el cambio que se operó en aquella ciudad, que él mismo había pintado como la mansión de eterna felicidad. Desde que se ve privada de su héroe, queda semejante al mar que cae en el silencio cuando los vientos dejan de soplar, ó á un altar despojado después de concluido el sacrificio. Luego traslada la escena á lo interior del palacio:

«Obligado á oír la queja de la madre de Rama, llenóse el rey de angustia, y traspasado al fin por el aguijón de los remordimientos y cerrando sus ojos, cayó desvanecido sobre su lecho. Recobrado después de algún tiempo el sentido y viendo á la reina cerca de él, dirigióle estas palabras: «¡Oh, reina, yo te suplico que olvides mi proceder; por el amor de tu hijo, no añadas el veneno á mis profundas heridas! Mi corazón está ulcerado, y tus palabras son para mí tan terribles como los estallidos del trueno. Tú conoces las pasiones del hombre; yo te conjuro en mi agonía; no me agobies más, ya que me ves herido y abrumado por los dioses.» Al oír la reina estas palabras y gemidos reprimió su dolor, y juntas las manos, la cabeza prosternada á los pies del rey, respondióle: «¡Oh rey de los hombres, perdóname! Privada de la reflexión en el

colmo de mi desgracia, dije lo que jamás había de haber pronunciado. Aquella á quien su esposo, semejante á los dioses, suplica con las manos juntas, está perdida en esta vida y en la otra si no accede á sus súplicas. ¿Qué dije yo en mi amargura? El sufrimiento destruye la inteligencia; el dolor destruye la memoria y acaba la paciencia; no hay enemigo más terrible que el dolor. La herida causada por un tizón ardiente ó por un arma mortífera puede ser curada, pero la tristeza, ¡oh rey! que viene del alma, es incurable, y hasta los sabios mismos, los que eran dulces, pacientes é instruidos en los hábitos de la virtud, cayeron debajo del gusano de tierra cuando en su corazón entró la desesperación. Los días transcurridos desde la partida de mi hijo son siglos para mí; mi dolor se acrece como las aguas del Ganges cuando la estación fría ha pasado.» Mientras la reina terminaba estas palabras, el día declinó y el sol se puso.»

«Pero el rey, agobiado de dolor, respondió: «¡Felices los que volverán á ver el rostro de Rama, semejante á la pálida luna de otoño ó al nenúfar en flor! ¡Felices los que le verán volver de las selvas, semejante á la estrella en su curso celeste! En cuanto á mí, ¡oh reina! mi corazón está roto, el dolor ha consumido mi aliento, y mi vida es semejante á la orilla arrastrada por las ondas de un río.»

He aquí cómo esta poesía sabe también expresar dolores humanos, olvidando los sistemas y las

abstracciones del culto y haciéndonos ver, á través de la diferencia de tiempos y lugares, al hombre semejante á nosotros. Esta queja puede sin duda añadirse á las quejas inmortales de la poesía occidental, y aquel viejo rey, sacado del olvido, puede ir á engrosar el coro lamentable de los ancianos consagrados por el dolor, Priamo, Ossián, el padre del Cid, el rey Lear. El monarca indio faltaba en esta fúnebre asamblea.

Después de la muerte del rey, reúne Bharata un ejército para ir en busca de su hermano y ofrecerle el imperio, ejército compuesto de un millón de infantes, cien mil caballos y nueve mil elefantes caparazonados. Con esta multitud entra en el fondo de las selvas, atraviesa el Ganges y va á pedir consejo á un braemán retirado en la soledad, el cual en su choza de hojas da asilo y alimento milagrosamente á aquella inmensa reunión de hombres, levantándose á su palabra una infinidad de palacios en el desierto. Este encantamiento del universo por la oración del sacerdote está lleno de solemnidad. Mientras él se halla engolfado en la meditación, todos los seres celestiales descienden de sus altas moradas; un concierto de invisibles instrumentos elevase en torno; todos los árboles se transforman en enanos y bayaderas, que llegan por sí mismos á ofrecer sus frutos; ríos de ambrosia corren por el valle, y sus orillas son arenas de esmeraldas y de zafiros. Todo el ejército exclama: «Este es el cielo.» Pero á un signo del braemán

aquellas maravillas desaparecen como un sueño. Esta invención maravillosa, en que la imaginación oriental se despliega con toda libertad, parece ser el modelo de los encantamientos de Merlin. La Naturaleza y la humanidad se manifiestan aquí como embriagadas la una por la otra.

¿Qué hace entretanto Rama, el héroe del poema? Sumido en la contemplación de las selvas, de las montañas y de los ríos, pasa sus días en un vago encantamiento. Esto no se observa en los poemas de Homero, donde los hombres no se detienen en la contemplación de las bellezas del universo, ávidos de acción y movimiento y llenos de emociones guerreras. Todos creen hoy que esta especie de enternecimiento que el hombre siente en presencia de la Naturaleza es un sentimiento completamente moderno, y hasta muchos piensan que sus primeros rasgos se encuentran en Francia únicamente en las obras de J. J. Rousseau y de Bernardo de Saint-Pierre; sin embargo, he aquí en un poema del Alta Asia, de tres mil años lo menos de antigüedad, á un héroe cuyas impresiones, fantasías y lenguaje son completamente semejantes á los de Saint-Preux en las rocas de Meilleraie, á los de Rousseau en la isla de Bienne, á los de Werther en los bosques de Alemania y á los de Pablo y Virginia en la isla de Francia. Hasta dudó si en los escritores que acabamos de nombrar, la intimidad del hombre y de la Naturaleza fué nunca expresada en rasgos tan vivos como en el pasaje siguiente del *Ramayana*:

«Después de haber habitado largo tiempo las selvas, Dusha-Rutha, semejante á los dioses, seducido por la gracia de aquellas colinas, mostraba en este momento á su esposa muy amada las lejanas cumbres, y le hablaba de esta manera: «¡Oh, amada mía! ni la pérdida de mi reino ni la ausencia de mis amigos affige mi ánimo cuando contemplo la frente sublime de esas montañas. Mira esa cima que visitan los pájaros y en que los metales abundan: sus picos se elevan hasta los cielos. Los flancos de aquel rey de las montañas parecen unas véces venas de plata; otras, resplandores del brillo de los diamantes, y otras, en fin, faldas cubiertas de flores de la asclepia gigantesca. Aquellas otras montañas, enlazadas por nudos de escolopendras, parecen talladas en cristales. El bananero, el baobab y el datilero extienden á ellos su sombra. Parejas de pájaros se persiguen sobre los bordes de las rocas. Mira aquellos nidos embalsamados, donde se abrigan los polluelos de la tórtola. La montaña con sus cascadas, sus fuentes y manantiales, sus murmullos y sus estremecimientos, parece un elefante embriagado con los frutos salvajes (1). Y ¿quién es capaz de permanecer insensible á esas suaves brisas, que como un soplo se elevan del fondo de las cañadas, henchidas de perfumes? ¡Cuán hermoso sería pasar

(1) Recuérdense los osos embriagados con uvas, que tanto ha censurado la crítica en *Atala*. Valmiki confirma aquí elocuentemente á M. de Chateaubriand, quien en 1796 no podía conocer el *Ramayana*.

aquí toda mi vida contigo; la pena no me affigiria! En medio de estas flores y de estos frutos siento despertarse en mí todos mis sueños. Los sabios que me han precedido han confesado que la soledad en el fondo de las selvas es para los reyes tan dulce como la ambrosia. ¿Ves las plantas floridas de la reina de los valles brillar de noche como la llama de una ofrenda? ¿Ves aquí y allá esos nidos de delicias, formados por los tallos del loto, y recubiertos de hojas del blanco nenúfar?...» Habiendo hablado de este modo, descendió Rama de lo alto de las rocas y mostró a su esposa Sita el dulce río del Ganges, y dirigiéndose de nuevo el príncipe de ojos de loto á la hija del rey, que parecía la luna salida de la sombra de las selvas, le dice: «Mira este río amoroso con sus islas frecuentadas por los cisnes, y cuyas orillas umbrosas remedan la gruta del Dios de las riquezas. Aquí es donde los solitarios se deslizan sobre el blanco césped, se bañan en la estación sagrada, y con sus manos levantadas entonan himnos al sol. Entonces los árboles y sus ramas agitadas por los vientos sacuden sus flores y sus hojas en uno y otro lado del río, y la montaña parece gemir y estremecerse hasta en sus cimientos. Mira ¡oh amada mía! inclinarse bajo la brisa las corolas de las flores; escucha las notas cadenciosas del ruiseñor oculto en la sombra, y repite sus acentos prolongados. Si yo quiero mejor contemplar contigo esas cimas azuladas que residir en un palacio...» Así es como Rama, el jefe de

la raza de los Rughous, conversaba con su esposa en las orillas del río, y atravesando la montaña aparecía á sus ojos como embellecido por un hechizo.»

Podría este pasaje ser comparado al cuadro de los amores de Adán y de Eva en el *Paraiso perdido* y también á los ensueños fantásticos de Tristán y de Isolda en los antiguos poetas feudales, sobre todo en la redacción alemana de Gottfried de Strasburgo, pues hay en ellos expresiones que parecen tomadas al vivo del *Werther*, de la *Atala* y del *Genio del Cristianismo*. Una sola cosa distingue esta antigua poesía asiática de la poesía moderna del Occidente, y es que el amor humano está en aquella como envuelto en el amor de la Naturaleza. Sita, la compañera del héroe, sólo representa, en el seno de la soledad, uno de los ornamentos del espectáculo de la creación; no es ella la que presta allí el alma y la vida; no es, como Julia, Atala y Virginia, el pensamiento y el perfume oculto de todas las cosas; es únicamente una flor más en la selva sagrada. Por otra parte, así que el héroe logra arrancarse á la impresión de la Naturaleza, la combate con sus austeridades, pues el Werther indio vive envuelto en un cilicio, y esta voluptuosidad mezclada de ascetismo bajo aquel cielo de los trópicos, es precisamente lo que hace de Rama el representante fiel del genio de las razas indias. Vestido Rama con el hábito del peregrino, rehusa el imperio y se retira en cierto modo del poema para

vivir en la contemplación de las olas, de los bosques y de las montañas, del mismo modo que el pueblo indio se ha retirado de la Historia y del mundo real, á fin de vivir engolfado en la contemplación vaga y soñadora de la Naturaleza. También él, como Rama, rehusó el imperio del Asia que le ofrecía su diadema, y en vez de entregarse al genio de la acción y de las conquistas, como todos los pueblos vecinos, quiso mejor embriagarse en éxtasis, en perfumes y en silencio en el fondo de sus inmaculadas selvas. Más de una vez, y siempre en vano, lo ha provocado la historia á salir de sus valles, pero él ha continuado viviendo con su ninfa encantadora, negándose á abandonar sus pacíficas umbrías, y aunque el mundo entero ha pasado ante sus ojos y todas las razas humanas hanle visitado sucesivamente, nunca ni por nada quiso salir de su éxtasis.

El ascetismo ha sido el principio de la poesía de la India y del Occidente en la Edad Media, como fué también en estas dos sociedades un principio de civilización, porque la humanidad, en su nacimiento, cogida por todas partes en los lazos de la naturaleza exterior, no pudo romperlos sino negándolos. Fué éste un esfuerzo necesario de la libertad moral para resistir la tiranía del universo entero. He aquí la razón por que los héroes del Alta Asia son, en medio de sus valles encantados y de todos los atractivos de los sentidos, ascetas que combaten interiormente contra el despotismo del

mundo exterior. En su alma coloca con razón la epopeya sus batallas más maravillosas; ellos son los que fundan realmente, con el reinado íntimo del alma y de la libertad moral, el del género humano, cerrando, como los padres de la Tebaida en los tiempos de las seducciones del imperio romano, sus ojos y sus oídos á todo brillo y á todo ruido del mundo sensible, y guardando, conservando y alimentando en si mismos la conciencia de la humanidad, amenazada al nacer de verse ahogada bajo los hechizos de una sensualidad exuberante. ¿Ni qué otra cosa significan las maceraciones prodigiosas de aquel pueblo de sacerdotes en el jardín del Asia, sino una protesta del pensamiento para restablecer el equilibrio entre la materia y el espíritu? Este es el primer combate del cual han de depender todos los demás, y que ha de decidir si el hombre en lo sucesivo será el señor ó el esclavo de la Naturaleza. Tal es la cuestión puesta en el origen de toda sociedad, y por esto cuanto más poderosa es la Naturaleza más lo es también la reacción contra ella del hombre, principio por el cual se explica el ascetismo de los bracmanes en su país encantado, el de los pitagóricos en la Magna-Grecia y el de la Italia y España en la Edad Media. Los santos, que en el origen de la civilización cristiana combatieron los instintos de la naturaleza pagana, como la hidra y el Pitón, son los Hércules y los Teseos de la humanidad moderna.

Todo en nuestros días ha cambiado. El ascetis-

mo ya no es un principio reinante de civilización y de poesía, porque la humanidad ha cobrado fuerzas en la lucha, teniendo de hoy más su independencia asegurada sobre el universo; porque muy lejos de tener nada que temer de la tiranía del mundo exterior, lo está constantemente domando y plegando á sus múltiples caprichos; porque el pensamiento tuerce ya el curso de los ríos y terraplena los vällés; porque la materia huye vencida y desaparece ante el yugo del espíritu; porque el hombre ya no tiene nada que aprender de la sabiduría de la serpiente, ni de las aves de los arúspices; porque, en fin, se desvaneció ya el temor de poder ser vencido y cautivado por la Naturaleza. El gran duelo ha terminado en favor suyo, y ¿por qué negarlo? hoy es el hombre el que encadena á su carro la Naturaleza.

No parece, por otra parte, sino que la sociedad india nunca supo ser joven, según lo que abundan en su primer poema las reflexiones, combinaciones y cálculos filosóficos, con los que además se mezclan sentimientos que han debido nacer en épocas demasiado apartadas entre sí. La *Iliada* y la *Odissea*, marcadas con todos los caracteres de un pueblo naciente, simplicidad, ingenuidad é ignorancia de las cosas metafísicas, debieron surgir casi espontáneamente y ya formadas de la frente de la sociedad griega, mientras que la epopeya de Valmiki resume ya el genio de un pueblo que ha atravesado por todas las fases y agotado todas las

doctrinas de la vida social: cosmogonía, génesis, tradiciones de la infancia del mundo, que atestiguan sobre todo la infancia de la inteligencia humana; recuerdos de una lucha de dos razas primitivas, monumentos de la formación del pueblo indio, sentimientos de melancolía y enternecimiento, fantasías é invectivas de una sociedad ya harta de sí misma, escuelas de filosofía, escepticismo, ironía, sectas metafísicas, reinado de los lógicos, señales de una religión y de una civilización en decadencia: todo esto amontonado, mezclado, ordenado en una misma obra, como las producciones de las diversas épocas de la Naturaleza superpuestas en los flancos de una misma montaña, desde la roca primitiva y la vegetación antediluviana conservada bajo las capas profundas y lejos de la luz en hojas de pizarra, hasta la flor nueva que acaba de libar en el rocío el insecto nacido de la mañana. Por esto, aplicando á esos poemas la teoría que hemos rechazado para Homero, creeríamos sin dificultad que son obra, no de un hombre, sino de diversas generaciones que en ellos sucesivamente han acumulado sus pensamientos. No de otra manera puede explicarse aquel pasar bruscamente de la época del caos á la de la metafísica, de los hombres de las selvas á las escuelas de los sofistas; el encontrarse en su cuna misma el libro de su vejez, pareciendo que sin infancia ha nacido en la eternidad.

Mas ¿queréis saber lo que puede ser el escepti-

cismo antediluviano de que acabamos de hablar? Grande será vuestro asombro al notar cuán parecido es al de nuestros tiempos:

«Dirigióse entonces á Rama, para probarle, el rey de los lógicos, y le dijo: «¡Oh Rama! ¡que la inteligencia de un asceta como tú no descienda al nivel de las imaginaciones vulgares! Los libros sagrados fueron compuestos por hombres diestros para engañar á los demás é inducirles á hacer donativos. He aquí toda su doctrina: ofreced sacrificios, consumíos en las austeridades religiosas, en el ayuno y en la maceración; llevad dones al sacerdocio... ¡Oh rey! ¿no abrirás alguna vez los ojos? Lo que es susceptible de tocarse y gustarse con los sentidos, es lo único digno de tus deseos. Todos los reyes tus predecesores han caído bajo la férrea mano de la muerte. Nadie sabe lo que de ellos ha sido ni adónde fueron; se cree verles en todas partes donde se desea que estén; sin embargo, el universo está hundido en la incertidumbre. Nada hay seguro en este mundo, y el mismo mundo, ¿dónde está?»

«Al oír estos sentimientos ateos, Rama, semejante á un elefante furioso, respondió: «No; no me desviaré de los mandatos de mi padre, como el caballo domado no abandona el carro, ó como la sumisa esposa no se aparta de su esposo. No me quebrantan más tus palabras que quebranta la montañía el choque del huracán.»

Vemos, pues, que el escepticismo bajo la vege-

tación de los trópicos no habla un lenguaje diferente que bajo la pluma de Voltaire. El asombro y la cólera de aquel joven elefante furioso herido por la eterna serpiente, es el único rasgo que nos revela una sociedad antigua. La India, en efecto, no estaba aún familiarizada con la duda, y por eso se revuelve violentamente contra el aguijón. Pero el veneno de todos modos ha penetrado en el corazón de su poesía y ya no podrá arrojarle: ¡extraño comienzo para un pueblo esa mezcla de la blasfemia con el himno aun vibrante de la creación, y ese escepticismo surgiendo del propio caos! Este episodio es el libro de *Job* de la Biblia india.

Mas si es verdad que la fuerza viril consiste principalmente en contenerse, limitarse y dominarse á sí mismo, no cabe duda que una secreta divinidad se oculta bajo la potencia monstruosa de los poetas del Ganges, y este es el signo evidente de su infancia. Como aquellos jóvenes elefantes embriagados cuya imagen les es tan familiar, atraviesan, gozándose en sus asuntos, las impenetrables selvas y la creación entera, y sin embargo, una enredadera basta para turbarles y detenerles. Más bien que poseerlos, hallanse poseídos por sus propios asuntos, y errantes á través de la inmensidad, siempre les queda vez para añadir un episodio más al episodio que precede, pues no existe razón alguna fundada en la naturaleza de las cosas que pueda poner término á sus composiciones, cuyo desenlace sólo en la eternidad es posible. Con res-

pecto á su estilo, podemos decir que es igual á la acción misma, tan rico en rubies, topacios y pedererías, tan exuberante en vegetación como las faldas sagradas del Himalaya, punto en que se diferencian esencialmente de nuestros poemas de la Edad Media, en los cuales la expresión indigente sigue á la acción á duras penas, así como el siervo seguía difícilmente á pie á su señor, jinete en un caballo caparazonado. Acostumbrados á la semiluz de nuestros países, quedamos desvanecidos fácilmente ante aquellos tesoros prodigados de la palabra oriental; pero si es verdad que el arte debe ser tan sólo una imitación de la Naturaleza, aquel estilo llena entonces todas las condiciones de la perfección, pues es evidentemente el reflejo del lujo de la creación bajo el cielo del Alta Asia. Sólo le falta la elección hecha por el hombre entre los varios objetos que la Naturaleza le ofrece, y en este sentido no es raro encontrar en aquellos poemas y respecto de un solo objeto hasta cincuenta comparaciones acumuladas, que interceptan verdaderamente el camino con aquel fardo de imágenes. El hombre se halla aquí como destronado por la Naturaleza, y su pensamiento borrado ó eclipsado por los rayos de aquel sol demasiado potente, de aquel ojo de Brahma que devora cuanto contempla. No deja por eso dicha expresión de mostrarse algunas veces sencilla, desnuda y rápida: entonces semejante contraste llama poderosamente nuestra atención, pues errantes durante mucho tiempo al

través de una selva inhabitada, sin oír en sus profundidades otros murmullos que los de la Naturaleza viviente, parece que fantasmas sin voz y reptiles alados vuelan confusamente por entre las ramas que gimen, y el horror crece cuando súbito descubrimos pasos en aquella soledad, y á poca distancia se alza un grito, ¡el grito de un hombre semejante á nosotros!

Y aquí volvemos á encontrar la cuestión ya indicada al principio, la de saber qué puesto ha de ocupar la poesía india en la historia del arte, si eclipsará ó no en los ánimos la poesía homérica ó si podrá reemplazarla algún día. Pero nosotros entendemos que ningún monumento, ninguna obra del espíritu, por humilde que sea, puede sustituir á otra ni ser por ella sustituida, siendo harto pueril la crítica que consistiese en despreciar la Grecia por el Asia ó el Asia por la Grecia. Á Dios gracias, hay vez suficiente en la naturaleza y en la inteligencia del hombre para todos los poemas del pasado como para todos los del porvenir. Pero lo que sí ha cambiado es la perspectiva de la historia, pues no parece sino que el genio helénico se acerca á nosotros á medida que vamos viendo elevarse en lontananza el genio indio sobre el horizonte, por más que, muy lejos de destronar al viejo Homero, lo que harán aquellos monumentos, recién revelados, es destacarle más y darle mayor brillo por su riqueza, su arte, su sencillez y su habilidad instintiva. La India pondrá aún más de relieve á la Gre-

cia; el Himalaya servirá como de marco al Olimpo. En opinión del último siglo, era el autor de la *Iliada* únicamente una especie de discípulo ciego de la Naturaleza, no siendo cosa rara el que se le conceptuase semioriental; pero desde que se le ha podido comparar con su hermano del Ganges, la precisión de su dibujo y la firmeza de sus formas han quedado para todos más claras y manifiestas, entrando á formar más estrechamente parte de la familia de los genios de Occidente, ó apareciendo al menos como mediador soberano entre éste y el Oriente, coloso de Rodas que sienta sus plantas en las dos orillas.

Si tratamos de investigar ahora cuál podrá ser la influencia directa de este renacimiento oriental, no tiene duda que por algún concepto ha de entrar en las concepciones del porvenir, pues toda una sociedad no sale del sepulcro y vuelve á la vida sin influir de algún modo sobre las imaginaciones humanas. Cierto que el genio indio no será nunca tomado por modelo, dado que su carácter consiste precisamente en no consentir ni regla fija ni ley irrevocable; pero sin ser un código literario, es evidente que viene á engrosar la tradición universal. Siempre que los modernos se han encontrado ante una nueva obra griega, para emprender á su vez otra semejante, se han visto luchando con una cosa perfecta, que apenas dejaba nada que añadir ni que quitar, reconociéndose por todos que no podía existir la mano que rehiciese el mármol es-

culturado en Atenas; mas por el contrario, la poesía de la India es una mina de Golconda en que el oro, los metales preciosos y las pedrerías se hallan muchas veces mezclados con elementos aun toscos, y de esas masas confusas podrá el Occidente aprovechar sin duda alguna (ya lo está haciendo), no formas, pero sí colores, tradiciones é imágenes que animará con su vida; un metal nuevo, en fin, para llenar el molde de su pensamiento.

Porque el espíritu del hombre está hoy presente en toda la redondez de la tierra, sin que basten á sus sueños las cunas de la Troada y del Lacio, y para expresar su pensamiento tal como ha sido agrandado por el cristianismo, no sobra ya ninguna de las formas, voces, acordes y perfumes que el globo puede producir en sus varios climas. Ha pasado el tiempo en que, aislándose la industria en las fronteras de cada Estado, se limitaba el comercio de las cosas é ideas á un cambio difícil en el seno de un mismo reino. Ahora las producciones de todos los países hanse juntado en la gran asamblea de la sociedad moderna, y por eso cuando la materia se ve así transportada y cambiada de zona á zona, sería locura pretender que el pensamiento únicamente permaneciese estancado en un punto del espacio y que la poesía viviese y muriese sin contacto sobre el terreno mismo en que nació. Ya no existen siervos del terruño en la vida real; no puede haberlos tampoco en el mundo ideal, y es de justicia que cuando el cuerpo se ha emancipado

sea el espíritu á su modo habitante de toda la tierra y contemporáneo de todo el pasado.

No; no temamos aparecer infatuados, atribuyéndonos por patria el globo entero y atreviéndonos audazmente á abrazar en su conjunto, de Levante á Poniente y del uno al otro polo, todo este grano de arena en el infinito, que si parecía ilimitado en la antigüedad, era por ser desconocido, pero que después de haber sido medido puede ser justamente apreciado. Ni de hoy más será necesario, para franquearle en un momento, pretender habitar en el Olimpo, pues que en la vida más obscura el más encadenado corazón puede atravesarlo más pronto en alas del cristianismo que en otros tiempos lo hacian los dioses de Homero.

IV

El panteísmo indio en sus relaciones con la institución de la familia y de las castas

Una sociedad hecha enteramente á imagen del panteísmo aparece ante el Occidente como un monstruo en la organización civil, que se creeria imposible á no haber existido. Porque ¿qué puede hacer un hombre ó un pueblo rodeado y envuelto dondequiera por una divinidad que toca con sus manos, que ve con sus ojos, que oye, siente y gusta en todas las cosas? Es evidente que bajo el peso de esta idea no tiene más recurso que permanecer inmóvil, pues ni á matar un insecto (1) ha de atreverse, acordándose de que Dios está oculto bajo lo efímero. ¿Ni á qué obrar? ¿por qué cambiar? Su única actividad sólo puede consistir en abstenerse, porque si hasta él mismo no es otra cosa que el Eterno encarnado en la sociedad humana, no hay que luchar, ni combatir, ni sustituir una voluntad privada y tumultuosa á la del ser soberano que

(1) «Matar un insecto, un gusano ó un pájaro, es una falta que mancha.» (*Manú*, lib. II, st. 10.)

sea el espíritu á su modo habitante de toda la tierra y contemporáneo de todo el pasado.

No; no temamos aparecer infatuados, atribuyéndonos por patria el globo entero y atreviéndonos audazmente á abrazar en su conjunto, de Levante á Poniente y del uno al otro polo, todo este grano de arena en el infinito, que si parecía ilimitado en la antigüedad, era por ser desconocido, pero que después de haber sido medido puede ser justamente apreciado. Ni de hoy más será necesario, para franquearle en un momento, pretender habitar en el Olimpo, pues que en la vida más obscura el más encadenado corazón puede atravesarlo más pronto en alas del cristianismo que en otros tiempos lo hacian los dioses de Homero.

IV

El panteísmo indio en sus relaciones con la institución de la familia y de las castas

Una sociedad hecha enteramente á imagen del panteísmo aparece ante el Occidente como un monstruo en la organización civil, que se creeria imposible á no haber existido. Porque ¿qué puede hacer un hombre ó un pueblo rodeado y envuelto dondequiera por una divinidad que toca con sus manos, que ve con sus ojos, que oye, siente y gusta en todas las cosas? Es evidente que bajo el peso de esta idea no tiene más recurso que permanecer inmóvil, pues ni á matar un insecto (1) ha de atreverse, acordándose de que Dios está oculto bajo lo efímero. ¿Ni á qué obrar? ¿por qué cambiar? Su única actividad sólo puede consistir en abstenerse, porque si hasta él mismo no es otra cosa que el Eterno encarnado en la sociedad humana, no hay que luchar, ni combatir, ni sustituir una voluntad privada y tumultuosa á la del ser soberano que

(1) «Matar un insecto, un gusano ó un pájaro, es una falta que mancha.» (*Manú*, lib. II, st. 10.)

vive en el corazón del Estado. Lejos, pues, de soñar en imponerse al resto del mundo ni en traspasar sus fronteras, apenas esta sociedad se resolverá á defenderse, dejándose conquistar, aunque no se dejará comprender. Y en efecto, la India, subyugada en un principio por Ciro, es luego arrancada á los persas por Alejandro, á los sucesores de Alejandro por los partos, á los partos por los tártaros, á los tártaros por los mahometanos y á los mahometanos por los cristianos: materia paciente en las manos de su dios, y cuya condición natural consiste en no pertenecerse nunca.

Una segunda consecuencia, que depende de la primera, es que ningún nombre, ninguna gran personalidad, surge con brillo en el pasado de este pueblo, en que la familia es absorbida por su jefe, el jefe por la casta y la casta por Dios, perdiéndose y abismándose todo en aquella inmensidad. El mismo Alejandro no pudo dejar la menor huella de sí en aquel Océano humano. Así es que cuando llegamos á familiarizarnos con tan extraño sistema, parecemos entrar evidentemente en el reino de la eternidad, en que ni día, ni noche, ni tarde, ni mañana, ni cambio, ni sucesión existen. Lo que permite distinguir, por otra parte, los diversos períodos de la historia no es precisamente las revoluciones de las épocas, sino la variedad é importancia de los individuos en que aquellos cambios se personifican. Imagínese un pueblo en el cual la personalidad desaparece por completo ante el Es-

tado, y es evidente que allí no podrán distinguirse á la distancia de algunos siglos ni los individuos ni aun las generaciones; la rueda del tiempo no estará indicada por ninguna huella, ni aun por las de los sepulcros, y propiamente hablando, no quedará otra cosa que la idea de las castas, que siendo hoy la misma que ayer y el último siglo, y así sucesivamente, remontándose hasta lo infinito, no marcará tampoco punto alguno en la historia de semejante pueblo, ni más ni menos que los bananeros de sus valles ó las olas del Océano Pacífico. Sociedad sin individuos, vive y respira, mas sin poder moverse, y es al hombre moderno lo que el reino vegetal al reino animal ó la criptógama al gusano de tierra.

Si en Occidente fuesen abolidos todos los recuerdos de la antigüedad pagana, de modo que únicamente quedase el cuadro de las instituciones de la Edad Media, aun así nos veríamos forzados, ante el espectáculo de una sociedad dividida en señores y en siervos, en nobles y en vasallos, á suponer guerras, invasiones y revoluciones, de donde lentamente hubiera ido saliendo el mundo moderno, y sin conocer los nombres de Atenas ni de Roma, presentiríamos por todas partes sus huellas y sus restos. Aplicado este supuesto á la sociedad india, resulta perfectamente comprobado, pues si aquel pueblo carece de historia, su constitución en cambio lleva marcadas las huellas de todas las revoluciones anteriores, y sus leyes encierran por completo todo su pasado.

El carácter dominante de esta primera constitución de la humanidad oriental consiste en haber sido instituida por Dios mismo (1). La ley es de institución divina, y ha sido revelada como la del Sinai, si no precisamente sobre la cima de la montaña estremecida y en medio de relámpagos y truenos, en el silencio de una contemplación ascética y cayendo pausadamente de los labios medio adormecidos del Eterno, porque la religión india conserva en el génesis de la humanidad la misma dulzura indolente que en el génesis del mundo material. Aproximanse unos ancianos á un anacoreta que vive engolfado en la meditación, y á nombre de la humanidad recién nacida, conjúranle á que les enseñe la ley y el modo de constituir la sociedad. Cede el eremita á sus plegarias, y les revela los mandamientos del Ser Supremo, después de lo cual les declara que él mismo es aquel Ser Supremo encarnado en la figura del sabio Manou, por donde resulta que el dios de la India es al mismo tiempo su Moisés. Pues bien; en este panteísmo, tan candidamente inscrito en la ley, adviértense ya los rasgos principales de la sociedad oriental.

Y en efecto, con sólo fijarnos en las apariencias, llama desde luego la atención la mansedumbre de aquellas tablas de la ley india. Todos los seres animados é inanimados, emparentados los unos con los otros, son en ella respetados como

(1) *Manú*, lib. I.

otros tantos miembros de la gran familia de Dios. La vida de un ave, la de un antilope ó un caballo, son estimadas según el rango que estos seres ocupan en la jerarquía universal; hollar el césped ó arrancar las ramas de los bosques, constituye un sacrilegio, que es preciso expiar por el ayuno, pues las cosas tienen un derecho independiente de las personas. Por otra parte, las mujeres están protegidas con el mismo título que las flores del camino, las enredaderas, las gacelas de las selvas, el rocío de la mañana y todas las cosas espléndidas de la creación. Su condición se halla, si no eficazmente ennoblecida, adornada, festejada por la ley, que hace de sus gracias una obligación civil. «Sean —dice— los nombres de las mujeres agradables, dulces, armoniosos, hechos para la imaginación, de buen augurio, terminados en largas vocales y semejantes á palabras de bendición.» Poseen, pues, en cierto modo un derecho poético, siquiera su existencia en realidad esté degradada por la poligamia. Porque si en Occidente la unión de Cristo y de su Iglesia, una é indivisible, es la figura espiritual y el principio del matrimonio cristiano, en Oriente, al contrario, constituyen esta figura y principio religioso del matrimonio oriental la unión múltiple del Dios y de la Naturaleza y los desposorios innumerables, y todos legítimos, de Brahma. Así, el indio puede desposarse con todas las castas regeneradas de que el Estado se compone, del mismo modo que Dios se ha desposado con todas las

formas animales, vegetales ó inorgánicas de que la jerarquía del universo está constituida. Tal es el fundamento sagrado de la poligamia, que no es más que el principio del panteísmo aplicado á la institución de la familia. Y esto hasta tal punto que, si proseguimos las consecuencias de esta idea, nos encontraremos con que la superioridad absoluta de Dios en su matrimonio con la Naturaleza, que sólo apariencia, ficción y nada significa, es la imagen más fiel de aquella triste familia oriental, en la cual el jefe absorbe en sí todos los derechos y aun toda la existencia, pues que la madre y los hijos (1), primeros esclavos suyos, no representan ante él verdaderamente sino la nada.

Por punto general puede decirse que el Oriente, en la institución ya divina ó ya humana de la familia, sólo ha conocido, celebrado é inaugurado el reino del Padre, que es el únicamente considerado para todo, lo mismo en el cielo que en la tierra. El Jehová de la antigua alianza, sin descendencia y sin compañero, forma toda su familia, pues que hallándose el hijo absorbido aún y como confundido en su esplendor, aparece como el único dispensador y poseedor del patrimonio celeste. Este es también el carácter del padre en la familia humana de la antigüedad, de modo que, gozando él solo

(1) «La esposa, el hijo y el esclavo nada poseen por sí mismos; todo lo que adquieren es propiedad de aquel de quien dependen.» (*Manú*, lib. VIII, st. 416.)

de la plenitud de la vida social, bien puede decirse que ni tiene mujeres, ni hijos, sino esclavos únicamente postrados ante su señor. Por eso, en el sentido más estricto del derecho, pudiera afirmarse que el hijo del hombre viene al mundo con el hijo de Dios en el pesebre de Belén, completándose la familia en la tierra cuando en el cielo, y siendo inviolablemente consagradas en el mundo la persona de la mujer y la del hijo, las del Hijo divino y del Espíritu se sientan en los cielos á la diestra del Dios Padre. La casa del hombre llega así á su plenitud al mismo tiempo que la casa del Eterno.

La verdadera familia, por otra parte, en Asia es la casta, que constituye el rasgo característico del derecho oriental. Nadie puede salir de aquella en que ha nacido y que tiene sus ritos y virtudes especiales (1), lo cual supone, en el mismo Estado, varias sociedades establecidas y asentadas las unas sobre las otras. ¿De dónde pudo nacer un tan maravilloso acuerdo entre la debilidad y la fuerza? ¿Cómo, en aquel primer momento de la desigualdad de condiciones, se han superpuesto los hombres naturalmente unos sobre otros, como las capas de una arcilla inerte? ¿Cómo los que ocupaban la extremidad inferior de la escala han aceptado el pesado fardo? ¿Cómo el hijo ha heredado desde el principio sin murmurar la esclavitud del padre? ¿Por qué aquel sello de servidumbre impreso sobre

(1) *Manú*, lib. II, st. 235.

los unos, y tal marca de dominio inalienable coronando á los otros? Sólo un principio por todos aceptado pudo prestar su sanción á un orden de cosas tan extraordinario, y este principio es precisamente el que pretendemos investigar.

Cuando los escritores del siglo XVIII intentaban inquirir las causas primitivas y el origen de la desigualdad social, fijábanse únicamente en la usurpación por la violencia. Según ellos, la fuerza material lo ha hecho todo. Pero he aquí que, por el contrario, un monumento auténtico del antiguo derecho nos dice que el hombre se sometió desde el principio ante su Dios, ocupando por tanto el sacerdote la cima de esta primera organización: derecho divino del pensamiento, proclamado en la primera constitución del género humano.

Por bajo de la clase de los sacerdotes viene la de los guerreros, esto es, un pueblo todavía armado en medio de la sociedad, y que continúa amenazando con la espada á las clases inferiores. Aquí el hecho de la conquista no puede estar más claramente indicado: segunda causa de desigualdad social, que en parte debía aún ocultarse á los publicistas del último siglo, los cuales, demasiado lejos de acontecimientos de este género, no podían deducir de ellos su teoría; al contrario de los hombres de nuestros días, que por la razón opuesta parecen harto dispuestos á ver en la sola usurpación de las razas el principio de las desigualdades sociales.

¿Qué significa, en efecto, la conquista? Nosotros

la hemos visto, en el principio de este siglo, desencadenarse bajo formas orientales: interroguémosla, pues. Supongamos un pueblo dueño de sí mismo y que posee un territorio que se ha apropiado, con el cual no forma más que un cuerpo. Las leyes que le rigen han nacido á la vez de la naturaleza de su genio y de la del país mismo, y sin entrar á examinar ahora, porque no importa al caso, si tales leyes son buenas ó malas, liberales ó tiránicas, nos basta con consignar que tiene sus instituciones, su gobierno, y si se quiere, sus tiranos, que le son propios. Hasta ahora todo marcha bien, porque al fin, tal como es, desempeña su papel en el mundo, siendo al menos una unidad en el número de los pueblos. Pero de repente sobreviene un nuevo acontecimiento. Un pueblo extranjero, con otra lengua, otra sangre y perteneciendo á otra raza, viene á llamar con sus armas á las fronteras. ¿Por qué ante nueva semejante apodérase de todos los hombres profundo entusiasmo? ¿Por qué las mujeres mismas envían con la frente serena á esas fronteras á sus hermanos, á sus hijos, á sus prendas más queridas? ¿Es por ventura únicamente para cubrirse con sus cuerpos? ¿Es acaso tan sólo el temor de la muerte el que impulsa á todos aquellos hombres al combate? No; en ese acuerdo espontáneo hay algo más que eso; hay un presentimiento lejano, en el que el cuidado del porvenir se subleva en aquel instante en el fondo de los corazones. Prosigamos. El pueblo opone su pecho á los invasores, pero es vencido,

quedando decidida en una de aquellas jornadas la suerte de los Estados. ¡La batalla ha sido perdida! ¿Por qué un gemido de muerte, imposible de describir y comprender á quien no lo haya sentido, se apodera de cuantos han sobrevivido? ¿Por qué lloran aquellos hombres de hierro? ¿Son lágrimas de temor? ¿Creéis que con la batalla perdida todo se ha reducido á dejar en el campo vidas mortales? ¿Creéis que la consecuencia se detendrá en el saco de las ciudades y la depredación de los campos? ¡Ah! Los campos reverdecen más bellos, las piedras por sí mismas vuelven á elevarse y los muertos resucitan en la persona de sus hijos y descendientes. Ninguno de estos males es irreparable; el verdadero mal consiste para ese pueblo en que ya no es sino la figura de un pueblo; en que, desposeído de sí mismo, ha venido á ser la propiedad, el mueble, la cosa de otro; en que ha perdido, en fin, su ley, su derecho, su vida social, su persona moral y su rango en el género humano. Si aun vagan sombras en la plaza pública, el Estado ha muerto, la ciudad ha desaparecido, y en su lugar sólo un sepulcro queda.

Pero los pueblos en Occidente resucitan siempre de sus tumbas, y aunque vencidos, no son nunca absorbidos, y aunque invadidos, nunca tampoco borrados de entre el género humano. En Oriente, al contrario, no existe la palabra *Renacimiento*, de modo que, una vez quebrado el resorte social, no se recompone jamás. Un pueblo vencido es un pue-

blo muerto, que permanece eternamente inmóvil bajo las rodillas del amo, mientras el vencedor se asienta sobre el cadáver de la nación prisionera y la decapita socialmente. He aquí la casta formada. En vez de un Estado, sólo queda un rebaño de hombres cautivos en los trabajos mercenarios, los cuales, al perder también el instinto mismo de la vida social, caen en degradación y abatimiento tan profundos, que llegan hasta olvidar si algún día se han pertenecido á sí mismos, y la degradación pesa, no sólo sobre sus hijos, sino sobre los hijos de sus hijos y sobre toda su posteridad. Con la inteligencia se altera también el idioma, y lentamente aquellos fantasmas de pueblos, sin pensamientos, sin recuerdos y sin esperanza, se convierten, por decirlo así, en mudos, dejando su lengua muerta en herencia á los dioses. Encadenados los unos con los otros, no pueden, sin embargo, aliarse legítimamente, y no existiendo el matrimonio entre ellos, descienden más cada día en sus sucesores, de suerte que lejos de aprovecharse al menos de la inmovilidad en que todo lo demás vive, vense arrastrados en progreso continuo á la decadencia y la muerte social. Tal es el derecho público del Oriente. La India, la Persia y el Egipto hállanse asentados sobre pueblos vencidos y aplastados, cariátides vivientes que nunca arrojan de sí el pesado fardo.

Afirmar, pues, que la institución de las castas ha nacido de la conquista, es alejar la cuestión en

vez de resolverla, si no se muestra al mismo tiempo cómo dicha conquista, que ha pesado sobre toda la tierra, sólo en Asia ha producido sus plenas consecuencias. Y por la misma razón es necesario mostrar otro tanto respecto del derecho divino, siendo preciso de todos modos, ya nos fijemos en uno ú otro sistema, ó en los dos á la vez, explicar por un principio peculiar del Oriente una organización que tan sólo en él encontramos.

Pero si la poligamia no es otra cosa que el panteísmo aplicado á la familia, la casta es el panteísmo aplicado al Estado. La sociedad oriental, formada á imagen de su Dios, se compone, como Él, de miembros subordinados los unos á los otros. La primera casta, la de los sacerdotes, ha nacido de su boca (1); la segunda, de sus brazos; la tercera, de sus muslos; la última, de negra tez, de sus pies (2). Como al encarnarse en el mundo físico había caído en las formas más ínfimas de la Naturaleza, era preciso que, por analogía, se encontrase una escala, un abismo de degradaciones continuas en la génesis social. En una palabra, las partes del Estado hállanse eterna é inmutablemente encadenadas entre sí, como los miembros visibles de la Divinidad misma, y pues que la familia divina se compone de tres personas extrañas la una á la otra, de tres dioses enemigos, por así decirlo, ha

(1) *Manú*, lib. I, st. 31.

(2) *Bhágavata Purana*, ed. Burnouf, pág. 105.

de haber también tres partes (1) principales y separadas en la familia del género humano: el sacerdote en la cima; luego, las clases militares, de donde salen los reyes; por último, los comerciantes, ocupando el ínfimo rango en esta organización los límites mismos de la muerte religiosa y civil. Por bajo de estas clases existen todavía las de los trabajadores y artesanos, que, viviendo en lucha perpetua con la misma Naturaleza, cuyas fuerzas corrigen, reprimen y doman, existen por esto mismo en un estado permanente de desobediencia y rebelión religiosa, porque la industria, en efecto, cuyo fin no consiste en otra cosa que en apoderarse de la materia y modificarla, no puede menos de ser considerada como impia en una sociedad que descansa sobre la adoración de las fuerzas del universo viviente. Forma de esclavitud de la peor especie, pues que el trabajador no puede existir sin trabajar, ni trabajar sin pecar, ni pecar sin ser lanzado fuera de la ley civil. Y el labrar la tierra, por ejemplo, ¿no es desgarrar el seno de la diosa? (2). Descuajar las selvas, ¿no equivale á arrancar su verde cabellera? (3). Dedúcese también de

(1) *Manú*, lib. I, st. 49.

(2) «Algunas personas aprueban la agricultura, pero este género de vida es condenado por los sabios, porque la madera armada de hierro cortante desgarrá la tierra y los animales que contiene.» (*Manú*, lib. X, st. 42.)

(3) «Por cortar árboles con frutos, céspedes, enredaderas, plantas trepadoras, plantas rastreras floridas, se repetirán cien oraciones del *Rig-Veda*.» (*Manú*, lib. II, st. 142.)

estas premisas que la doctrina religiosa, parte del mismo Dios, no puede ser comunicada sino á las castas puras, de manera que para recibir dicha enseñanza es ya preciso poseer la santidad, hallándose cerrados eternamente los libros divinos para todos aquellos que no disfruten de ella (1): círculo maldito que enajena de Dios á todos los que ya no le poseen por derecho de nacimiento. Y es que para arrancar por completo la esperanza de la tierra, era necesario poner en interdicto el cielo mismo.

Es, pues, claro y evidente que la organización de las castas se funda en el principio mismo de las religiones orientales: ideas tan fatalmente encadenadas que habia de ser preciso, para reformar las desigualdades sociales, reformar la naturaleza misma del Dios, proclamando su indivisibilidad absoluta. Modificar las leyes de la familia valia tanto como destruir el dogma; cambiar el dogma era cambiar la familia, pues que no consistiendo las religiones antiguas sino en el desmembramiento constante de la divinidad primitiva, habian de producir, como consecuencia, un desmembramiento completamente análogo en el orden civil. En un principio, en la época patriarcal de los Vedas, la sociedad es una como el Dios, sin que pueda percibirse en aquellos orígenes el menor rastro de desigualdad. Más tarde el Estado se divide, las castas

(1) *Manú*, lib. II, st. 36.

se multiplican á la vez que los miembros de la unidad soberana, y cuando, en fin, los dioses inferiores hormiguean por todas partes, cuando el mismo Ser parece enajenarse y disolverse en el cielo, veo en la tierra enajenadas del Estado casi tantas castas como industrias y familias.

Una contraprueba de cuanto acabamos de afirmar es que allí donde el panteísmo ha reinado en la ley, ha sido la casta el fundamento del orden social, así como donde faltó aquel principio nunca pudo establecerse. Tal atestigua la China, y más notablemente aún los hebreos, los cuales, si es que la anulación de una raza fuese motivo suficiente para consagrar la decadencia social, hubieran sido, antes que nadie, convertidos en castas, puesto que sufrieron todas las cautividades posibles, la del Egipto, la de la Caldea, la de la Persia, apareciendo dondequiera encadenados y flagelados por los guerreros y los sacerdocios del Asia. Y á pesar de todo, si su cuerpo pudo ser reducido á esclavitud, no lo fué nunca su espíritu: prodigio incomparable en la historia de este pueblo, que como su Dios permanece uno, indivisible é insumiso, sin que fuera absorbido en el orden civil por ninguna de las sociedades que le vencieron, por no haber permitido nunca que su culto, en el orden religioso, fuese complemento de otro alguno. Así salvó con la de Jehová su propia personalidad é individualidad. Todo el peso del Oriente no bastó á aplastarle, encerrado en esta coraza divina, con la que resistió

hasta la esclavitud. Asimismo, cuando se encontró dueño de sus destinos, nunca en su seno, salvo la tribu de los levitas, instituyó desigualdad alguna social, tan en uso entonces por todas partes, manifestando, antes bien, una igualdad sublime en su organización social, que sólo á Jehová tenía por término de comparación. El Eterno por una parte, el pueblo hebreo por otra: he aquí los dos poderes políticos de la gran constitución de Judea. ¿No dejó Saúl el arado para subir al trono? ¿No fué David pastor? ¿No salen frecuentemente los profetas de la última clase del pueblo? ¿No pertenecía Amós á la condición más miserable, condición que en cualquier otro punto del Asia era tenida en menos que la de un vil gusano? Igualdad de todos los miembros de la ciudad temporal ante el rey de los cielos: he aquí la constitución de donde había de surgir la religión universal. Ni cómo Cristo podría haber salido del seno de las castas de la India, de la Persia y del Egipto? El Dios de la igualdad no podía nacer sino en medio de las tribus y de las familias de la Palestina, ya niveladas bajo la ley del Altísimo, extendiendo á toda la tierra lo que sólo era una realidad para el pueblo hebreo. Por él cada hombre vino á ser habitante de la gran Sión.

También en Occidente se manifiestan algunos residuos de castas, mientras el panteísmo es el alma de las religiones griegas. Pero un cambio inmenso sobrevino: la casta sacerdotal se desvaneció con el derecho divino; ya el hombre, dueño

de sí mismo, no piensa más que en domar la Naturaleza, sin que tema hundir el arado en el pecho de Cibele; la agricultura y la industria hallanse al fin redimidas de todo anatema. Es más, los dioses olímpicos forman muy pronto una sola familia nacida del mismo padre soberano y con valor igual en todos sus miembros, y este sistema religioso, reflejado en el Estado, produce desde luego, con el sentimiento de paternidad, la *fratria* (1), es decir, la confraternidad ó familia política, base de la democracia griega. El hombre entonces, fuera siempre de sí mismo, llega al gran día en que se instala en la plaza pública como el Dios sobre la cima de los montes, y los doce olímpicos de Homero, sentados sobre la cumbre y discutiendo á la faz del universo los decretos de la política celeste, vienen á constituir el primer areópago y sociedad divina, según cuyo plan había de formarse la sociedad política, que también tendría en Pericles su Júpiter.

Los dioses italianos y romanos viven, al contrario de los griegos, aislados de la vida universal. No reinan sobre las cimas inhabitadas en medio de la Naturaleza solitaria; consiste su originalidad nativa en aparecer como penates cautivos en el interior de la ciudad ó de la casa. Divididos en grupos legítimos, estos esposos celestes, que nunca

(1) V. Platner, *Beiträge zur Kenntniss des attischen Rechts*, c. VI.—Gans, *das Erbrecht*, t. I., pág. 327.

se separan, que *nacen y mueren juntos* (1), sin divorcio, son la consagración más completa del matrimonio indisoluble en la antigua sociedad romana. Cada familia tiene en el interior de la casa sus ritos (2), su sacerdocio, su culto personal, su Júpiter guardián (3) que, auxiliado por el perro, vela en el umbral del domicilio, de modo que las divinidades incomunicables han venido á ser una especie de blasón ó armadura celeste suspendida del hogar de una sociedad aristocrática, y como el pobre, lo mismo que el rico, tiene su Olimpo oculto bajo su techo, el culto privado será el primer fundamento del derecho privado. Ennoblecido á sus propios ojos por sus domésticos lares, nunca el plebeyo romano caerá en la infima condición del sudra de la India. En tanto que estos humildes genios coronados de romero y violetas (4) sonrien en su hogar, siente el plebeyo que él es algo en el mundo de los espíritus, y se agita, se eleva, lucha en el recinto de las leyes sin rebelarse ni resignarse. Únicamente comenzará á desesperar (5) de la jus-

(1) Varro, *de Ling. lat.*, IV, 17.—Arnohe, *Adv. gentes*, III, 105.

(2) *Ut cum aruspex praecipit ut suo quisque ritu sacrificium faciat.* (Varro, *de Ling. lat.*, VI, 79.)

(3) Júpiter Custos.

(4) *Hic nostrum placabo Jovem laribus que paternis thura dabo, atque omnes violae jactabo colores.*

(Juvenal, sat. XII, v. 89.)

(5) *Nobis larem familiarem nusquam ullum esse.* (Salustio, *Catil.*, cap. XX.)

ticia social cuando Catilina le advierta que se han acabado para él los lares familiares, porque no los dioses de mármol, sino los pequeños dioses de arcilla, son los que guardaban en Roma la dignidad humana. Toscos, pero inmortales penates, sentados junto al atrio del pobre, mantenían eternamente vivos é imprescriptibles los derechos de la personalidad é impedían el establecimiento de las castas asistiendo con su poder, con su simpatía y su fidelidad probada al desheredado que, cuando penetraba en su hogar, desesperado por los desprecios del Senado, recobraba á la vista del patrono de sus padres el sentimiento de su derecho. Toda la omnipotencia del patricio iba á estrellarse contra aquellas humildes divinidades, y como nunca pudo quebrantar este *genio* del individuo y de la familia, fué igualmente imposible volver á la organización oriental. El plebeyo, por otra parte, sólo necesitaba para triunfar hallar un punto de apoyo en el mundo divino, y como pudo encontrarlo, fué esto suficiente para producir toda una revolución. Desde este instante, lejos de hacer invencible la usurpación del poder militar y sacerdotal á la aristocracia, conviértese más bien en principio de su debilidad. El orden de los patricios no habla ya desde tan alto como el sacerdocio indio, sus discusiones no se realizan ya en los cielos, y viéndose impulsado á ampararse del altar como de una tribuna, siguele hasta allí la democracia, ya capacitada para ello, hasta que termina por invadirlo todo.

Aun lo que sobrevive de aquel orden de civilización, lo que constituye su esencia inmortal, es este altar, esta religión privada, traducida en la lengua de las leyes y del derecho romano, que no representa otra cosa que la ciencia acumulada de los penates y lares domésticos.

Pero nace Cristo, y el mundo vuelve á caer, al parecer, en la organización oriental, que con tanto trabajo habían logrado romper las sociedades griega y romana. Si sólo en las apariencias nos fijamos, todo nos parecerá análogo en la jerarquía del Oriente y en la de la Edad Media. La clerecía católica, que llena el Occidente en el siglo X, es la casta de los brahmanes; los señores, sometidos siempre al sacerdocio y siempre opresores de las clases conquistadas, representan sin duda la clase militar de la India, el Egipto y la Persia; los habitantes de las ciudades, que han logrado la concesión de un fuero, recuerdan la clase de los comerciantes en las leyes de Manú; el siervo, en fin, colocado por bajo de toda escala social, en nada difiere del sudra. Y para que la igualdad sea más completa, debemos añadir que todas estas desigualdades aparecen tanto más irremediables cuanto que están en cierto modo consagradas por el dogma de la predestinación. Para nosotros toda la Edad Media arranca del único dogma de la desigualdad del amor divino, y el pequeño número de elegidos, que consterna el corazón humano, forma una especie de oligarquía celestial, sanción del feuda-

lismo terrestre. La gracia, dada sin mérito (1) ni demérito, trae consigo el reinado del bienestar en la tierra como en el cielo, pues un Dios que tenía preferencias y mostraba predilecciones gratuitas, debía hacer callar fácilmente el grito quejumbroso de la debilidad esclavizada. Ni era natural que hombres desiguales ante la Divinidad pensasen en quejarse por aparecer desiguales ante el Estado. La Providencia cristiana, pues, muestra haber conservado como un resto de los celos del destino de la antigua alianza; el Dios de San Agustín aparece aún como el Dios del privilegio; el mundo ha sido vuelto á la antigua servidumbre. ¿Será esto verdad? No; vemos, por el contrario, que la igualdad y la reconciliación de las castas surge por todas partes en esta época, pues el orden sacerdotal, que un día representó la división y fraccionamiento de los hombres, va ahora á reunirlos á todos. En Oriente la posesión absoluta de Dios era patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal, inasequible hasta para los mismos reyes, tradición que la Iglesia conservaba de un modo completamente carnal, transmitiendo la sucesión del templo de padres á hijos, al paso que la clerecía de la Edad Media se hallaba siempre abierta, como la doctrina misma, á todas las clases, haciendo así posible que en su

(1) *Debetur merces bonis operibus si fiant; sed gratia que non debetur, precedit ut fiant.* (Concile d'Orange.—Bossuet, *Hist. des Variations*, pág. 214.)

seno, y después de seculares luchas, se reconcilian el bracman y el paria. Dondequiera existia entonces la desigualdad; sólo en el claustro el rey merovingio ó carlovingio venia á ser el igual, y aun el inferior, del siervo de la gleba; el franco y el romano, el vencedor y el vencido, quedaban unidos en la fraternidad del monasterio. *Hermanos, morir habemos*: he aquí el lazo común de todas las castas, de todos los restos y las desigualdades del pasado. Clase sacerdotal, militar y comerciante, eupátridas, patricios, plebeyos, sudras, emancipados, proletarios, siervos, manosmuertas, esclavos públicos y privados, de la gleba ó personales, toda suerte, en fin, de desigualdad de condiciones, bajo cualquier nombre y forma que se hayan mostrado ó expresado en la historia, va á perderse y desvanecerse en el sacerdocio moderno, como los dioses grandes y pequeños, de la tierra y del agua, de la llanura ó la montaña, van á perderse en la suprema unidad del Dios cristiano. Acaba la jerarquía en el cielo, y deja también, por tanto, de ser consagrada en la tierra; la igualdad, que reina entre las personas de la familia celeste, establécese asimismo en la familia civil; de la unidad de Dios nace, en fin, la conciencia de la unidad del género humano.

Añadamos, para terminar, una palabra. Todos, en verdad, pueden entrar en el sacerdocio católico y gozar en él de una cierta igualdad, y por esto precisamente, la casta instituida por Gregorio VII

marca un progreso sobre la de los bracmanes ó egipcios. Mas no por eso semejante sistema deja de ser una casta, de la que nadie puede salir, pues una vez desposado el hombre con la Iglesia, queda muerto para el hogar, no es ni puede ser esposo ni padre, y hasta cierto punto está como separado del resto de las familias humanas. Por esta razón el principio de las castas sobrevive, aunque bajo forma distinta, en todas las sociedades sometidas á la Iglesia romana, y más tarde hemos de ver cómo los pueblos, aprisionados en aquel resto de organización págana, luchan en vano por entrar en la plena posesión de las libertades modernas. En estas sociedades no podia haber libertad verdadera, duradera y lógica sino para el hombre de la casta, esto es, para el sacerdote (1). Todos los demás nunca tuvieron más que su sombra.

FIN DEL TOMO PRIMERO

(1) No se encuentra limitada esta libertad, sino saliendo del espíritu de casta para pensar ó obrar en espíritu lego; pero entonces no es el sacerdote, sino el lego el que queda quebrantado.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
PRÓLOGO.	v

LIBRO PRIMERO

DE LA REVELACIÓN POR EL ÓRGANO DE LA NATURALEZA

I.—De la génesis espiritual.	7
II.—La tierra considerada como el primer templo.	14
III.—Filiación del género humano.	24
IV.—La institución religiosa de la sociedad.	30
V.—Las emigraciones de las razas humanas en sus relaciones con la historia de las religiones.	37

LIBRO SEGUNDO

LA TRADICIÓN

I.—Cómo se perdió y se ha visto a encontrar la tradición oriental.	57
II.—El renacimiento oriental.	68
III.—El renacimiento oriental (conclusión).	81
IV.—Cómo han sido consideradas las religiones de la antigüedad.	94
V.—Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales.	105
VI.—De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte.	115

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

I.—La revelación por la luz.—Los Vedas.—La religión de los patriarcas.	137
II.—El génesis indio.—La revelación del infinito por el Océano.	155
III.—La religión india en sus relaciones con la poesía épica.	169
IV.—El panteísmo indio en sus relaciones con la institución de la familia y de las castas.	217

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



UEVO
OTEC